

Jamás te olvidaré

Elisabeth M.S.



"...Mi remedio eres tú..."

Contents

[©Todos los derechos reservados](#)

[Sinopsis](#)

[Nota autora](#)

[El chico solitario](#)

["Sayonara" Chris](#)

[Bocazas](#)

[¡Basta!](#)

[¡Me voy de Gira!](#)

[Lo que diga mi psicoanalista](#)

[Bonjour, Madame](#)

[La púa](#)

[Aullando por ella](#)

[Una copa de whisky caro, por favor](#)

[Estrategia equivocada](#)

[Desobedeciendo a mi psicoanalista](#)

[Deseo ver tu mar](#)

[Necesito más](#)

[Eres mi remedio](#)

[Desestabilizada](#)

[Paraíso Mediterráneo](#)

[Yo también le amo](#)

[El pescador y la sirena](#)

[La canción del pájaro](#)

[Jodidamente especial](#)

[Confundida](#)

[Tengo tu nombre grabado a fuego en mi corazón, y duele](#)

[Sola](#)

[Campesino](#)

[Abre los ojos](#)

[No me dejes](#)

[Minerva contra los gigantes](#)

[Un acorde en tu oído](#)

[Minerva luchando contra Neptuno](#)

[Mi único y verdadero amor](#)

[Minerva en la guerra de Troya](#)

[Tres](#)

[Minerva guiando a Ulises](#)

[El estribillo de tu vida](#)

[Lady Stardust](#)

[Gemelos](#)

[Mal presentimiento](#)

[Impotencia](#)

[Tomar una decisión](#)

[Futuro](#)

[Deseo que estuvieras aquí](#)

[¡Gracias!](#)

[Notes](#)

©Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el previo aviso y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.720 y siguientes del Código Penal)

Título: Jamás te olvidaré (Generación - 2)

©Elisabeth M.S.

Diseño de portada: Elisabeth M.S.

[Twitter](#), [Instagram](#) y [Facebook](#)

Blog: <https://eluniversodeely.com/>

ISBN-10: 1533104794

ISBN-13: 978-1533104793

SINOPSIS

Minerva es una guerrera del rock. Conocida por su carácter fuerte, extrovertido y poco corriente. Al superar una de las etapas más complicadas en su vida toma la decisión de terminar con su pareja. No podía seguir manteniendo una relación de excesos, tóxica y carente de amor.

Dominik es un técnico de sonido notable. Un tipo tranquilo, sensato y enamorado. Cuando ve a Minerva por primera vez en el escenario queda hechizado. Su embrujo le conduce a perseguirla para conseguir fundirse en el calor de sus brazos.

¿Logrará Dominik seducirla?

¿Podrá Minerva volver a enamorarse?

NOTA DE LA AUTORA

Antes de nada agradecerte a ti, lector, por haber confiado en mi trabajo. El simple hecho de brindarme la oportunidad de hacerte pasar un buen rato de lectura, me llena considerablemente de motivación y satisfacción.

En el primer libro de la “*Trilogía generación*” pudiste ver la historia de Sheena y Matt. Traición, pasión, amor y cantidades industriales de drama. Los cuatro pilares del desarrollo de la historia. Pero en esta segunda parte viajamos al futuro. Nos montamos tú y yo en el “*DeLorean*” y viajamos veintiséis años después del final de “*No me olvides*”.

En el primer tomo pudimos ver una línea temporal contemporánea. Donde el tiempo y el espacio era actual, pero como espero que comprendas, no he podido viajar en el tiempo para ver los avances tecnológicos en el mundo ni que música sonará en el futuro (ya me gustaría poder hacerlo). Y explico esto porque quiero que disfrutes. Olvídate de la línea temporal y déjate llevar por la historia de amor que leerás a continuación.

Pertenezco a la generación de los noventa, pero mis gustos musicales tienen treinta años más que yo. Y con esto quiero decirte que, en mi opinión, la música no entiende de edades. Los grupos y canciones que aparecen en el libro podrían tener cien años, pero no me gustaría que ese hecho te confundiera a la hora de leer. La música y el arte, si se cuidan y miman, pueden ser inmortales. Pasar de los abuelos a los nietos, y así sucesivamente, generación tras generación. ♥

También te facilito la [lista de reproducción](#) de este libro para que disfrutes de la lectura.

El chico solitario

La melodía de “*Lonely Boy*” de los Black Keys me despertó de mi fugaz sueño. Siempre que oía esa canción me acordaba de los cabrones de mis amigos, se mofaban de mí porque decían que estaba hecha a mi medida. Básicamente que me hacía viejo por esperar al amor de mi vida.

Me dolía prácticamente todo el cuerpo pero tenía que descolgar, podría ser trabajo. La maldita crisis laboral que se estaba viviendo me había golpeado de lleno.

Tenía un buen trabajo en una emisora de radio como técnico de sonido. Me iba muy bien, pagaba el alquiler de mi diminuto piso en Londres y podía permitirme unos caprichos de vez en cuando. Hasta que se acabó. Ahora no me quedaba otro remedio que hacer trabajos precarios de todo tipo. Jeff me estaba llamando y seguro que era faena. El muy cabrón estaba muy bien colocado.

—Dime, colega —dije al descolgar el teléfono.

—Hey tío, ¿cómo lo tienes para encargarte de una mesa esta noche? — Era una oferta de técnico de sonido, de puta madre —. ¿Estabas sobando?

—Si Jeff, anoche tuve que encargarme del sonido de un puto evento electrónico — Fue insoportable —. Sabes que estoy bajo mínimos y que cualquier oferta me sirve, si hace falta me arrastraría por el barro por unas cuantas libras.

—Vale, pues ven al “*Koko¹*” volando. No me falles, te he recomendado como un loco para que sustituyas a un gilipollas. Piensan que nos soplamos las nuca, así que más vale que lo hagas bien y tendrás trabajo para una buena temporada. Tienes la oportunidad de irte de gira por toda Europa.

—¿Quiénes son? — Necesitaba saber a quién me iba a encontrar, si el grupo me gustaba tendría mucha más motivación.

—“*Vulcano*”, lo están petando — mi colega notó mi resoplido —. Es trabajo tío, no tienen por qué gustarte. Y la guitarrista está tremenda.

—Ya sabes lo que pienso de los músicos prefabricados, pero ahora mismo voy para allí.

Colgué el teléfono. De un salto me metí en la ducha y con otro salí de ella. Me vestí a toda prisa. En ese momento agradecí que mi piso fuera diminuto, era ligeramente ordenado pero no en exceso. Así que la tarea de buscar mis

cosas se reducía bastante. Cogí la bici y fui hasta allí como un rayo.

Estaba motivado por la necesidad de tener un empleo que me devolviera la estabilidad que tenía hace seis meses. Encontrar a una chica que me cambiara la vida y disfrutar de ella. Harto de tener que hacer maravillas para poder pagar el piso. No quería volver a casa de mis padres, no por ellos, sino porque una vez de vuelta a mi pueblo natal, se acabaría mi carrera profesional. No estaba dispuesto a eso.

Anclé la bici contra una farola y entré decidido. Me tenía que dejar la piel. Sabía que si conseguía el trabajo tendría que lamerle el culo a Jeffrey durante mucho tiempo. Sería muy bueno conseguir engancharme a algún grupo, aunque no me gustara en absoluto la música que hacían. Por lo general me gustaba toda, pero últimamente no encontraba algo que me motivara en las novedades de los últimos años. Jeff me esperaba en la puerta del recinto. Nos dimos un abrazo a modo de saludo y le agradecí que pensara en mí.

—Tranquilo tío, a ver si al final voy a pensar que estás dispuesto a soplarme la nuca por el curro — Era un cabrón que iba de gracioso —. No en serio, eres el mejor técnico de sonido que conozco para el puesto. El que se ha ido era un auténtico payaso, así que no lo puedes hacer peor. Aunque tienes un careto horrible.

—Necesito el trabajo. No pensaba que a estas alturas me vería así — Era una mierda tener que suplicar trabajo por calderilla —. Con un café me cambiará el careto.

—Tú límitate a no cagarla y haz lo que sabes hacer. Sé que el puesto es tuyo, eres perfecto para hacerlo — le dio una última calada a su cigarro —. Vamos dentro y te presento al equipo.

Entramos allí y fuimos directos a la zona de control. Me presentó a unos cuantos compañeros mientras tomábamos algo de café. Al menos conseguí recuperarme un poco de la noche anterior.

—Jeff, ya era hora que trajeras a chicos guapos. Así se trabaja mejor — dijo una chica encima del escenario. Estaba colocando los Jacks.

—No te distraigas Carlee, o si no la jefa te echará bronca —dijo Jeff sonriendo.

—A sus órdenes jefe, pero que conste que es tu culpa. Cualquiera no se distrae con chicos así — Me guiñó el ojo desde allí arriba. Soy un tío bastante ligón, pero muy reservado. Muchas veces, por el simple hecho de ser tan tímido, he acabado solo las noches de fiesta. Por eso me gané el apodo de “*Lonely Boy*”.

Después de las presentaciones oficiales, me dieron indicaciones de la mesa de mezclas y demás. No tendría ningún problema, estaba acostumbrando a ese trabajo. Al fin y al cabo, el técnico de sonido era uno más en el escenario. Me notificaron que el grupo se pasaría por allí para hacer las pruebas.

—Ya verás Dom, es una máquina — Mi amigo parecía prendado de la guitarrista de aquel grupo —. Es una lástima que en la retaguardia tenga al novio vigilando. Vaya pedazo de mujer.

—Lo que tú digas, pero una cara bonita es solo para vender más — Era mi opinión —. Siempre he pensado que estos grupos, en los que se explota tanto el físico de un integrante, están generados para ganar pasta. Pero a mí ya me vale mientras me den el trabajo.

—Cuando acabe la noche volveremos a tener la misma conversación. A ver si opinas lo mismo — Mi amigo me guiñó el ojo y me dejó allí solo con otros dos chicos.

Uno de ellos estaría conmigo controlando las luces del escenario. Mantuvimos una pequeña charla hasta que llegaron los primeros componentes del grupo.

—Minerva y Chris no pueden venir —dijo uno de ellos mientras cogía una guitarra.

—Carlee y Jeff, os necesitamos aquí arriba —ordenó otro que cogía el bajo.

—¿Problemas en el paraíso? —preguntaba Jeff mientras se sentaba en la batería y Carlee cogía la guitarra.

—Estoy hasta los huevos, es insoportable. Como estén toda la gira así renuncio — Volvió a hablar el guitarrista.

—Bueno, dadles tiempo — Me dio la sensación de que Jeff los conocía bastante bien —. Por cierto, os presento a Dominik, sustituirá a Carlos. Es un profesional, un tío serio y responsable. Estoy convencido de que es nuestro chico.

—Hola Dominik, yo soy Ansgar —dijo el guitarrista —. Y mi hermano Mikkel en el bajo y la voz.

—Encantado —dije desde allí levantando la mano.

—Bueno, empecemos con esta mierda — Mikkel iba por faena.

Por primera vez en mucho tiempo me sentía cómodo trabajando. Tuve suerte de haber controlado aquella sala alguna vez. No era de las más grandes pero tenía buena acústica. Conecté bastante rápido con aquellos tipos. Parecían buena gente.

“Sayonara”, Chris

—Se acabó, Chris. No lo soporto más — Estaba cansada de nuestra relación y las crisis que habíamos sufrido durante ese último año. Todo aquello nos había deteriorado como pareja. Continuar con aquello era una tontería. Ya no le quería.

—Nena, acabamos de empezar la gira. Te necesito y lo sabes. Cambiaré.

—No, lo de ayer fue la gota que colmó el vaso, punto y final — Era muy posesivo y sus celos infundados me tenían harta —. Se acabó.

—¿No te das cuenta de que estamos hechos el uno para el otro? ¡Somos la pareja perfecta! —me decía desesperado —. Yo te quiero — Yo no. No me parecía normal continuar con una relación sin amor. Acabaría siendo una bomba que estallaría en todos mis morros. No quería someterme a algo que me pudiera desestabilizar, otra vez —. No sé que voy a hacer sin ti.

—Lo siento Chris, pero yo ya no siento lo mismo. Tus celos han hecho que deje de quererte, no quiero una relación tóxica. Me demuestra que no confías en mi y no puedo estar con una persona que no lo hace — Me levanté y fui hasta la puerta —. Ves a hacer la prueba, necesito tomar el aire.

—¿Y ya está? ¿Así acaba todo?

—Si — Abrí la puerta y salí de allí.

Mi corazón iba a mil por hora y necesitaba desahogarme con alguien. Pensé en la única persona que me entendería y apoyaría en ese momento. Mi madre era mi mayor confidente. Me senté en una cafetería, pedí un café y la llamé. La llamada me costaría algo cara, pero hasta el momento podía permitírmelo. Le expliqué mi decisión de dejarlo con Chris. Era consciente de que no escogí el mejor momento, pero tenía que hacerlo.

—Cielo, si ya no le quieres no puedes estar con él, eso está claro — Una de las cualidades de mi madre era la comprensión —. Intentad ser profesionales. No arruinéis lo que tenéis por vuestro comportamiento. Sé que serás capaz de soportarlo. Eres fuerte, como tu padre Matthew.

—Lo sé mamá, yo no tengo problema por tenerlo cerca. Le tengo mucho aprecio, y no soy capaz de perderlo como amigo, pero no estoy segura de que él piense como yo.

—Dale tiempo — Mi madre era sabia. Había sufrido mucho por amor. Mis padres tuvieron una de esas historias que calan hondo —. ¿Ya habéis hecho

la prueba de sonido?

—La están haciendo. Carlee me sustituirá.

—Minerva, no debes dejar que la situación te supere, no deberías saltarte las pruebas así como así. Hemos quedado que os comportaríais con profesionalidad, y ya estás fallando. Cada prueba cuenta, cielo.

—No me des el sermón. Sé que tienes razón, pero necesitaba tomar el aire, ya sabes que Chris es muy posesivo y terco. Quiero ayudarle.

—Ves inmediatamente, si tu padre se entera sabes que te soltará un discurso mucho más pesado que el mío — Mi padre, el Sr. Cooper, era el mejor hombre en la tierra, pero sermoneando era insufrible —. Si quieres que Chris sea profesional con esto, debes serlo tú primera. Sé consecuente.

Me despedí de mi madre y acabé el café que me habían servido mientras hablaba con ella. Tenía que echarle valor al asunto si quería que el grupo se mantuviera estable. No me quedaba otro remedio, sé que me quedaban pocas fuerzas para tirar del carro mucho más tiempo, pero confiaba en que Ansgar y Mikkel nos echarían una mano. O eso esperaba. Aquellos locos hermanos escandinavos eran mi gran apoyo. Eran como los hermanos que nunca tuve.

Volví allí y entré por la puerta principal, así me daría tiempo a observar como sonaba la música en el local. Fui poco a poco y me situé detrás de la mesa de los técnicos de sonido, donde no me veía nadie.

—No está mal, es una pena que Minerva no haya venido —dijo uno de los chicos que estaba controlando.

—¿Suelen hacer este tipo de cosas? Lo digo porque esto nos complicará las cosas en la actuación —dijo un tipo que no conocía de nada. Supuse que era el chico que sustituía a Carlos.

—No, es una chica muy profesional, es solo que no está en su mejor momento.

—Pues, lo que ha hecho hoy no es muy profesional que digamos — ¿Qué se había creído? Mi sangre se puso a hervir por culpa de la ira. Tuve que contestar.

—Es muy poco profesional que en el primer día de trabajo hagas un juicio moral a los que van a ser tus jefes — Lo miré y me contempló sorprendido —. Más vale que lo hagas de puta madre, si no, estás fuera.

Lo dejé con la palabra en la boca y me acerqué al escenario, subí y esperé a que acabaran con la canción.

—Lo siento chicos —les dije a mis compañeros por micro —. Necesitaba tomar un poco el aire.

—A tu aviso, Dom —anunció Ansgar.

Y empezamos a tocar por orden. Me senté en el suelo con la guitarra encima y esperé a que ese tipo me dijera que hiciera sonar la guitarra. Lo estuve observando trabajar y, aunque no me gustó ni un pelo su comentario, tenía razón. Había flaqueado ausentándome de la prueba.

Era bastante guapo y joven. Rubio, alto y delgado, supuse que sería inglés como Jeff.

Miré hacia donde estaba Chris y vi que me miraba fijamente. Al rato desvió su mirada a la mesa del técnico y volvió a mirarme. Noté que ya estaba histérico. Parecía que con lo de anoche no había tenido suficiente.

—¿Probamos la guitarra? —me dijo aquel chico.

—Si — No me moví y agarré el mástil con fuerza y rasgué con suavidad las cuerdas —. Ya que eres nuevo, tocaré una canción nueva.

Se me ocurrió tocar una canción para avisar a Chris de que lo nuestro ya estaba acabado. Sabía que podría llevar a malentendidos, pero me daba igual. Chris entendería el mensaje.

Me levanté del suelo y me acerqué al micro. Fui muy mala. Muy pero que muy cruel. Los primeros acordes de "*People are strange*" de The Doors empezaron a sonar. Y al poco mi voz rasgada empezó a relatar la poesía de Jim Morrison.

Chris tiró las baquetas al suelo y salió de allí como un trueno. Le hice daño, pero era necesario. Las rupturas son complicadas, pero si quería mantener mi cabeza sobre mis hombros debía ser clara con él. Lo último que quería era volver a perder el control de mí misma.

Al finalizar la prueba le di la guitarra a Carlee y llamé por teléfono a Carlos para ver cómo se encontraba. Me dijo que tenía la nariz y algunos huesos rotos. Iba a coger el avión de vuelta a Barcelona por la tarde y se tomaría un tiempo para recuperarse. Cuando pudiera volver a trabajar la discográfica lo enchufaría en cualquier gira. Era un buen técnico.

Esperaba que el nuevo componente del equipo diera la talla por la noche. Lo primero que pensé fue en sus palabras poniendo en duda mi profesionalidad, y sabía que no le faltaban motivos para decirlo. Debía disculparme.

Bocazas

No podía meter más la pata. Normalmente soy una persona que no abre el pico para nada, y justamente abrí la boca más de la cuenta. Por suerte me movía como pez en el agua en el mezclador, pero no estaba seguro de que me dieran el trabajo.

Hora y media después acabamos con el ensayo. Los integrantes se fueron y nosotros nos quedamos allí para acabar de prepararlo todo. Le expliqué mi cagada a Jeff.

—No te preocupes Dom. Minerva es muy temperamental, ya lo has visto con tus propios ojos —me explicaba—. Lo has hecho bien en la prueba, así que esta noche irá bien. El trabajo será tuyo.

—Eso espero.

—¿Qué te han parecido? —me preguntó—. Tienes que admitir que son buenos, en comparación con lo que suena por ahí son de lo mejorcito — Le daba caladas a otro cigarro. Se encendía uno tras otro.

—Son buenos, pero ya sabes que no es mi estilo — A mí me gustaba más el blues y el rock. El metal alternativo era, para mí, un territorio un poco desconocido, aunque he de admitir que algunas viejas glorias las seguía escuchando. Herencia de mi madre.

—Minerva es una bomba, una tía cojonuda. Pero tiene un carácter muy fuerte —hablaba bajo—. Está buena. Si dices que no, pensaré que te mola que te soplen en la nuca.

—Está buena, pero sigo pensando que es la típica chica prefabricada por un sello discográfico.

Muy guapa para estar en un grupo de metal alternativo rodeada de tíos. Estaba claro que era el punto clave para vender discos y meterse al público masculino en el bolsillo. Tocaba bien la guitarra y se marcaba unos buenos solos, pero nada más. Y creo que se lo tenía bastante subido por la manera en que me contestó en nuestro primer encontronazo.

A la gente que trabajaba ahí se la veía amable, y Carlee era una tiradora de piropos. No me la quitaba de encima.

—¿De dónde has salido? —decía—. Jeff, si tienes más amigos así, ¿por qué has tardando tanto en enchufar a uno?

—No tienes remedio, con este lo vas a tener difícil — Se reía el muy

cabrón —. Es lo más vergonzoso que hay en el mundo. Se ligaba a todas las tías, pero no se las tiraba el muy idiota.

—¿Por qué tienes que pregonar mi vida privada? —reproché.

—Aquí no hay vida privada, así que ves acostumbrándote, nos conocemos todos muy bien, ¿verdad Carlee? —dijo con retintín.

—Te gustó eeeeh, pues que sepas que yo no repetiría —soltó ella.

Puse los ojos en blanco y me fui otra vez dentro. Comí algo y me concentré en mi móvil.

—¿Dominik? — Una voz de mujer me obligó a levantar la vista.

—Sí... — La vi enfrente de mí. Era realmente preciosa. Con la oscuridad del local no la pude contemplar detalladamente —. Hola.

—Creo que no hemos empezado muy bien —dijo con una sonrisa a la vez que extendía la mano para saludarme, le devolví el saludo —. Soy Minerva.

—Un placer, siento haber dicho eso. Me disculpo. Yo me llamo Dominik

—No importa, tenías mucha razón en tus palabras, así que yo también me disculpo por cómo te he contestado.

—Gracias.

—¿Llevas muchos años dedicándote a esto? —me preguntó.

—En la teoría siete años, en la práctica no tanto — La crisis me había dejado sin trabajo estable, una putada —. He trabajado en una emisora de radio durante cuatro años y también suelo ayudar en algunos conciertos de la ciudad. Se podría decir que sí.

—Bien — Se remangó la camiseta y pude ver como asomaban los tatuajes. La miré a la cara y vi unas dilataciones considerables en sus orejas. Tenía que admitir que era una auténtica belleza. Melena negra lacia como el carbón y una mirada oscura. Su piel era blanca como la nieve y sus labios demasiado carnosos y rojos. Apetecible —¿Todo bien?

—Sí, es solo que he dormido un par de horas — Mierda, me había pillado dándole un buen repaso —. Anoche tuve un evento electrónico y estoy destrozado.

—Ve a descansar y vuelve fresco, te necesitamos bien atento — Salió de aquella sala y se fue.

Fui en busca de Jeff para decirle lo que la “*jefa*” me había dicho. Necesitaba dormir aunque fuera un par de horas más para poder ser persona.

—A las siete te quiero aquí —me dijo —. Quiero que seas tú el que se encargue del sonido en esta gira.

—Te debo una colega — Nos dimos un abrazo y me fui con la bici a casa.

Una vez allí puse mi alarma en el móvil y caí desplomado en la cama. No me enteré absolutamente de nada hasta que la dichosa canción infernal me despertó. Eran las seis de la tarde. Comí algo, me cepillé los dientes y me miré al espejo. Mi pelo y mi barba de una semana ya no tenían remedio.

Volví a coger mi bici y esta vez me puse una chaqueta. A la vuelta haría frío. Tardé exactamente lo mismo que la primera vez. No tuve problemas con el tráfico. Enganché la bici a una farola y una voz de mujer me despistó.

—¿Vienes de ver a tu novia? —preguntó Carlee con los ojos abiertos.

—Eeemmm... — Me quedé pillado —. No.

—¿Qué no vienes de ver a tu novia o que no la tienes? — Se estaba quedando conmigo. Tenía que echarle huevos o se me comería vivo, literalmente.

—No tengo novia y sin expectativas de ello —solté.

—Perfecto — Me guiñó el ojo y se metió en el local.

Hice lo mismo. No para seguirla, sino para trabajar. El ambiente era más caótico y estresante, pero soportable. Jeff estaba como loco controlándolo todo. Fui hasta la mesa de control de sonido y me preparé para los teloneros.

El tiempo pasó volando. El local estaba repleto de gente rugiendo. Los teloneros eran bastante buenos, pero me moría de ganas por ver a aquella chica morena tocando la guitarra. Todos mis compañeros hablaban maravillas de ella y hasta el momento no había visto nada que me sorprendiera. Parecía más una modelo con su metro setenta de estatura y su cuerpo bien moldeado que una estrella del rock. Era un regalo para los ojos, eso no se podía negar.

Apagaron las luces. Todo el local estaba oscuro y el público se hacía notar. Hasta que una distorsión de guitarra los calló de golpe. Mi compañero hizo lo que horas antes habíamos puesto a prueba. Allí estaba ella. Con su guitarra blanca perlada, un top de cuero ceñido que le hacía un escote de infarto, tejanos rotos y unas botas militares de color marrón. Su piel blanca tenía trozos coloreados por culpa de los tatuajes. Vaya cañón de mujer. Era imposible no mirarla.

Ansgar era el segundo guitarrista, Mikkel el cantante y bajista y Chris el batería afortunado por tener como novia a un monumento. A cada canción me iba sorprendiendo más. Estaba claro que las pruebas de sonido eran pasar el rato para ellos. Minerva era una auténtica fiera sobre el escenario. Jeff tenía razón. Tanta que perdí el sentido al verla. Me notaba ido y nervioso. No

podía dejar de mirarla y contemplar como conectaba con el público. Su sonido me recordaba mucho al grupo californiano Avenged Sevenfold.

—Te lo dije tío, es una máquina —decía Jeff riéndose mientras entraba al cubículo donde estábamos los técnicos.

—Soy un imbécil escéptico — Mi comentario hizo que Jeff pasará un buen rato mofándose de mí.

—Tú concéntrate en el trabajo y seguro que el puesto es tuyo.

Intenté concentrarme, pero era imposible. Por suerte no cometí ningún error, pero aquella mujer me había calado hondo. Hasta que no desapareció del escenario no pude volver a la realidad.

Cuando la existencia me azotó con un golpe seco en toda la cara, me di cuenta que debía recoger todo aquello con el equipo, y saber si el puesto era mío.

¡Basta!

El concierto había ido bien. Excepto Chris. Seguía actuando como si no hubiéramos acabado con nuestra relación. Tenía que dejarle claro que entre él y yo solo quedaba un vínculo profesional. La pantomima debía acabar aquella noche. Todos teníamos claro que nuestra historia de amor era una muerte anunciada desde su inicio. Aguanté demasiado.

El taxi estaba esperándonos en la puerta de atrás para llevarnos directos al hotel. Durante todo el trayecto no nos dijimos nada, hasta que Chris intentó poner la mano en mi muslo.

—Chris, basta —dije apartándola de un manotazo.

—Tenéis que tener las cosas muy claras —nos decía Ansgar, Mikkel solo asentía con la cabeza. Su voz necesitaba reposar después de hora y media de concierto —. Estamos en un momento bueno para el grupo y no me gustaría por nada en el mundo que se fuera a la mierda. Por favor, no lo hagáis más difícil. Nos ha costado mucho llegar hasta aquí, no hace falta que os lo recuerde.

No fui capaz de decir nada. El silencio volvió a envolvernos y al llegar al hotel fui directa a la habitación. Me puse cómoda e inicié mi ritual nocturno. Una ducha, hidratación extrema, cepillarme los dientes y secar mi melena. Cuando estaba lista para irme a dormir, Jeff me lo impidió con una llamada.

—¿Qué pasa? —contesté asustada.

—¿Nos quedamos con Dominik? —preguntó —. Ansgar y Mikkel están de acuerdo, Chris no me ha cogido el teléfono. ¿Qué opinas?

—Si ellos están de acuerdo yo no tengo inconveniente. Ha dado la talla — Empezamos con mal pie, pero no me gustaba ser mala.

—Estupendo, mañana mismo llamaré a la discográfica para que le hagan un contrato y pondremos rumbo a París.

—Buenas noches Jeff — Estaba demasiado cansada como para mantener una conversación.

—Descansa, te lo has ganado.

Colgué el teléfono y ya podía irme a dormir. Levanté la sábana y me senté. Justo hacer ese movimiento algo volvió a interrumpirme. Sonó la puerta justo cuando iba a tumbarme.

—¿Quién es? —pregunté antes de abrir.

—Soy Chris, necesito hablar contigo. Vengo en son de paz.

Bufé y me armé de valor para dejarle pasar. Entró despacio, casi sin mirarme y sentándose en el borde de la cama. Apoyando sus codos en las rodillas y enterrando su cara entre las manos.

—Lo siento —dijo—. Te quiero muchísimo. Me duele que lo nuestro tenga que terminar así — Tenía un aspecto horrible. Y eso era complicado debido a su gran imponentia física. Grandullón y con una melena y barba larguísimas de color castaño —. Necesito que tengas paciencia conmigo, yo sigo enamorado de ti y no va a ser fácil olvidarte.

—¿Entiendes por qué ha ocurrido esto? —le pregunté y me miró con los ojos verdes bien abiertos—. Tus celos son enfermizos, tienes que aprender a controlarlos. Conocerás a otra mujer y si sigues comportándote como un histérico le pasará lo mismo que a mí. Eres un tío estupendo, de verdad, te quiero y te aprecio muchísimo. Pero no puedo engañarme más, ni engañarte a ti. No es justo.

—No sé si podré olvidarte algún día.

—Lo harás — Le cogí una mano a modo de apoyo, su contacto me ponía nerviosa, pero debía apoyarle.

—No voy a encontrar a otra mujer como tú — Se estaba encerrando en el tema demasiado. Debía ver las cosas con perspectiva.

—Chris, hay un montón de mujeres ahí fuera que son mucho mejores que yo — Ciertamente. Tenía una procesión de mujeres detrás suyo descomunal —. Entiendo que durante un tiempo va a ser difícil la convivencia, pero te ayudaré en todo lo que pueda. ¿Vale?

—Se lo debemos a los otros dos imbéciles — Dibujó una leve sonrisa en su cara.

—Eso es, los tres formáis parte de mi familia —le recordé—. Y sabes que para mí la familia es lo primero.

—Sí — Se levantó para ir hasta la puerta —. Minerva — Nombró antes de abrirla —. Volveré a intentarlo. Voy a volver a enamorarte, cueste lo que cueste. Me enfrentaré a quien sea necesario para que vuelvas a estar conmigo, que te enamores y compartas conmigo el resto de tu vida. Cambiaré mi actitud para que ningún tío pueda hacerme sombra. Volveré a ser tu pareja.

—No es el momento — ¿Por qué no me olvidaba y ya está?

—Sé que necesitamos descansar un tiempo el uno del otro, cuando logre controlar mis celos y paranoias, haré todo lo que pueda para que vuelvas a quererme — Abrió la puerta para largarse.

No sabía cómo tomarme aquello. Lo único que sabía era que ya no estábamos juntos y que nos íbamos a dar un tiempo. Justo lo que necesitaba. Me tumbé en la cama y me quedé dormida al instante.

El despertador sonó a las ocho de la mañana. Me levanté para practicar mis posturas de yoga matinales. Eliminaba el estrés y aliviaba la musculatura. A las nueve y media estaba en la cafetería desayunando con Mikkel. Solía ser de los que se levantaban temprano.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—Sí, estuvimos hablando anoche y parece que nos hemos dado un tiempo — eso esperaba —. Siento que todo esto os afecte tanto.

—Tranquila nena, es normal. Ya sabéis que podéis contar con nosotros para lo que sea. No solo somos compañeros de trabajo, también somos una familia.

—Lo sé gracias.

—Cambiemos de tema. ¿Viste ayer a Carlee revoloteando alrededor del chico nuevo? Esa chica no cambiará.

—Madre mía, pobre chaval — Me reí —. Espero que sepa lidiar con ella. Está bastante bien y Carlee no lo dejará escapar tan fácilmente.

—Eso es lo que quiere ella — Bajó la vista.

—¿Sigues con lo mismo? — Mikkel se acostó una vez con ella y cayó rendido a sus pies —. Joder, ¿por qué no hablas con ella? Me apuesto lo que quieras a que si le dices lo que sientes se derretirá en tus brazos.

—Minerva, le tira los trastos a todo hombre que se le pase por delante — Eso era cierto, ¿pero qué tenía de malo? —. Obviamente no piensa en estar solo con un tío.

—Es soltera, dale un motivo para que deje de estarlo.

—¿Cómo cojones lo ves todo tan fácil? Matt y Sheena han sido unos padres muy hippies y te han criado en una burbuja de paz y amor — Se reía.

—Son de todo menos hippies —contesté riéndome también —. Si no le dices lo que sientes, ella nunca lo sabrá. Y no la puedes juzgar sin que ella sepa que tiene a un tío colado por ella.

—Buenos días — Saludó Ansgar totalmente dormido mientras se sentaba con nosotros —. Un café bien largo y tres sándwiches de bacón, por favor — le dijo a la camarera.

—Joder, vamos fuerte esta mañana —dije —. Espero no tener que compartir asiento contigo en el avión — Me pellizqué la nariz con guasa, haciendo referencia a la indigestión que le podía provocar tal cantidad de

comida.

—Estas deseando degustar mi aroma y lo sabes — Siempre nos estábamos jodiendo, pero nos entendíamos a la perfección —. En eso se basa la convivencia.

—No cuando puedes matar por intoxicación a alguien.

Seguimos con las tonterías un rato más hasta que apareció Chris. No lo había visto nunca tan cabizbajo y la verdad es que me daba pena, pero no había vuelta atrás. No podía seguir con una farsa.

Por la tarde nos iríamos a París, Francia. Así que fui a darme una vuelta por Camden a comprarme unos cuantos trapos y bambas. Al final, como siempre, acabé con un par de converse y una ristra de camisetas de grupos antiguos, además de unos cuantos discos y libros para hacer más amena la gira. Para comer volví al hotel y dejé mi maleta lista para irnos.

¡Me voy de gira!

El trabajo era mío. Al fin. Tenía poco tiempo para preparar el equipaje y embarcarme en una aventura emocionante. Y todo por culpa de mi amigo.

—Joder tío, gracias — Le agradecía casi abrazándolo.

—Vale, vale...— Seguía fumando, tenía un puto problema con el tabaco —. Mañana a las seis sale el avión hacia París. No vas a perder mi culo de vista, aunque pensándolo bien, mejor no te lo pongo muy cerca por si acaso.

—Serás cabrón, más te gustaría a ti que fuera yo quien te diera por culo.

—Oh sí... mi caballero inglés, en el fondo lo estoy deseando — Era el maestro de la burla —. ¡No te jode!

—¡Seréis maricones! —soltó Carlee.

—Que dices perra, te encantaría verlo — ¿Sería capaz de soportar aquello? No tenia alternativa si quería seguir pagando las facturas.

—Oh sí, pero no para verte a ti, sino a él —me señaló. Me puse rojo, señal de que me tenía que ir a casa. Tenía muchas cosas que hacer. Me despedí atropelladamente y fui hasta mi bici.

Cuando llegué a casa fui directo a la cama. Me quedé en calzoncillos y me tapé con la sabana. Llegaba el momento de reflexión. Todo estaba yendo muy rápido. Mi corazón estaba alborotado. Sí, mi corazón. Mañana salía a Francia y muchos recuerdos se amontonaban en mi cabeza; Marie. El Louvre. Marie. La Torre Eiffel. Marie. La habitación del hotel. Marie y su acento francés. Marie y su ex enrollándose en la discoteca mientras miro desde la cabina de mezclas. Decido pensar en otra cosa. Me obligo a pensar en el concierto y lo bien que había ido. De su larga cabellera morena, su piel blanca llena de tatuajes, sus manos maltratando la guitarra, sus labios carnosos rozando el micrófono. Tenía que parar o al día siguiente tendría un terrible dolor de huevos.

Y lo tuve. Joder si lo sufrí. Antes de ponerme a hacer la maleta y llamar a mis padres tuve que aliviar mi pesadez testicular. Odiaba hacerlo, pero no me quedaba otro remedio. Al menos fue rápido y placentero.

La llamada a mis padres fue agrisulce pero gratificante. Mi madre siempre preocupándose por mí y mi padre deseando que les hiciera una visita a la vuelta. Llevaba bastante tiempo sin verles y los echaba de menos.

Arreglé el piso para dejarlo cerrado durante un tiempo indefinido y fui hasta el hotel donde estaban. Busqué a Jeff para leer las condiciones del contrato.

—Vale, esto ya lo conoces —dijo—. Contrato temporal, como todos en esta jodida profesión. Muy bien pagado, quinientas libras libre de impuestos por concierto con dietas y alojamientos incluidos. Contrato de confidencialidad y... —Pasó todas las hojas que había en una carpeta para confirmar que no se dejaba nada—. Ya está. ¿Qué te parece?

—Tengo la maleta en tu habitación, ¿Qué cojones crees que me parece? —le contesté riéndome.

—Ese es mi chico. Sabes, es una ventaja que no tengas compromisos en Londres —soltó—. Que no te pase como a mí, que me metí en esto teniendo novia y fue horrible.

—Ya lo sé, ya, cabrón — Aún recuerdo el día que se presentó la que era su novia hace tres años en mi casa pidiendo explicaciones. El muy cabrón le dio mi dirección por si necesitaba ayuda. Me metieron de lleno en su tortuosa ruptura. Jeff cada vez tenía más responsabilidades con el grupo y el poco tiempo que le sobraba lo dedicaba a dormir. En resumen, se olvidó de qué tenía una novia a la que llamar. La distancia y los despistes de mi amigo hicieron que su pareja se pensara que le había puesto los cuernos. Aún recuerdo como me abordó en la puerta de mi piso. Tuve que ir con mucho cuidado para salir airoso de tal acoso.

Nos encontrábamos en el bar del hotel y a lo lejos la vi. La mujer que casi me provoca un ataque cardíaco. No podía dejar de mirarla. Tejanos apretados, camiseta de los “*Misfits*” y su melena recogida en una trenza. Hablaba con alguien del equipo y se reía. Tenía una sonrisa perfecta, dientes bien alineados y unos labios demasiado apetitosos.

—¿Dominik? —me interrumpió Jeff, me pilló mirándola con lujuria—. Oh tío, ni se te ocurra. Sé en lo que estás pensando.

—¿En qué, listo?

—No te la puedes zumar —soltó así de fresco—. Está tremenda, pero no la mires de esa manera si no quieres que el mastodonte de Chris te empale con una baqueta.

—Joder, tengo ojos en la cara, es inevitable mirarla.

—Quítate esa idea de la cabeza. Ella es inaccesible.

Inaccesible. Ni de coña. Estás loco. Palabrería de Jeff. Pero tenía razón.

¿Cómo una mujer que era perfecta iba a fijarse en alguien tan mediocre como yo? Un chaval de pueblo que tenía sueños. Demasiadas fantasías que apenas llegué a rozar. No había tenido el talento y el valor suficiente para estar donde estaba ella; un guitarrista reconocido y con un talento arrollador. Obviamente no llegué a serlo, me quedé a mitad de camino. Miedo escénico le llamaban.

Me decaí un poco durante el trayecto al aeropuerto, pero la insistencia de Carlee no me dejó ni tiempo ni fuerzas para pensar en otras cosas. Que pesadilla. Menos mal que Jeff me rescató unas cuantas veces.

—Es buena chica —me dijo cuando se sentó a mi lado.

—No te lo discuto, pero que alguien le pegue las bragas al culo — Lo pensaba en serio, aunque me hacía gracia la situación.

—Dom, aquí nos conocemos todos. Mi consejo es que intentes ser lo más sociable posible y que disfrutes de la experiencia. Llevas mucha responsabilidad y tienes que estar tranquilo — Escuchaba a mi amigo pero mis ojos no apuntaban hacia su cara. Mi mirada estaba dos filas más allá. En su trenza saliendo por el pasillo. Me estaba obsesionando. Jeff volvió a pillarme —. Tío, estás como una puta cabra.

—Joder, creo que me he pillado —confesé con una sonrisa en la cara.

—Lo único que te vas a pillar es la polla cuando intentes algo con ella. Te la arrancará con un machete, y luego vendrá su novio y te reducirá a cenizas de un puñetazo. Te lo digo muy en serio, tú siempre has sido sensato Dom, no la cagues ahora.

Carlee volvió y cambiamos de conversación de golpe.

—Joder, notición —soltó sentándose encima de Jeff —. Chris y Minerva lo han dejado definitivamente. Las noticias vuelan — Jeff me miró serio y solo con ver su mirada supe que quería frenarme. Pero no sé qué cojones me estaba pasando que no quería pisar el freno. Aquella mujer me transmitía un millón de sensaciones excepto serenidad.

—¿Quién te lo ha dicho? Sois todos unos cretinos chismosos que se aburren demasiado.

—Mikkel se lo ha dicho a Claudia, y ella me lo ha dicho a mí — no dejaba de mirarme —. ¿Es guapa verdad?... Los tíos solo pensáis con la polla — escupió.

—Y tú también lo haces, pero con las nuestras —soltó levantándola de su regazo y echándola de allí.

El avión estaba a punto de aterrizar y nos teníamos que abrochar los cinturones. Fue rápido y limpio, pero vi que a una persona no le sentaba tan bien volar. Ansgar estaba abanicando a Minerva y relajándola. Me moría por ser yo el que estuviera ahí tranquilizándola. Algún día lo sería. Cuando algo se me antoja, no descanso hasta conseguirlo.

Unas furgonetas nos esperaban a la salida del aeropuerto. Jeff me estuvo explicando el funcionamiento y la organización del equipo. Él era como un coordinador entre la banda y el equipo técnico. Parte del trabajo pasaba por sus morros como si nada, tenía una responsabilidad que se había ganado a pulso. Llevaba trabajando con ellos dos años. En los que han despegado en el panorama musical como la espuma. No es que fueran unas estrellas reconocidas pero se ganaban bastante bien la vida.

A mí me tocaría compartir habitación con él. Había presupuesto de sobra, pero no se podía derrochar. Aquella noche no había concierto, y vi en mi cuenta bancaria el ingreso de la actuación anterior. Un alivio.

Dejamos las maletas en la habitación y el equipo me propuso que me uniera a ellos para hacer algo de turismo. Ya conocía Francia a la perfección, pero quería volver a pasear por aquella maravillosa ciudad. Sin Marie. Desde que lo dejamos no volví a pisar París. Estuvimos por los sitios típicos y, por culpa de Jeff, me tocó ser el traductor. Aprendí francés a la fuerza. Marie adoraba su país y me impuso su idioma natal. El saber no ocupa lugar y ella era una ciudadana orgullosa de su patria.

—Eres una maldita caja de sorpresas —dijo Carlee.

—Y me decíais que me lo tiraba. ¿Es o no es el candidato perfecto? — Jeff, el pesado de Jeff —. Hábil con la mesa de sonido, inocente y además un moja bragas.

—No te pases, joder — Empezaba a joderme su actitud —. Soy un tío con principios.

—Tranquilo, con el tiempo te volverás un “*psycho killer*” como el resto — Carlee se puso seria —. Si no bromeamos entre nosotros, con el ritmo de vida que llevamos nos volveríamos locos y le daríamos a la priva más de lo normal — Abrió los ojos como platos —. Mierda, eso ya lo hacemos — Estalló en carcajadas.

Estaban todos majaretas. Pero si algo tenía claro, es que no me iba a olvidar nunca de esa experiencia. Tenía la sensación de que durante esa gira haría muchos amigos. Pensé que sería imposible tener intimidad durante todo

ese tiempo, no estaba solo en ningún momento. Aunque no me importaba. Los últimos meses los había pasado en mi piso, completamente solo y haciendo vida nocturna. No me iba nada mal cambiar mis hábitos laborales y, sobre todo, embolsarme una buena cantidad de dinero.

Hice cuentas y me alivié bastante. Sería una inyección de dinero considerable y podría permitirme unas pequeñas vacaciones, además de una visita a mis padres. Estaba contento.

Lo que diga mi psicoanalista

A pesar del mal trago del avión, me pasé prácticamente toda la tarde durmiendo en la habitación. Fui al gimnasio del hotel a machacarme un rato con las pesas. Si quería mantener el ritmo de la gira tenía que mantenerme fuerte y en forma. En la anterior gira perdí aproximadamente unos seis kilos. Me quedé en los huesos, así que no quería volver a pasar por lo mismo.

El factor Chris "*aquí te pillo aquí te mato*" no estaba disponible en esta gira, me ahorraría la pérdida de dos kilos. Visité a un nutricionista y un preparador físico para enfrentarme al estrés y a la locura. El ritmo de vida que se llevaba podía conducirte por un camino un tanto peligroso. Drogas y fiestas apocalípticas. No quería eso ni en broma. Ya tuve suficiente con dejar el tabaco y la marihuana. Chris no logró dejar de fumarla en mi presencia y me costó una barbaridad superarlo. No fue una gran ayuda. Aunque debía admitir que el sexo me ayudaba a aliviar el mono. Por suerte, me sentía con la fortaleza suficiente para soportar una gira de diez conciertos. Ahora sólo quedaban nueve. Positividad, siempre hay que ver el vaso medio lleno.

También estuve viendo a una psicoanalista, pero no por culpa del trabajo, sino por Chris.

Sus constantes ataques de celos y su histeria me habían hundido en la más absoluta mierda. El amor que sentía por él se apagó de un soplo. Como si de apagar una vela se tratara. Sabía de sobra que sus manifestaciones de ira nunca se volverían agresivas hacia mí, pero llegué a tener mucho miedo. Y tuve que aprender a no tenérselo. Me mantuve alejada del grupo durante prácticamente toda la composición de los nuevos temas. Volé hasta Londres para la grabación e intenté poner distancia entre nosotros. Hasta el día anterior. En el segundo concierto de la gira. Después de que en el primer bolo le diera una paliza a Carlos.

Lo que conllevó que, rápidamente y con discreción, tuviéramos que buscar a un nuevo técnico de sonido. Cierto era que Carlos era bastante gilipollas, pero lo conocía de hace años y yo ya sabía que era así de empalagoso. Chris casi lo mata cuando después del primer concierto se le ocurrió darme un abrazo y sobarme. No estaba dispuesta a que me anulara como persona ni como mujer. Yo ya no le quería. Así que le di el punto final que necesitaba.

Salí del gimnasio y subí en el ascensor cubierta de una capa de sudor. Jeff, Carlee, Claudia y el chico nuevo entraron justo en la planta cero. Le di un leve repaso. Delgado, alto y una cara cuadrada perfectamente marcada por unas facciones irresistibles. No era guapo, era lo siguiente de guapo.

—¿Ya te has machacado en el gimnasio? —me dijo Jeff.

—Sí — Miré a su incipiente barriga —. A ti no te iría nada mal un poco de deporte Jeffrey — Le toqué la barriga como si estuviera embarazado.

—Nah, eso no es para mí — Miró al chico nuevo —. Ya se lo dejo al nuevo cachas del equipo — se reía.

Miré otra vez al hombre que estaba allí y él hacía lo mismo conmigo. Su mirada azul era preciosa.

—¿Practicás algún deporte? —le pregunté.

—Solía jugar al fútbol, pero cuando me fui a vivir a Londres para estudiar me fue imposible. De vez en cuando hago alguna pachanga, pero con amigos como Jeff la pachanga se convierte en tarde de cervezas — También le tocó la barriga.

—Seréis cabrones todos —nos dijo mientras nos reíamos.

Llegamos a la planta donde ellos tenían sus habitaciones y salieron.

—Esta noche saldremos a hacer unas copas, ¿te apuntas? —me propuso Carlee.

Le levanté el pulgar a modo afirmativo. ¿Por qué no?

Tomé una ducha, pedí algo de cena al servicio de habitaciones y me arreglé. Me apetecía mucho salir un poco y distraerme. Abrí mi maleta, cogí mis “*Converse*” nuevas que me compré en Londres. Eran de tela negra con tachuelas. Las acompañé de unos tejanos negros ajustados y una camisa de cuadros blanca y negra de “*Dr. Martens*”.

En el baño me puse un poco de base de maquillaje, sin abusar. Delineé mis ojos y alargué mis infinitas pestañas de negro. Coloreé mis labios de color rojo y ya estaba lista. Le envié un mensaje a Carlee preguntando donde quedábamos y a qué hora. Mientras, mi pelo largo y liso no necesitaba ningún tipo de atención. Solo me pasé el cepillo para desenredar y listo. Herencia directa de mi padre.

“A las diez y media en el Hall. Aunque los hombres ya están allí. Qué bueno que vengas jefa, como en los inicios. Se te ha echado de menos. Carlee”

Sonreí, miré el reloj y vi que eran las diez. Decidí bajar a relacionarme un poco. Es bueno tener buen ambiente en el equipo, sobre todo con el aura

negativa que se creaba cada vez que Chris y yo estábamos en la misma sala.

Allí estaban Jeff, Alberto y el chico nuevo. Me acerqué. Jeff se puso a mi lado, para hablar de manera más privada.

—¿Cómo estás? — Jeff era el típico tío salido y alocado, pero era bueno en su trabajo y una buenísima persona. Un pilar para el equipo.

—Estoy bien, de verdad — Le di la mano y se la apreté —. Tiene que crecer, creo que tiene la edad de sobra para comportarse como un adulto.

—Ya, pero le has roto el corazón, princesa — Apretó los labios —. Eso te coloca como la mala de la película. Y, sin embargo, físicamente estás mejor que nunca, cuando por dentro estás destrozada.

—Jeff, voy haciendo — Le miré igual que miraba a mi padre cuando me echaba el sermón —. Poco a poco. Estoy bien, si no fuera así no estaría aquí.

Miré a mí alrededor por el hall. Estaba bastante lleno, la gente hablaba, reía y bebía.

—Os invito a una ronda —dijo el chico nuevo mientras se levantaba —. Os debo una por el trabajo. ¿Cerveza? — me miró.

—Claro —le dije con una sonrisa.

Marchó hacia la pequeña barra. No pude evitar volver a hacerle otro repaso. Pelo despeinado, tejanos oscuros que marcaban su bien formado culo y camisa de cuadros roja. Justo el estilo que a mí me gustaba en un tío. Chris era más bestia vistiendo. Siempre con botas de piel recias y tejanos anchos desgastados. Eran completamente opuestos.

Jeff y Alberto empezaron a hablar de todo tipo de cosas y aquello me ayudaba a despejarme un poco. Hasta que volvió el británico con las cervezas y seguimos riéndonos los cuatro. Carlee y Claudia fueron medianamente puntuales. Iban muy recatadas, algo muy raro en ellas.

Salimos del hotel y el clima nos dio una tregua. Era mayo, y las constantes lluvias que azotaban aquella ciudad decidieron que aquella noche no llovería. Carlee fue directa al nuevo y se agarró a su brazo. No tenía remedio.

—¿A dónde nos vas a llevar Dominik? —le decía en voz alta para que todos la escucháramos.

—Hay un pub cerca de aquí que me encanta —dijo —. Hace mucho que no vengo y tengo la necesidad de volver. Aunque lo más seguro es que me arrepienta —respondió con una sonrisa.

—No creo tío, está superado —Jeff le guiñó un ojo a su colega y yo me limité a sonreír.

Estuvimos quince minutos caminando y Alberto iba a mi lado.

Recordábamos las noches que habíamos salido de fiesta y nos reíamos. Llevaba tiempo sin reírme tanto.

Al fin llegamos al sitio que Dominik propuso y parecía un sitio muy interesante. Un local pequeño con música en directo. La música que sonaba era una mezcla de rock y blues. No estaba mal.

Dominik entró primero y fue directo a la barra a saludar en un perfecto francés a los camareros. Yo no sabía hablar francés, mi madre lo hablaba a la perfección, pero yo era terca con los idiomas. Me daba por satisfecha con saber inglés, catalán, castellano y alemán. Con mis padres hablaba en castellano y catalán, y en el colegio me tocaba el alemán y el inglés. Ellos eran unos españoles que vivían en Alemania y veraneaban en España, su país de origen. Un país que les traía buenos y malos recuerdos.

El chico nuevo volvió a girarse hacia nosotros con una sonrisa. Había conseguido que nos invitaran a una ronda de cervezas. Interesante. Fuimos a una mesa al lado del escenario y no podía dejar de mirar a aquel grupo joven tocando. Lo hacían realmente bien. Mis compañeros reían, hablaban y hacían el ganso, pero yo me quedé absorta en el escenario. Hasta que un codazo me devolvió a la mesa.

—¡Minerva! Desconecta un poco mujer —dijo Alberto agarrándome el brazo—. ¿Cómo están tus padres?

—¡Muy bien! —solté contenta—. Mi madre deseando que lleguen las vacaciones para que dejen a mi padre un poco tranquilo. Trabaja demasiado, pero él es así.

—Si tu madre quisiera yo podría convertirme en tu padrastro, nena —insinuó Jeff descarado— Su madre podría ser su hermana perfectamente —le dijo al nuevo.

—Ni en sueños, tío —dije entre risas—. Mi padre es un hombretón al que no soltaría nunca — Le guiñé un ojo.

Una chica bajita y con curvas vino hasta nuestra mesa, miraba a Dominik. Lo saludó en Francés y él le contestó en el mismo idioma. Se disculpó por levantarse e ir a hablar con ella. Vi que se dieron dos besos.

—Es su ex —nos informó Jeff—. Lo único bueno que sacó de ella es aprender francés y tener sexo prácticamente todas las noches.

Su ex. De repente me entró curiosidad y envidia. ¿Qué me estaba ocurriendo? Estaba claro que necesitaba centrarme, lo de Chris era demasiado reciente y como me sugirió mi psicoanalista, necesitaba un tiempo de descanso. En el estado en el que me encontraba podía confundir las

situaciones y los sentimientos.

Bonjour, Madame

Sabía que me encontraría a Marie. Y lo hice a posta. Quería sentir si su rastro en mi corazón había desaparecido. Y así era. Ahora mi cabeza solo pensaba en una mujer. La mujer que estaba entre nosotros bebiendo cerveza y riendo a carcajadas. El acento de Marie siempre me había puesto a tono, pero pude comprobar que eso acabó. Sus morritos hinchados y sus ojos verdes ya no me hacían sentir lo que hacía dos años. Nuestra historia acabó con un “*Fin*” en blanco sobre fondo negro.

—Me alegro de verte bien —me dijo con su acento.

—Siempre he estado bien, y ahora mejor que nunca —solté—. Hemos llegado hoy a París, y de aquí a dos días nos vamos a Berlín.

—¿Dejaste la radio? —preguntó.

—No, hicieron recorte de personal y me quedé fuera. He estado seis meses trabajando de lo que se supone que antes era un sobresueldo, ya sabes.

—Veo que estáis rodeados de chicas guapas —Miró a Minerva—. ¿Has encontrado a alguien?

—Se podría decir que sí, pero a ti no te lo voy a explicar —Una cosa era hablar de cómo nos iba la vida laboral, y otra muy distinta era hacerlo de mi vida sentimental con la tía que se enrolló con su ex mientras estaba saliendo conmigo—. Lo entiendes, ¿no?

—Sí, por supuesto —Noté su molestia, pero que se joda. Ella decidió irse con lo que había criticado tanto mientras me decía lo bueno que era yo para ella—. Se te ve cojonudamente bien, Dominik.

—Me siento cojonudamente bien —Miré a la mesa, más bien a Minerva. El espacio que yo había dejado en el banco que rodeaba la mesa lo habían ocupado. Y no dejaban de reírse. Volví a mirar a Marie—. Tengo que volver, me alegro de haberte visto, la última vez que lo hicimos ni nos despedimos.

—Sí, fue todo muy rápido —Agachó la mirada—. Por eso has venido aquí, ¿no?

—Sí —En verdad quería comprobar si al verla se me removía algo por dentro—. No estoy orgulloso de cómo acabaron las cosas.

—Yo tampoco, y me arrepiento —confesó ella volviendo a mirarme. Posó su mirada en Minerva otra vez y la agachó—. Espero que seas feliz, te lo mereces.

Nos despedimos con dos besos y volví a la mesa. El único sitio que había libre era al lado de ella, y ésta le dio unas palmadas al banco. Al sentarme nuestros brazos rozaban, y a pesar de que la ropa nos imposibilitaba el contacto directo, noté su energía invadiéndome.

Jeff me miraba y me sonreía. Sé que al volver a la habitación me esperaba una oleada de preguntas sobre Marie, así que intenté disfrutar de la compañía y contemplar lo máximo posible a la mujer que tenía a mi derecha.

Nos rodeaba un ambiente tranquilo hasta que el grupo acabó su actuación. Uno de los dueños del local, se dio cuenta de que tenían a una estrella emergente en el local. Subió al escenario y miró a Minerva directamente.

—Sería un placer para nosotros que pudieras regalarnos solo una canción —le dijo en un inglés muy afrancesado.

Ella nos miró y la animamos. Siempre era una delicia verla actuar. Me levanté, y mi cuerpo actuó solo, extendí mi mano para ayudarla a levantarse y me la cogió. Sus manos eran fuertes y finas. Me derretí. La acompañé hasta el escenario y me miraba impresionada. Mi alma caballeresca actuó por su cuenta. Me alegré de ello, porque noté que le gustó. Subió allí. Acercó el micrófono al pequeño piano y lo ajustó. Se sentó en el taburete y empezó a tocar.

—Buenas noches —dijo al público—. Espero que estén pasando un buen rato —hablaba mientras sus dedos acariciaban aquel teclado y emitía un ritmo tranquilo—. Hay que sentirse bien si estamos en buena compañía, y eso me recuerda a una canción — Separó su cara del micro y aporreó un poco el piano. Era maravillosa. Me estaba pillando de esa mujer e iba a acabar muy mal—. Mi madre me la tocaba cada vez que me sentía mal. Y me recordaba que hay que sentirse bien. No hay que dejar de hacerlo.

El piano dejó de sonar. Sus manos estaban encima del teclado blanco pero no los movía. Acercó sus labios al micrófono y noté como me bombeaba la sangre por todo el cuerpo. Tuve que tragar el nudo que se me había formado.

Abrió la boca y empezó a cantar. Solo su voz y la letra de aquella canción. Tenía una voz grave y profunda. Reconocí que se trataba de "*Feeling good*". Versionada millones de veces. Ahora era aquella increíble mujer la que lo hacía.

Sus manos no paraban de moverse y el piano la obedecía. El ambiente del local se volvió silencioso y sedoso. La gente la contemplaba con ganas y estaban disfrutando. Y yo el que más. Durante toda la canción no me había movido de allí.

Cuando acabó, todo el local la aplaudió, yo no tuve ni fuerzas para hacerlo. Se levantó del asiento e hizo una reverencia al público. Vino hasta mí y me miraba fijamente. Yo no dejé de hacerlo en todo el rato. En cuanto llegó a la escalera le volví a poner la mano para que se apoyara en ella. Se la envolví. Me encantaba tener contacto con sus manos mágicas. Me sentía afortunado por poder tocarlas.

Volvimos a la mesa y no fui capaz de volver a decir ni una palabra en toda la noche. Me quedé afectado tras su breve actuación. Y, si algo me quedó claro, es que daría lo que fuera por tenerla a mi lado. Se lo expliqué a Jeff cuando llegamos a la habitación. No dejaba de acribillarme a preguntas sobre mi mutismo.

—Estás loco, Dom —me decía constantemente—. Que se te quite de la cabeza esa mujer. Está tremenda, pero no metas la polla donde tengas la olla.

—Jeff, no solo veo que está como un tren — Era más —. Ya no tiene novio, joder.

—Pero su ex sigue siendo un mastodonte que casi mata al que estaba antes en tu puesto — Eso no lo sabía.

—¿Qué? Eso no me lo has explicado, cabrón.

—Mira, solo lo sabemos el grupo y yo. Por eso te llamé —confesó—. Eres el mejor técnico que conozco, eso que quede claro, pero yo no mando en esas decisiones. Me pidieron que me encargara yo por hacerlo con la mayor discreción posible.

—¿Qué pasó?

—Carlos era un amigo de hace muchos años de Minerva. Siempre ha estado en el puesto de técnico, pero este último año, la relación de aquellos dos no estaba bien, y Carlos, que no deja de ser un gilipollas, se arrimó demasiado a su amiga. Hasta que la bestia de Chris se hartó y un poco más y lo mata.

—Joder, ¿y no tengo plus de riesgos laborales? —bromeé, no me daba miedo nadie.

—Dominik, ves con cuidado tío — Se le veía preocupado —. No me gustaría que te pasara lo mismo que a Carlos. No tienes nada que ver con él y puedes encajar muy bien en el equipo.

—Jeff, no me pasará lo mismo — Seguro, que se atreva a acercarse a mí —. Solo dejaré de interesarme si ella me frena. Si algo he aprendido estos años es que, cuando quieres algo, tienes que ir a por ello. Sin esfuerzo no hay recompensa.

Me miró y se fue al baño remugando. Aquello solo había empezado.

Continuó en Berlín, ciudad de Minerva. Allí nos llevó de ruta ella misma y mi acercamiento iba siendo gradual, lo que me quedó claro es que entre nosotros había mucha complicidad. En Viena noté un leve distanciamiento al principio, pero sus bromas en la prueba de sonido me dejaron ver que tenía la puerta abierta. Venecia, casi ni la vi.

En Florencia mi amigo Jeff me volvió a sermonear y me repitió que me olvidara de ella, que estaba claro que solo éramos compañeros de trabajo. Y llegamos a Roma.

¿Cómo sería allí?

La púa

Estaba siendo más duro de lo que pensaba. Chris mantenía la distancia, era cordial, pero fulminaba con la mirada a cualquier chico que se me acercara. ¿Así creía que podía volver a enamorarme? Lo nuestro murió el día que los celos se apoderaron de nuestra relación.

En dos horas teníamos prueba de sonido, pero yo necesitaba ir hasta allí a tocar la guitarra. Fui con un taxi y entré. Estaba vacío, perfecto. Subí al escenario y cogí mi guitarra acústica. Me senté allí y empecé lo que hacía tiempo que no hacía. Dejar el sonido fuerte del rock duro y tocar en acústico. De vez en cuando lo necesitaba. No es que no me gustara la música que hacíamos, al contrario, me encantaba. Soy un espíritu libre al que le gustaba todo tipo de música.

Me dejé llevar. Toqué una canción tras otra cantando con mi voz profunda y rota. Hasta que las luces se apagaron y una luz tenue me iluminó. Un aplauso sonó en el recinto vacío.

—¿Quién coño está ahí?

—Tranquila —dijo Dominik desde la mesa de sonido—. Siento haberte asustado.

—¿Cuánto rato llevas aquí?

—Mucho antes de que llegaras, pero estaba conectando cables por aquí debajo y no me he dado cuenta de que habías llegado. Te he oído y no he podido dejar de escucharte — Salió del cubículo y se acercó. Andaba tranquilo. Erguido y seguro de sí mismo. Como siempre. Ese chico removía algo en mi interior. Me asustaba la complicidad con la que nos relacionábamos. Aunque me gustaba mucho.

Subió al escenario y se sentó a mi lado.

—¿Estás bien? —me preguntó mirándome a los ojos de manera celestial.

—He tenido días mejores, ya sabes — Volví a rasgar las cuerdas, solo una vez más.

—Deberíais hacer más acústicos, llenas el escenario tú sola — Primer cumplido que me hacían en mucho tiempo.

—Gracias, hacía tiempo que no lo hacía. Echo de menos a mi madre y es con la única persona que hago acústicos — Puse la púa entre mis labios y volví a rasgar con la mano.

—Eso podemos arreglarlo — Se levantó y fue hasta las guitarras, cogió otra acústica y volvió a mi lado —. ¿Qué canción quieres tocar?

—Sorpréndeme —le dije sin quitarme la púa de entre los labios.

Miró en sus bolsillos, sin encontrar nada y miró a mis labios. La cogió con delicadeza y empezó a tocar “*Creep*” de Radiohead. Una corriente calorífica en mi vientre me azotó y me provocó unirme a él con la guitarra. La canción era de la época de mis padres, pero me habían criado con sus canciones. Por lo visto a él también.

Tenía talento y una voz grave. Como un Leonard Cohen moderno. Acabamos la canción e hizo algo que me provocó otro calambre desde mi bajo vientre hasta mi garganta. Puso la púa, que minutos antes tenía yo, en sus labios. Y nos volvimos a mirar. Tenía los ojos más azules que había visto en mi vida. Era guapísimo. Desde París lo miraba con otros ojos, pero tenía que controlarme. Era demasiado pronto para pensar en cosas tan grandes.

Entraron todos y nos pillaron a los dos ahí, sentados en el escenario jugueteando con miraditas y con una simple púa. Lo que una pieza de plástico es capaz de hacer.

—Minerva, llevamos como una hora intentando localizarte —soltó cabreado Chris —. ¿Dónde cojones tienes el móvil? — En mi mochila, en silencio.

—Ya sabéis que no soporto el móvil, nunca me acuerdo de subirle el volumen.

—Pues cuando te vayas sola por ahí, intenta acordarte —decía malhumorado mientras subía al escenario y le echaba una mirada terrible a Dom —. A saber qué puede pasarte y qué te pueden hacer.

Mantuve la calma, no quería gritarle delante de todo el mundo. Cada vez era peor. A medida que se acercaba el final de la gira estaba más insoportable. Pasé de contestarle y nos pusimos a hacer la prueba.

Yo no daba pie con bola. Estaba con la cabeza en otra parte, más bien en la dichosa púa que yo sostenía entre mis dedos. No sé si era por la falta de contacto varonil o qué, pero estaba tonta. Era una etapa. Se me pasaría.

Acabamos la prueba y nos fuimos los cuatro en un taxi hasta el hotel. Debía dejarle las cosas claras, otra vez.

—No vuelvas a hablarme así delante de todos —solté.

—Minerva, es una imprudencia brutal que te largues de esa manera —escupía con rabia.

—Chris, relájate. No estaba sola —agradecí que Ansgar me echara una

mano, pero no de esa manera.

—Estaba con otro tío, un tipo que no deja de mirarla desde que trabaja con nosotros. No me fío de él — Ya vuelve el Chris celoso.

—¿Por qué nos os calláis de una puta vez? —gritó Mikkel—. Me tenéis hasta los mismísimos cojones, Chris, pasa página de una puta vez. Si no cambias tu actitud nunca la recuperarás — Me miró—. ¿No lo ves? Lo único que consigues es que quiera poner más distancia.

—Ya es imposible —dije impasible—. Lo nuestro no hay ni dios que lo reviva. Supéralo de una maldita vez, o acabarás también con todo esto.

—No me hago a la idea de que sigas haciendo tu vida sin mí, no me has dado ni tiempo para hacerme a la idea. ¿Con cuál de ellos estás, eh?

—Te estoy dando tiempo, pero tus celos no te dejan avanzar. Sé perfectamente que me estás vigilando. Búscate a una tía y tíratela toda la noche joder, déjame en paz.

—Frena — Ansgar me agarró, me estaba envalentonando—. Esto no nos hace ningún bien cuando en dos horas tenemos que dar un concierto, ¿vale? Tranquilos.

—¿Sois conscientes de que he mantenido la calma hasta ahora? —recordé—. No me pidáis más si no es capaz de controlarse.

—Lo siento — Tuvo el valor de mirarme a los ojos, pero yo ya lo miraba de otra manera. Llevaba mucho tiempo sin quererle—. Me vuelvo loco.

—Y yo, pero mantengo el pico cerrado — Eso fue lo último que dije en todo el trayecto.

Un recorrido tenso y silencioso. En el hotel me fui con rapidez a mi habitación. Esa noche iba a experimentar lo que eran los celos, que se volviera loco de verdad.

Fui a mi maleta y busqué los tejanos más cortos que tenía. El top ceñido de cuero negro con un sujetador “*push up*” debajo que me hacía unas tetas brutales, y las botas marrones desgastadas. Fui al lavabo y me miré. Vi todos mis tatuajes por los brazos, el pecho y las piernas. El yoga me mantenía en forma. A quién quería engañar, estaba provocativa. Y es lo que quería. Cogí el neceser y me maquillé. Ojos negros, colorete y carmín rojo. Rojo putón, como dirían mis amigos. A continuación me deshice la trenza, conecté la plancha y cuando estuvo caliente le di volumen a mi pelo lacio. Me llegaba hasta la cintura. Ahora sí que estaba preparada. Lista para sacarlo de quicio.

No era mi manera de actuar, pero le di la oportunidad de que lo entendiera portándome bien. No funcionó, así que iba a ir por las malas. Cené en la

habitación y a la hora bajé al hall del hotel. Donde levanté la vista de todos los presentes.

—¿Nos vamos? —le dije a Ansgar.

—Joder — Se frotó los ojos —. Sois como críos — Sabía perfectamente por qué lo decía.

Nos fuimos de allí los cuatro otra vez. Chris no pronunció ni una palabra, pero no dejaba de mirarme de reojo. Yo solo tenía ganas de estar en el escenario y volverme loca, desahogarme. Los fans italianos eran muy entregados, así que no tendría ningún tipo de problema en cumplir mi objetivo. Era consciente de que aquella noche rodarían cabezas. Empezando por la mía.

Aullando por ella

—El niño solitario se ha enamorado... — No sabía por qué le explicaba mis mierdas a Jeff, solo se burlaba de mí y me repetía que me iban a partir la cara.

—Eres un capullo — Le di una hostia en el brazo. Por suerte estábamos solos en el cubículo —. Te hablo en serio, esta tarde estábamos aquí los dos solos y ha sido... — Puse los ojos en blanco.

La gente iba entrando al recinto y cada vez costaba más hablar. Carlee me trajo un café. Sin venir a cuento.

—Vaya, muchas gracias — Poco a poco iba perdiendo la timidez con ellos. Empezaba a pasármelo bien.

—¿Qué me darás a cambio, belleza? —me preguntó.

—Eh, eh, no es justo. Yo no te he pedido un café, así que no hay trueque.

—Trueque te iba a dar yo, empiezo a pensar que no te molan las tías — soltó de sopetón.

—Créeme, no le gustan las tías, le gustan las mujeronas —dijo Jeff moviendo sinuosamente sus manos. Haciendo referencia a que me gustan las mujeres con curvas. La pobre Carlee era bastante delgada, pero un cielo —. La francesita que vimos en París, su ex. Vaya bombón.

—Jeff, cállate —le dije serio. Marie me hizo muchísimo daño, pensaba que era la mujer de mi vida hasta que se enrolló con su ex.

—Vale fiera, ya sabemos cuál es tu punto débil — Era un buen colega, pero un completo gilipollas —. Bueno a trabajar que esto se pone serio.

—¿Tú serio? No me hagas reír — gracias Carlee —. Voy a ver si la jefa necesita algo, hoy tenemos un día chungo.

Los dos se fueron y me dejaron solo, al fin.

Me acordé de Marie. Lo nuestro iba tan en serio que estaba a punto de llevarla a casa de mis padres. Un paso muy importante.

Los teloneros salieron y me sumergí en la faena. Sin dejar de darle vueltas a mi relación con Marie. Puto Jeff. Francesa, voluptuosa, morena de ojos verdes y morritos gordos. Era profesora de música, pero madre mía, si de pequeño me gustaba la música, con una profesora así me habría encantado. Pero en mi última visita a Francia me di cuenta que ya no estaba en mi cabeza, era una mujer muy llamativa, pero no volvería con ella ni loco.

El grupo local se despidió y nos sumergimos en la oscuridad. Carlee y Alberto hacían a toda hostia la faena encima del escenario, conectando los instrumentos y preparándolo todo. Eran muy rápidos. Y como siempre, encendían las luces del escenario y me hacían poner una canción que les hacía ir más rápido. El público los animaba. Hasta que a Carlee se le iba la olla y hacía el ganso. Se ganaba a la gente a golpe de payasada. Era la forma más simpática de mantener al público tranquilo hasta que salieran las verdaderas estrellas.

Acabó la canción. Carlee hizo su reverencia al público ganándose su mítico aplauso y se apagó la luz. Era el momento. Pocos minutos después, aún en la oscuridad, sus manos hicieron que la guitarra emitiera un rugido. Un foco la iluminó. Joder. Estaba desmesurada. Me puse de los nervios. Me temblaban las manos y no podía dejar de mirarla. Tenía demasiada carne a la vista.

—¡Eh! Menos mirar y más currar, para algo se te paga —me soltó Jeff. El cabrón estaba en todo.

De los seis conciertos que llevaba con ellos, no la había visto ni vestida así ni tan descontrolada con la guitarra. Si ya me parecía una fiera, hoy me parecía una bestia. De su guitarra salían más distorsiones e improvisaciones de lo normal, me estaba obligando a bajarle el volumen para compensar los instrumentos. Me estaba poniendo frenético. Se contoneaba con una provocación desmesurada. Aquella noche, si me hubieran dicho que los polos se habían derretido, me lo habría creído. Movía su guitarra contra su cuerpo. Deseaba ser esa guitarra.

Ansgar era su compañero perfecto encima del escenario. Los dos se complementaban a la perfección. Él la provocaba con la guitarra y ella se tiraba por el suelo sin dejar de tocar. Era la mujer de mis sueños.

Dos horas de concierto. Se apagaron las luces. Ya no la vería más hasta mañana.

—Dom, no silencies la guitarra. Habrá Bis —me avisó Jeff serio y nervioso.

El que estaba nervioso era yo. ¿Qué se suponía que iba a tocar? Salió al escenario, sola con su guitarra. Empezó a tocar como si estuviera poseída, deleitándonos con un solo de guitarra brutal. Se movía por todo el escenario al igual que su melena larga. Era fantástica. Se acercó al amplificador, creando una distorsión de cojones y allí la dejó. Se quitó el pinganillo, la petaca y saltó al público. ¿Qué cojones estaba haciendo? La marea del

público la estaba alejando del escenario y acercándola hasta mí. Tenía que rescatarla, no la soltarían ni en broma. Me apoyé en el borde del cubículo y cuando la tuve cerca estiré mi brazo.

Me agarró fuerte. Noté su sudor y calor, temblé entero, pero sin soltarla. Estiré fuerte de ella y la levanté con todo el cuidado que pude. Se abrazó a mí y la metí en el cubículo. Seguridad no tardó en llegar, pero no me soltó. Ahora el que estaba sudando era yo.

—¿Estás loca? —soltó Jeff con cara de terror—. ¿Desde cuándo haces tú estas cosas?

—Desde que estoy hasta los cojones —contestó ella sin soltarse de mí—. Chicos, os voy a pedir un favor —Le daría la luna si quisiera—. Sacadme de aquí y llevadme de fiesta. Lo necesito.

Jeff me miró y vio mi cara. Estaba claro que estaba en el mismísimo cielo.

—Le diré a Alberto que recoja esto, Carlee se viene con nosotros. En el próximo concierto te toca pringar a ti, colega —me dijo mirando mis brazos rodeando a aquella impresionante mujer.

Como si tenía que desatascar lavabos hasta arriba de mierda. Aquella mujer se quería ir de fiesta con nosotros, y aún no me había soltado. Hasta que seguridad me la quitó de las manos y fui tras ellos. Por nada en el mundo me iba a perder una noche así.

Pronto estábamos los cuatro metidos en un taxi, dirección a una discoteca de rock que Carlee conocía. Vi que Minerva estaba rodeada por sus propios brazos, tenía frío. Me quité mi camisa y se la di. La cogió y me regaló una sonrisa.

—Os vais a cagar —nos decía Carlee—. Va a ser una noche brutal.

—No pienses que voy a volver a besarte —le dijo Jeff—. La única vez que lo hice sabías a cebolla.

—¿Y tú qué? Don halitosis.

Minerva y yo nos reíamos. Vaya dos personajes. Estuvieron todo el camino igual hasta que llegamos allí, en verdad, siempre estaban así. Salí primero y aguanté la puerta ayudando a salir a las señoritas.

—Vaya, eres todo un caballero —dijo Carlee—. Es imposible que no tengas novia.

—Si yo tuviera la gracia física que tiene él, anda que me iba a dormir solo todas las noches —Bocazas insoportable—. Está chapado a la antigua. Es un romancón.

—Faltan hombres como él en el mundo —me sorprendió Minerva

guiñándome un ojo.

Casi me desplomo. Aquella mujer me estaba haciendo perder el control, si algún día lograba tenerla entre mis brazos sería incapaz de soltarla.

Entramos en aquel tugurio y la música que sonaba no estaba mal. Rock, pero del rock que a mí me gustaba. Rock del viejo y, por lo visto, a Minerva también le gustaba. Carlee nos llevó directos a la barra.

—Cuatro Jäger², para celebrarlo — Al tiempo que marcaba cuatro dedos al camarero.

El chico de la barra nos lo sirvió rápido, no sin antes mirar a Minerva con ojos depredadores. Noté que me agarró del hombro, cogió el tubo con los labios y se lo metió de un trago en la boca. Hicimos lo mismo, con su mano apoyada en mi hombro. Aquella noche el contacto sí era directo, y no lo olvidaría en mucho tiempo.

Sonaban grupos que mis padres habían escuchado de jóvenes. Perfecto. Una noche jodidamente perfecta. Música que a mí me gustaba y con la mujer que se me había incrustado en la cabeza. La loca de Carlee nos arrastró a los tres hasta la pista que estaba a reventar, y nos pusimos a saltar como locos. Minerva y yo aquella noche estábamos a otro nivel. Parecía que nos la dedicaban. Jeff alucinaba cada vez que nos veía cantar canción tras canción, con una sincronización estremecedora. Sonaron los Red Hot Chilli Peppers, Muse, The Rolling Stones, Metallica, Black Sabbath,... Nos las sabíamos todas, tanto ella como yo. Hasta que sonó mi debilidad, The Black Keys, *“Howlin’ for you”*. Vi como Jeff le decía algo a Minerva en el oído y me miró de golpe. Con una mirada que me acabó de enamorar. Lo que vino a continuación, solo me confirmó lo que había surgido en mi cabeza segundos antes. Ya había perdido la chaveta por ella.

Se movía al ritmo de la música, alrededor mío, poniéndome muy caliente. Y veía como cantaba, como me dedicaba una canción con tanto significado para mí en aquel momento. Me tenía aullando por ella. Estaba petrificado. Posó sus brazos en mis hombros y oía su voz canturrearme. Nuestros cuerpos se rozaban inevitablemente y la temperatura corporal me estaba subiendo demasiado rápido.

—Daradadada, daradadada... —tarareaba en mi oído al ritmo de la música. Contoneando sus caderas.

¿Qué me estaba haciendo? Aunque me daba igual lo que me hiciera, no iba a perder esa ocasión. Puse mis manos en sus caderas y me moví con ella. Cada vez nos rozábamos más y más. Y deseé que la canción no terminara

nunca, pero no me supo mal que lo hiciera, porque pude oír su voz susurrarme al oído.

—Gracias — Me abrazó —. Gracias por hacerme sentir como en casa esta tarde — Se separó de mí y me sonrió.

Ella y Carlee fueron al baño. Dejándome duro como un iceberg y caliente como un volcán.

—¿Qué coño le has dicho? —le pregunté a mi colega.

—Que era tu grupo preferido, nada más — No sabía si creerle, pero joder, que cabronazo tan bueno era a veces —. Tío, tienes que hacer algo con lo de ahí abajo ya. Si yo tuviera lo que tú tienes, me la habría tirado todas las noches.

—¿Qué? — ¿No se suponía que me recomendaba todo lo contrario?

—Nene, la tienes aullando por ti... —se mofó.

—Te voy a matar —le decía entre risas.

Al poco volvieron y botamos un poco más. Pero al rato decidimos ponerle fin. Cogimos un taxi y fuimos al hotel. Jeff y Carlee ya estaban otra vez tirándose los trastos a la cabeza, no en el sentido amoroso, sino físico.

Yo no oía nada. En mi cabeza solo sonaba aquella canción. Una canción que siempre me recordaría a ella. Llegamos al hotel y dejamos a Minerva en la puerta de su habitación.

—Gracias chicos, lo necesitaba —nos dijo —. Mañana vamos a estar hechos mierda, pero os recompensaré — Me miró y se metió en la habitación.

Fuimos a la planta de abajo y en el ascensor ya era un secreto a voces.

—¡Joder! Estás pillado tío —decía Carlee riéndose —. Hacía mucho tiempo que no la veía así ¿Te la has tirado?

—¡No! Además, ¿quién no se queda pillado por una tía así?

—Buff, como se entere Chris —resoplaba la cotorra.

—Carlee... — La agarré de los hombros y la acorralé en el ascensor —. No estoy de cachondeo, no bromeo con estas cosas. Ella y yo no hemos hecho nada, solo somos compañeros de trabajo — Ya me gustaría a mí estar enredado entre sus piernas ahora mismo. Es lo que debería estar haciendo.

—Vale, tranquilo. Te doy mi palabra de que no diré nada —la solté y salimos del ascensor —. Pero con ella sí que hablaré, que lo sepas.

—No. —advertí fuertemente —. No te metas donde no te llaman.

Paramos en la puerta de su habitación y se metió diciéndonos adiós con la mano. Ahora le tocaba el turno a Jeff. Aguantar su charla y sus ronquidos.

—Lo único que te diré es que vayas con cuidado — Me sorprendió —.

Minerva es como un diamante, a todos nos gustaría tenerlo y no perderlo nunca. Cuando uno lo pierde se vuelve loco. Mira como está Chris. Ese tío está zumbado de la cabeza, Minerva no sabe ni la mitad y aun así lo ha dejado.

—Jeff, prometo que entre nosotros no hay nada — Volví a insistir.

—Y si lo hubiera, ve con cuidado — Entramos a la habitación y allí me habló más claro. Se deshizo del cargo de responsable y me habló como amigo —. ¡Zúmbatela joder! Está loca por estar contigo, esta noche lo ha demostrado, tío. Te odio.

—Estáis todos como una puta cabra. ¿Cómo iba a querer una mujer como ella estar con un tío como yo?

—¿Qué? Tú eres imbécil —me soltó —. Mira, chaval, no soy maricón, pero si lo fuera no serías capaz de sentarte — Dios, porqué tenía que oír este tipo de cosas —. Estás de toma pan y moja, y eres tan subnormal que nunca te has aprovechado de las titis por tener ese don — Se tocó la barriga incipiente —. ¿Ves esto? Cámbiamelo, cabrón.

—Estás fatal Jeff, tira a dormir. Aunque me acojona bastante compartir habitación contigo —dije riéndome.

Jeff se tiró en la cama con ropa y todo, quedándose sopa. Yo fui al baño, me lavé la cara y me cepillé los dientes. Me quité la ropa y fui a mi cama, bien arropado por si acaso. Soñé con aquella canción y con la mujer que le había dado sentido.

Una copa de whisky caro, por favor

—No quieras saber cómo llegó al hotel —me confesó Ansgar en mi habitación mientras yo desayunaba—. Creo que hiciste muy bien ayer. Al principio me acojoné, pero lo entendí.

—Ansgar, creo que me he pillado por alguien — Me miró con los ojos abiertos y con cara de saber más—. Quiero conocerle. Estoy muy a gusto con él.

—Minerva, ¿es del equipo? Si es del equipo debes esperar a que Chris se relaje — Se rascó las sienes—. Es capaz de matarlo.

—Por eso es pronto para conocerle. Me da miedo la reacción de Chris, ¿te lo puedes creer? Siempre me tengo que amoldar al resto. No sé si él está dispuesto a esperarme — Miré hacia la taza y removí el café con la cucharilla.

—Nena, si quiere estar contigo, esperará — Era lo más parecido a un hermano que tenía—. Sé paciente. Sé que siempre te toca a ti serlo, pero la vida es así. ¿Me vas a decir de quién se trata? — Me miró curioso. Le observé con ojos brillantes y solo con la mirada ya supo quién era—. Joder, lo sabía. Ve con mucho cuidado, sin decirme nada ya sabía que se trataba del nuevo. Chris ya lo tiene entre ceja y ceja.

—Lo sé, joder — Enterré mi cara en mis manos—. Y encima ayer me equivoqué. No tendría que haber salido con ellos.

—Hiciste lo que querías hacer, le diste una lección — Me apretó el hombro—. Quiero que estemos bien, y haré lo que esté en mi mano para tener la fiesta en paz — Aquel hombretón era puro azúcar a pesar de su aspecto rudo y grande.

Me duché y me vestí algo más discreta, no como la noche anterior. Decidí poner espacio entre Dominik y yo, no porque no quisiera estar con él, todo lo contrario. Si hubiera sido por mí, estaría en mi cama y no durmiendo precisamente.

Fuimos los cuatro a hacer turismo por Italia y comimos en el mismo sitio de siempre. Nos gustaba volver a los mismos sitios donde actuábamos. Chris no me miró en toda la mañana, así que mejor. Pero a la hora de comer mantuvimos una conversación tranquila, un avance. Mi móvil recibió un mensaje.

“¿Esta tarde estarás en el hotel? Necesito que hablemos de unos contratos de seguridad. Al parecer a una persona se le ocurrió saltar al público anoche y tiene que pagar las consecuencias. Jeff”

Me reí y le contesté.

“Si, te espero en el Hall. A las cinco. Prometo no volver a hacerlo, a veces se me va la cabeza. Minerva”

—¿Va todo bien? —preguntó Mikkel.

—Sí, es Jeff. Al parecer mi locura ha hecho saltar las alarmas y tengo que firmar no sé qué de seguridad.

—¿Eres consciente del peligro que corriste haciendo esa locura anoche? —soltó Chris con mucha cautela. Conteniendo furia.

—Lo soy. A veces, en situaciones desesperadas, uno comete locuras — respondí lo justo para que él no pudiera seguir con la conversación. Es el que más locuras había cometido.

Ellos se quedaron un rato más por ahí y yo me volví al hotel. Jeff me esperaba en la puerta y fuimos a sentarnos al Hall.

—Vale, tenemos que pagar una multa — Mientras sacaba papeles de una carpeta —. Los jefazos me han pedido que contratemos más seguridad y quiero saber qué pasa con Dominik — Sus palabras me atropellaron.

—Espacio Jeff — Me costó desglosar todo lo que me había dicho en un momento —. Prometo no volver a hacerlo. No volveré a saltar al público.

—Me parece bien — Estaba serio —. ¿Qué quieres de Dom?

—Jeff, no sé a qué te refieres — No pensaba decirle ni una palabra.

—Le conozco desde hace años. Es muy buen tío — Me miraba aterrado —. Es pura nobleza inglesa. Cosechado en una familia humilde durante dieciocho años y nueve al aire salvaje.

—¡Parece que me estás vendiendo un whisky, Jeff!

—Es un whisky, pero de los buenos.

—Entonces habrá que degustarlo lentamente, con hielo y relajado en una butaca en el calor del hogar. No vamos a malgastar un buen whisky en el fragor de la batalla, cuando otros whiskys malos pueden echar a perder el bueno — Traducción; quería esperar a que la gira acabara para conocerle mejor y que Chris no se volviera loco y cometiera una locura.

—Joder, hasta para esto eres elegante — Lo dejé boquiabierto —. Por mí ya eres libre.

—Vale, iré un rato al gimnasio del hotel — Me levanté para ir a mi habitación a cambiarme.

—No —me soltó—. Ya que el whisky lo quieres beber en casa, no quieras ponerte los dientes largos viendo a su recipiente sudar la gota gorda.

—Joder, ¿y que se supone que tengo que hacer? —pregunté desquiciada—. Es inevitable no ver la impresionante botella de whisky enfrente del escenario teniendo el whisky alocado detrás.

—Esto se nos va a ir de las manos. Y me aterra ver al Whisky alocado hacer daño al que es el mejor Whisky que he conocido en años.

—No pasará nada. Pero solo te pido un favor, intenta que el buen Whisky no se acabe al finalizar la gira — No me gustaba la idea de verlo con otra mujer.

—Eso no va a hacer falta, el buen Whisky sabe por quién tiene que dejarse saborear, es su especialidad — Me guiñó un ojo y me fui de allí.

Subí en el ascensor y al meterme en la habitación decidí ponerme a hacer yoga. Lo necesitaba después de toda esa carga emocional.

Me fui al baño, puse el reproductor de música del móvil y se me encendió la bombilla. Escuché durante la ducha a los Black Keys. Inevitablemente me acorde de él y mi cuerpo se calentó. Alivié esa ansia de placer con mis propios dedos. Hacía mucho tiempo que no lo hacía y fue muy placentero.

Me vestí y hablé con mis padres por el ordenador. Les expliqué lo que pasó anoche en el concierto y el motivo de tal locura. Mi padre me sermoneó, eso lo tenía claro. Pero mi madre me apoyaba en todo. Lo único que me pedían es que fuera con cuidado al hacer algo tan arriesgado y, sobre todo, con Chris. Si no hubiera sido tan violento cada vez que alguien se acercaba a mí, no me habría alejado de él. ¿O sí? Estaba muy confundida.

No sabía si mi relación con Chris hubiera evitado que posara mis ojos en el nuevo. Joder, si apenas le conocía. Me moría por saber de él. No podía esperar hasta que todo eso terminara. Podía tener amigos. Pero a quién quería engañar, no quería ser solo su amiga.

Estrategia equivocada

Estaba contento. Tenía un trabajo que me gustaba, me pagaban razonablemente bien y me había enamorado. Sí, era oficial. Jeff me volvía a recrear la escena de anoche en la discoteca. Era ridículo. Llevaba una camiseta negra en la cabeza, imitando nefastamente a Minerva, y en calzoncillos. Bailoteando a mí alrededor.

—Joder, eres lo más anti-porno del mundo —me reía mientras intentaba vestirme. Solo tenía la toalla enredada a mis caderas. No me dejaba hacer otra cosa.

—Dame un besito — Ponía morros cerca de mí.

—Si en el fondo sé que has pensado en mí para que fuera tu compañero de habitación — Lo empujé a su cama y al fin me dejó vestirme.

—Con ese culo y ese aparato, que casi no utilizas, yo me comía a Venus.

—Jeff, basta — Me estaba empezando a cabrear con el temita —. Ya me conoces.

—Vale fiera, tranquilo — Se quitó la camiseta de la cabeza y volvió a asomar su incipiente alopecia. Lo llamaron por teléfono y parecía que le habían dado una mala noticia. Cuando colgó me miró fijamente.

—Pedazo de cabrón —¿Me lo decía a mí? —. Eres un tío con una flor en el culo — Estaba alucinando, ¿qué pasaba ahora? —. Me comunican que te han subido ciento cincuenta libras libres de impuestos por concierto. ¡Serás mamón! — Dejó su móvil en la mesa que separaba las dos camas y se fue al lavabo.

No me lo podía creer. Aquello era demasiado y supe que era cosa de Minerva. Necesitaba hablar con ella. Y era algo que debía hacer solo. Si nadie lo sabía, más fácil sería ocultárselo al pirado de su ex novio. Miré su móvil y tuve una idea. Jeff debía de tener el teléfono de Minerva, así que no me lo pensé. Cogí el teléfono, lo desbloqueé y busqué en contactos. Memorice su número y volví a dejarlo en la mesita. No tardé en registrarlo en mi agenda y sonreí.

“...Daradadada, daradadada. Nena, estoy aullando por ti³”

Picaron a la puerta. Era la pequeña Carlee avisándonos de que aquella noche cenaríamos el equipo al completo en un restaurante cercano. Para acercarme a Minerva necesitaba calmar a la fiera. Sabía que me tenía en el

punto de mira. Empezaba el juego.

Durante la cena me senté al lado de Chris. Y las caras de Jeff y Minerva eran un poema. Empezaba a pensar que el teléfono al que había enviado el mensaje no era el de Minerva, o que no quería saber nada. Mi móvil vibró.

“¿Qué se supone que estás haciendo? ¿Te has vuelto loco?” Era ella.

Busqué su mirada y la encontré fija en mí. Tecleé mi respuesta.

“Estoy calmando a la fiera para poder conocer a la mujer que ayer saltó del escenario y el público arrastró a mis brazos”

Lo leyó y negó con la cabeza, pero sonreía. Aquello era luz verde. Quería conocerme. Me relajé y eso ayudó a que los que estaban a mí alrededor lo hicieran. Chris empezaba a interesarse por mi carrera como técnico y, no sé si era cosa de la bebida, pero parecía amistoso. Perfecto.

Al acabar la cena Chris insistió en que fuéramos a tomar algo con él. Me explicó que llevaba un tiempo sin salir de fiesta y quería tirar la casa por la ventana. Le dimos coba. Muchos nos fuimos con él pero otros se fueron al hotel. Obviamente Minerva se fue, me entristeció, pero tenía un plan entre manos.

—Sea lo que sea que estés planeando, no voy a dejarte solo —me dijo Jeff asustado—. Nunca has visto a Chris de fiesta, y menos estando soltero y al borde de la locura.

Estábamos Jeff, Claudia, Alberto, Chris, Ansgar, Mikkel y yo. Fuimos a una discoteca donde rápidamente nos reservaron una zona vip para nosotros solos. Aquello se empezó a llenar de alcohol y mujeres. Pronto entendí que no era mi sitio. Ansgar, Mikkel y Jeff vinieron solo para controlar a la fiera. ¿Cómo un tío así pudo tener a una mujer como Minerva?

“¿Está la fiera lo bastante pasada de drogas para que puedas conocerme? Me da miedo lo que pasa por tu cabeza. No quiero que te haga daño”

Miré el mensaje muchas veces antes de contestarle.

“¿Me vas a dejar conocerte? Me encanta que te preocupes por mí. ¿Estás bien?”

—¡DOM! —gritaba Chris pasadísimo—. ¡Deja de enviarte mierdas con tu parienta y ven aquí, colega! — Jeff me miraba con los ojos bien abiertos—. ¿Porque tienes parienta, no?

—Emmmm, sí, se podría decir que sí.

—Menos mal, así te tacho de mi lista negra — Me agarró con su brazo y noté su peso y su fuerza, estaba pasadísimo de alcohol y olía a marihuana—. Así no le echarás miraditas a mi nena. Por qué es mi nena — Eso ya lo

veríamos —. Pensaba que te la querías tirar, como el otro al que casi mato — Se rió —. Veo que tú eres de fiar tío, si... —le vi lo ojos dilatados. Joder, Minerva se merecía un hombre que la cuidara y que velara por ella. Y ese no podía hacerlo ni de coña. Noté como me vibraba el móvil, su respuesta.

—Voy al baño colega —le dije.

—Voy contigo, espera, necesito algo de ayuda —masculló entre risas.

Mierda, no quería ir al lavabo con él, quería ver la respuesta. Una vez en el baño, me empujó hacia uno de los cubículos y cerró.

—Tío, esta mierda es de la buena — Se acuclilló y sacó una bolsita con cocaína —. ¿Cuántas quieres? Te las preparo, invito yo.

—Chris, yo no hago estas cosas — Me puse nervioso, en aquel momento me di cuenta que era mala idea estar ahí —. No deberías hacer estas cosas.

—¿Vas a sermonearme antes de meterme unas rallas? Anda ya — Se levantó y me echó de allí. Miré mi móvil y leí el mensaje.

“Mientras estés con él no voy a estar tranquila. Aléjate de él, antes de que haga una locura y os arrastre a todos. Vuelve, te estaré esperando”

Me faltó tiempo para escribirle un mensaje a Jeff y decirle que me iba al hotel. Le avisé de que Chris estaba metiéndose unas rallas en el lavabo y que salía disparado de allí. Salí sin que me pusieran el sello siquiera y paré al primer taxi libre que vi. Cogí mi móvil y le escribí.

“Te hago caso. Estoy metido en un taxi de vuelta, pero solo porque me has dicho que me estás esperando. ¿Dónde?”

Su respuesta no tardó en llegar.

“En el bar de enfrente del hotel. Estoy al final del todo, en una mesa pequeña y oscura. No tardes”

Me puse nervioso. Solo habíamos estado a solas una vez en todo lo que llevábamos de gira. E íbamos a volver a estarlo. Debía pensar con la cabeza y no con la entrepierna. Era difícil. Pagué la carrera del taxista, dejándole propina por haber sido rápido y entré en aquel bar. Fui hasta la parte más oscura y allí estaba ella. Era preciosa. Sonaban los Black Keys. Mejor no podía ser. Me senté enfrente de ella.

—Les he preguntado si los tenían y... los han puesto —me dijo frágil.

—Sabías perfectamente que iba a venir, eres maquiavélica — En su mirada había lujuria —. Me gusta.

—¿Qué cojones has hecho esta noche? —fue directa. Así que yo también lo sería.

—Quitarme al guardaespaldas que te vigila día y noche para poder

acercarme a ti, ni más ni menos — La miraba fijamente a los ojos. Tenía una mirada oscura preciosa.

—Chris está loco —dijo dando un sorbo a su vaso.

—No me esperaba lo que he visto esta noche, la verdad. No me quiero imaginar por lo que has tenido que pasar.

—¿Qué ha pasado? —preguntó inocentemente.

—Ya sabes qué debe haber pasado — Sonreí fingidamente.

—Pues no, ¿ha montado alguna escena de celos? ¿Le ha pegado a alguien? — y deduje que ella no sabría ni la mitad de las cosas que hacía el que fue su novio. Y me vino a la cabeza algo que me dijo Jeff.

“Minerva es como un diamante, a todos nos gustaría tenerlo y no perderlo nunca. Cuando uno lo pierde se vuelve loco. Mira como está Chris. Ese tío está zumbado de la cabeza, Minerva no sabe ni la mitad y aun así lo ha dejado.”

—¿Drogas? — Mi silencio fue la afirmación y ella suspiró —. Siempre me lo ha intentado ocultar, pero no soy idiota. El último año que estuvimos juntos fue una pesadilla, yo no llegué a meterme cocaína — Yo la escuchaba, era obvio que quería hablar y desahogarse —. Aunque a ti te debe de importar una mierda.

—No me importa una mierda — Mi único propósito era que se convirtiera en lo que más me importaba en el mundo —. Algo me dice que debo protegerte.

—En la última gira padecí más de la cuenta. Las noches de borrachera y los porros nos hacían movernos solos — Sus manos estaban nerviosas repiqueteando en la mesa, y yo me estaba desquiciando. Se las envolví con las mías —. Al volver, me miré en el espejo de mi casa y lo único que vi fueron huesos y a alguien que no conocía. Los excesos y los nervios me hicieron perder seis kilos y mi personalidad. Chris me tenía totalmente anulada. Le di la vuelta a todo.

—Que te dieras cuenta es algo positivo — La apreté más con mis manos —. Eres una chica fuerte y valiente.

—Lo sé. Pero nos quedan tres conciertos y se me están haciendo eternos —confesó —. Me siento muy sola y ayer fuiste de gran ayuda.

—Hagamos una cosa — Estaba juguetón. No sé si por la bebida o porque estaba desesperado por ella. Me miraba expectante —. Cuando te sientas sola, dímelo. Ya lo has visto, solo has tenido que enviarme un mensaje para que dejara lo que estaba haciendo para venir a verte.

—¿Por qué? — Ahí me había pillado.

—Porque no quiero que sufras más. Me veo con la necesidad de protegerte y cuidarte. Instinto. No tengo remedio.

Sonó "*Too afraid to love you*". Y me acojoné. No sé si por lo que decía la canción o porque estaba visualizando al mastodonte de Chris reventándome la cabeza. Mis manos ya no apretaban tan fuerte a aquella mujer.

—Me gusta que lo hagas —me confesó acercándose a mí. Notaba su olor y calor. Era embriagadora, yo me acerqué un poco más a ella, pero todo quedó ahí —. Quiero que sepas que me muero por hacer todo lo que se nos está pasando por la cabeza, pero no puede ser. No todavía — Volví a apretarle las manos y me acerqué hasta su mejilla, dándole un tierno beso. Vi como se sonrojó y noté como nuestras respiraciones se sincronizaron.

Y ya está. Todo quedó en eso. Volvimos al hotel y nos montamos en el ascensor.

—Espero que algún día bebamos whisky en el calor del hogar, Dom —me dijo cuando se abrieron las puertas y salió guiñándome el ojo.

No entendí ni una palabra.

Fui a mi habitación. Me quedé en calzoncillos, cepillé mis dientes y me metí en la cama. No era capaz de dormir. Jeff entró con la cara desencajada. Hecho unos zorros.

—Lo siento tío —me disculpé en cuanto entró, saliendo de la cama —. He tenido que salir corriendo.

—No te preocupes — Su humor no era el de siempre —. Hemos intentado llevar todo esto con la mayor discreción posible. Minerva no se merece tener más mierda encima.

—Sabe perfectamente la mierda que hay Jeff. — Me miró sorprendido —. Ocultarlo solo empeorará las cosas. Debería ir a un centro de desintoxicación.

—¿Tienes que contarme algo? — Sus ojos me apuntaban medio cerrados, desafiantes —. Has estado con ella. Serás cabrón.

—He estado con ella, pero solo hemos estado hablando — ¿Por qué me justificaba? —. Sabe perfectamente los problemas de Chris con las drogas. Ella misma me lo ha dicho.

—Que rápido os habéis hecho amiguitos, ¿no? — Marcó una sonrisa ladeada en su cara —. Eres un cabrón afortunado. Te envidio, tío. Lo único que te digo es que intentes conservar la cara si no quieres que Chris la borre de un puñetazo.

—Que tenga cojones a tocarme — Me empezaba a cabrear el miedo que

todos le tenían —. Que me toque o la toque a ella. A ver quien acaba con la cara reventada.

—Joder, ni te reconozco — Se empezó a desnudar.

—Hoy me ha demostrado que quiere algo — Sonaba absurdo, como un adolescente, pero era la sensación que tenía —. Al salir del ascensor me ha dicho algo muy raro.

—¿Qué?

—Que quería tomar whisky en el calor del hogar conmigo. Eso suena raro, ¿no?

Jeff se empezó a reír y se tumbó en su cama. No dejó de reírse.

—Maldito cabronazo afortunado — Soltó cuando dejó de carcajear —. La tienes enamoradita perdida. ¿Puedo darte un consejo que escucharás y harás?

—Depende.

—Te hablo en serio, he hablado esta tarde con ella. No te iba a decir nada porque era algo entre ella y yo, pero necesitas saberlo — Escuché con atención —. Tenéis que esperar a que la gira acabe. Ella no puede hacerle eso a Chris. Una vez acabe, haced lo que os dé la gana. Esta tarde hemos hablado en clave, tú eras el whisky que ella quería degustar con tranquilidad y no mezclarlo con el whisky barato.

—Haré lo que haga falta. Gracias tío, te debo el mundo.

—Últimamente me debes muchos favores, ya me los cobraré — Se metió dentro de la sábana y apagó la luz de la mesita. Nos quedamos a oscuras.

Palpé por la mesita para coger mi móvil y le escribí.

“Me tomaré esa copa de whisky con mucho gusto”

Desobedeciendo a mi psicoanalista

Cuando vi la pantalla de mi móvil iluminarse sabía que era él. Lo cogí y leí. Mi cuerpo empezó a arder. Estaba claro que había hablado con Jeff. Me fiaba de él, hasta el día de hoy nunca me había fallado. Tecleé una respuesta.

“Te la serviré con mucho gusto, Sir”

¿Cómo se suponía que podía dormir una persona después de eso? Dormí a cabezadas y nerviosa. El despertador sonó a las ocho y me levanté para hacer mi sesión matutina de Yoga. Me duché, vestí y bajé a desayunar al restaurante del hotel, allí estaba casi todo el equipo con cara perjudicada. Estaba claro que la noche había sido dura. Chris no estaba. Dominik sí.

Me senté al lado de Ansgar y Mikkel. Me sirvieron un café, zumo y tostadas.

—Veo que anoche se fue el tema de las manos —insinué—. ¿Volvió a lo de siempre?

—Joder, vuelves a las drogas cuando las has dejado alguna vez. Él no las ha dejado nunca, Minerva — La voz de Mikkel sonaba preocupada.

—Lo sé, por más que hayáis intentado ocultármelo todos no soy idiota. A las doce sale el avión, ¿estará listo o tendremos que llevarlo a la fuerza? — Soné fría, muy fría. El equipo se enteró perfectamente de todo.

—Estará listo —dijo Jeff—. Dom y yo iremos a echarle una mano — Me miraba desafiante, ¿qué coño estaba haciendo? —. Me debe unos cuantos favores —dijo señalando a Dominik.

—Iré yo misma, no es la primera vez que tengo que enfrentarme a esto. Esto acabará rápido, pero primero necesito desayunar.

Me tomé mi tiempo en desayunar, ya que Ansgar me ayudaría con Chris. Crucé algunas miradas con Dom que parecía asustado. Cogió su móvil y pronto vibró el mío. Eché un vistazo.

“¿Podrás hacerlo? Si pasa algo, llámame”

“Debo hacerlo. Soy la única que puede ponerlo contra las cuerdas. Cuando lleguemos a Barcelona me escaparé nada más llegar al aeropuerto. Me voy a casa”

Vi terror en sus ojos. Como si no fuera a verme más. Ansgar y yo nos levantamos de la mesa y salimos para despertar a la fiera. El móvil vibró otra vez.

“¿Cómo que te vas a casa? ¿No voy a verte hasta mañana por la tarde? Quieres matarme”

En el ascensor le contesté.

“Tranquilo. Mis padres tienen una casa en la costa y me apetece descansar una noche en casa. Sal y disfruta del encanto de esa maravillosa ciudad”

“Sería más maravillosa con tu compañía. Sé que necesitas descansar y puedo esperar, pero te echaré de menos” Se me escapó una sonrisa. Ansgar me miraba.

—¿Es oficial? —soltó de buenas, le miré con cara extrañada —. Me refiero a que si ya estáis juntos.

—No... —Apreté los labios —. Solo nos estamos conociendo, tengo que arreglar la situación con Chris. Esto podría explotar en cualquier momento.

—Explotará. Y espero que ninguno de los dos esté cerca, id con cuidado. No te fíes de nadie — Aquello me acojonó lo suficiente para pensar en Jeff. Era el único que sabía lo nuestro. Y ahora Ansgar era cómplice.

Llegamos a la puerta donde estaba Chris y abrimos. Estaban todas las ventanas abiertas y él tirado en la cama, con las botas puestas. No se había movido.

—Chris... —dije al lado suyo. Se levantó para mirarme —. Despierta.

—Nena, estás aquí, has vuelto.

—No, no he vuelto — Me levanté de la cama y fui severa —. Nos tenemos que ir ya al aeropuerto, así que espabila.

Volvió a dormitarse. Fui al lavabo, cogí un vaso de la encimera y lo llené para tirárselo por la cara de golpe. Gruñó.

—Levanta, ahora — Mi voz era dura, implacable, como nunca lo había sido. No le tenía miedo —. Tienes obligaciones que cumplir.

Se levantó gruñendo y Ansgar fue con él al baño. Metí sus cosas desperdigadas en la maleta y ni me fijé en como lo metía. Para cuando terminé ellos ya salían, se le veía vulnerable. Debía dejarle las cosas claras.

—Chris, madura de una puta vez —solté —. Tienes treinta y tres años. Compórtate como una persona adulta y afronta tus putos problemas como lo hacemos el resto. ¿Crees que para mí ha sido fácil dejar toda esa mierda? Claro que no. Si hubiera seguido con ese tipo de vida te aseguro que no estaría ahora mismo aquí — Ni pestañeaba —. Por tu bien y por el de la gente que quieres, deja toda esa mierda atrás y sé una persona decente. Está solo en tus manos. Nadie te puede ayudar en esa carrera.

—Nena...

—Chris, se acabó. Yo ya no soy tu nena — Me embalé —. Tú nena era alguien vulnerable, sin fuerzas e indecisa. Yo nunca fui así hasta que empecé con las drogas. ¿Sabes que fue lo que acabó con mi amor por ti? Aparte de tus ataques de celos, claro — Esperé una respuesta que no llegó, así que me conformé con que me mirara —. Que te importaba una mierda verme en un estado de salud deplorable. Te importaba una mierda mientras me tuvieras bajo control. Ahora, lo único que nos une es el grupo, y si las cosas no cambian, dejará de unirnos.

—No me hagas esto —decía casi llorando —. Me he pasado, cambiaré, pero prométeme...

—No voy a prometerte nada — No le dejé ni terminar —. Tienes que hacerlo por ti. Entre nosotros ya no hay amor, y cuanto antes lo asumas, mejor — Me levanté para irme.

—¿Ya has conocido a otro? ¿Tan rápido?

—Eso a ti ya no te interesa — salí como un rayo.

Le eché valor. Mucho. Estaba contenta conmigo misma. Cogí el móvil y dejé las cosas claras.

“A las doce nos vamos. Yo también te echaré de menos, pero te agradecería que me dejaras descansar. Mañana por la tarde nos veremos.”

No sé si me pasé, pero no recibí respuesta. Incluso en el aeropuerto y el avión casi ni nos vimos. Un coche me esperaba a la llegada y a la que salió mi maleta ni me despedí. Necesitaba llegar a casa y desconectar aunque solo fueran veinticuatro horas.

Al abrir la puerta noté el olor del hogar. De mis padres. Pude relajarme. Comí algo, me puse el bañador, ropa cómoda y me fui a la playa con mi moto. Aún no hacía tiempo para bañarse, pero necesitaba tocar el agua del mediterráneo. Nací en Alemania pero mi sangre pertenecía a aquellas tierras. La ciudad de mis padres era maravillosa, lo tenía todo. Montaña, playa y belleza. Siempre habíamos veraneado allí.

Para cenar me reuní con viejos amigos. Cenamos en un restaurante de la costa y el ambiente era mágico. Volvía a ser la chica de antes. Sin preocupaciones, sin obligaciones y libre.

—He conocido a alguien —les dije —. De momento somos solo amigos, pero me muero de ganas de estar con él.

—¿Y qué hacéis que no lo estáis? No pierdas el tiempo, la vida es muy

corta — Bruno era muy decidido y positivo —. ¿Es guapo?

—A rabiarse — Sonreí —. No se parece en nada a Chris, parece bruto pero delicado a la vez. Educado y rebelde.

—No seas tonta, disfruta de estas cosas o te arrepentirás. Llámale y sorpréndele. Queda con él para comer. Que le jodan a Chris, ya le has aguantado demasiado —sugirió María.

—Quiero acabar la gira. Está Chris por medio y está muy inestable.

—Nena, que le follen — Andrea tenía mucho carácter, y nunca se había fiado de mi antigua relación.

Pensé en aquello y tenían razón. El equipo sabía que yo estaba fuera con amigos y que no me verían hasta el día siguiente. Dom era lo bastante listo para escabullirse de ellos. En cuanto llegué a casa lo llamé.

—Hola. ¿Estás bien? — Su voz era suave y grave. Me quedé pensativa —. ¿Hola? ¿Qué pasa?

—Hola —dije de golpe. Parecía una imbécil —. Tranquilo, estoy bien.

—Me acabas de dar un susto de muerte, joder — Oí una risita a través del teléfono.

—Lo siento, sé que no son horas para llamar, pero quería proponerte algo — Oía su respiración agitada —. ¿Te gustaría ir a comer conmigo mañana?

—¿Qué? ¿Si me gustaría? Joder, me encantaría. ¿Dónde y cuándo? Tú eres la experta — Sonreí como una niña enamorada.

—Mi tío tiene un restaurante de sushi bastante exclusivo en el centro de Barcelona. Te envío la ubicación. Nos vemos mañana a la una.

—Hasta mañana —me dijo con el mismo tono suave y grave del principio y colgué.

Aquella noche dormí plácidamente. Las sábanas tenían olor y eran suaves. Lo necesitaba, pero si hubiera sido con su compañía sería aún mejor.

Me desperté pronto y fui a correr por la playa. Hice un poco de yoga y desayuné. Tomé un baño y decidí ponerme elegante. Medianamente elegante para alguien que se tenía que desplazar en moto. Tejanos negros, mis típicas botas militares marrones y una blusa escotada de color negra. Se veía por completo mi tatuaje del pecho. Era una tiara de flores en blanco y negro con un marco en medio con la letra S y M juntas. Sin duda era del que más orgullosa me sentía. Puse las dilataciones de cristales de "*Swarovski*" en mis orejas, me maquillé y me dejé el pelo suelto.

A las doce y media me puse la chaqueta de piel marrón con refuerzos y me recogí el pelo dentro del casco. Aquella fue la primera moto que tuve. Era

una reliquia. Mi padre la arregló para mí. Tenía un valor sentimental enorme. Aquella ciudad tenía un valor demasiado grande para mí.

Cuando llegué al restaurante de mi tío aparqué en la puerta. Allí estaba Dominik. Camisa azul marino remangada, dejando sus amplios antebrazos a la vista. Tejanos oscuros y unas converse negras. Sencillo, pero como a mí me gustaba. Me bajé de la moto y vi que me miraba de arriba abajo. Me desabroché el casco y lo enganché en la pinza de la moto. Se quedó sorprendido.

—Creo que te has planteado darme un infarto —dijo con una sonrisa en su cara—. Vaya preciosidad.

—Mi padre se dedicó a arreglarla durante los veranos. La verdad es que se lució —contesté.

—La moto también es preciosa — Se estaba quedando conmigo. Se empezó a reír y tuve que acompañarle. Se acercó a mí y me dio un beso en la mejilla. Perdí la respiración — Nunca había estado aquí y ahora entiendo porque eres tan increíble.

Creo que estaba totalmente sonrojada. Aquel hombre era capaz de dejarme sin habla. Reaccioné cogiéndole de la mano y entramos en el restaurante de mi tío. No sé si estaba aquí o en la otra punta del mundo, pero la comida que servían era espectacular. Cuando entré, el jefe de sala me reconoció. Se podía decir que me conocía desde que era un bebé.

—¡Minerva! — Me dio un abrazo —. Estás guapísima — Me soltó y miró a mi acompañante —. Oh, bienvenido — Le extendió la mano y se la estrecharon —. Ahora mismo os llevo hasta vuestra mesa.

—Paolo, no te entiende —dije riéndome. Estábamos en Barcelona, así que no hablaba en inglés. A pesar de que Paolo era italiano, dominaba los idiomas a la perfección —. Él es Dominik, un amigo inglés.

—¿Un amigo? Eso no te lo crees ni tú, bonita —me dijo antes de girarse hacia Dominik y empezó a hablarle en su idioma —. Bienvenido, seguidme por favor.

Seguimos a Paolo hasta una de las mesas y cuando nos sentamos mandó que nos tomaran nota cuanto antes. Pedimos agua y una tabla surtida de makis y sashimi. Paolo volvió al poco. No nos había dado ni tiempo para hablar.

—Tu tío está en Tokio, solucionando algunos problemas en el restaurante de allí — Noté su voz triste. Sí, mi tío Joel y Paolo eran pareja desde hacía muchos años, de eso que me conociera siendo un bebé.

Al poco notó que queríamos intimidad.

—Estás diferente —me dijo—. Se nota que has descansado. Me alegro.

—Lo necesitaba, está siendo más duro de lo que pensaba — El camarero nos trajo la tabla y vi como Dominik miraba mi tatuaje, ¿o me miraba las tetas? ¿O las dos cosas?

—¿S y M? Es bonito, muy delicado — sonrió.

—Son las iniciales de mis padres, Sheena y Matthew — Abrió los ojos sorprendido —. Casi todos mis tatuajes son referencias a mi familia y mis vivencias. Levanté el brazo y le enseñé el tatuaje que me hice en honor al mediterráneo. Eran olas azules en las que se podía leer unos versos de una canción que llevaba el nombre de aquel mar.

Le expliqué algunos más, mientras él no me quitaba los ojos de encima. Me estaba poniendo muy nerviosa. No era la primera vez que iba a un restaurante con un tío, ¿por qué me pasaba eso? Porque él no era un tío cualquiera y era muy consciente de ello.

Empezamos a degustar aquella deliciosa comida. Miraba como se llevaba a la boca las piezas de sushi y me estaba volviendo loca. Necesitaba hablar para dejar de mirarlo. Era jodidamente sexy.

—¿Te ha gustado la ciudad entonces? — Fue lo primero que se me ocurrió.

—La verdad es que sí.

El móvil nos interrumpió. La melodía de “*Lonely Boy*” sonaba mientras miraba la pantalla, a continuación lo silenció y lo guardó.

—*Oh, oh—oh I got a love that keeps me waiting; I'm a lonely boy*⁴... — canté para provocarlo y lo conseguí.

—... *But I came to love you. Am I going to bleed? Any old time you keep me waiting...Waiting, waiting*⁵ —contestó tateando. Se creó una tensión sexual brutal.

Cogí aire y lo solté. Sin disimular, no había vuelta atrás. Perdí la cabeza por ese tío. Y cuando la perdía, no volvía hasta que me daba una hostia considerable. Cogió su copa con delicadeza, la posó en sus labios con una suavidad extrema y no dejó de mirarme. Me estaba provocando de una manera muy basta. Y no lo pude evitar, me mordí el labio inferior y rocé mi pierna con la suya.

—¿A qué estamos esperando? —me pregunté convenciéndome de que tenía que dejarme llevar.

—No sé, explícamelo tú — Se apoyó en la mesa acercándose a mí con una postura muy seductora —. ¿Qué estás esperando?

—Qué coño tendrá esta ciudad... —murmuré entre mis labios. Barcelona siempre me empujaba a tirarme al vacío. Siempre era allí. No sé si era por su calidez o por sentirme en casa.

— ...*Cause I'm the one who's gonna show when there's nobody, I'll be your man, yeah, I'll be your man*⁶... —me contestó con otra canción de los Black Keys.

—No juegues con fuego, te quemarás — Tenía que advertirle de que corríamos peligro.

—El juego lo has empezado tú invitándome a comer. No puedes dar migajas a un hambriento, siempre querrá más — Fue directo. Sin tapujos.

—Madre mía —solté en un perfecto castellano. Se reía de mí. Cerré los ojos y volví a respirar sonoramente, como si eso fuera a refrigerarme por dentro —. Sigamos comiendo.

—Suplicarás para que deje de hacerlo —susurró.

Abrí mis ojos de golpe y lo poco que me pude enfriar no sirvió para nada. Agachó la mirada y vi como sonreía. Usaba sus armas de seducción demasiado bien. ¿Y se suponía que era tímido?

—¿Tú no tenías fama de ser vergonzoso? Porque creo que eres bastante sinvergüenza.

Aquello pareció hacerle mucha gracia. Se estaba riendo a carcajadas y yo necesitaba un chorro de agua fría en mi triángulo invertido. ¿Se suponía que tenía que aguantar una semana más? Así era imposible. Si no tuviera que realizar un concierto aquella noche, lo dejaría seco.

—No soy vergonzoso. Lo que pasa es que no voy detrás de todas las chicas con las que me cruzo, como hacen el resto. Tengo unos principios que, a la que conozco una mujer que me vuelve loco, los pierdo por completo.

—Ves preparándote, perderemos algo más que los principios — Le dibujé una sonrisa de medio lado en la cara de asombro.

Devoramos la comida que había en la mesa y nos trajeron el café a los pocos minutos. Aquello tenía que acabar pronto o explotaríamos los dos.

Nos levantamos, me puse la chaqueta de piel y fuimos hasta Paolo. Nos dijo que invitaba la casa, como siempre. Caminamos hasta la moto, quité la pinza y apoyé el casco en el asiento. Me di la vuelta para despedirme y enloquecí. Me pasó su brazo derecho por mi espalda aferrándose hasta él y su mano izquierda se posó en mi cara. Sus labios colisionaron suavemente

con los míos. Me palpitaba todo el cuerpo. Seguía inmóvil y me dejaba hacer hasta que su lengua rozó mi labio superior. El detonante para que lo agarrara de la camisa y lo empujara contra mi necesitado cuerpo. Cuando lo tuve suficientemente cerca subí mis manos hasta su corto pelo rubio y las enterré allí. No apreciaba ni su incipiente barba de varios días, era delicioso.

Allí, en medio del bullicio de Barcelona, nos estábamos besando con una pasión indecente. Aquello parecía no tener fin. Deseaba que no lo tuviera.

—Debo irme —dije separándome tan solo un centímetro de sus labios y volviendo mis talones al suelo. Yo no era bajita, pero su altura se hacía notar—. Te veo luego en la prueba.

Le guiñé un ojo, me puse el casco y subí a la moto. Arranqué el motor, levanté mi mano y le lancé un beso. Solo me sonrió con las manos en los bolsillos.

Deseo ver tu mar

Llegué a la sala donde se haría el concierto histórico. Debía controlar mi euforia si no quería cagarla, tenía un dolor de huevos considerable y para colmo mis compañeros solo me metían presión. Me recordaban que el concierto de Barcelona siempre era de los más importantes y que no se admitían cagadas.

Yo asentía sin escuchar. Solo pensaba en ella.

—¿Qué? — Jeff aprovechó que nos quedamos solos para indagar —. ¿Cómo ha ido con la jefa?

—Bufff — Miré hacia mi paquete y Jeff se empezó a descojonar. Entendía ese gesto perfectamente.

—Pues ya sabes — Me enseñó su mano abierta, la cerró y empezó a agitar. Estaba claro que tenía deberes esa noche —. Te dejaré un poco de intimidad.

—Vete a la mierda — No pude evitar reírme.

Fueron llegando el resto del equipo y enseguida nos pusimos en marcha. Solo faltaban Chris y Minerva. Y ya me estaba impacientando. Jeff los llamaba a los dos pero no respondían. Ansgar estaba desquiciado y Mikkel intentaba relajarlo. Físicamente se notaba que eran hermanos, pero eran totalmente opuestos.

La puerta se abrió y una precipitada Minerva la atravesó con energía.

—¡Perdonad! — Fue corriendo hasta el escenario. Iba con la misma ropa y el casco colgado del brazo. Lo dejó todo en su lado del escenario y cogió la guitarra.

—Joder. —soltó Jeff—. Tenemos un problema con este tío.

La guitarra de Minerva empezó a sonar y yo moví mis manos para hacerla sonar.

—Bueno señores, mientras la princesa se digna a venir, podríamos ir divirtiéndonos un rato —dijo al micrófono con voz grave sin dejar de tocar la guitarra—. Como en los viejos tiempos.

—¿Qué toca hoy? —preguntó Ansgar sonriendo.

Minerva se acercó hasta ellos dos y les dijo algo que el resto no oímos. Se pusieron en sus posiciones mientras sus ojos no me perdían de vista.

—Dominik, vas a tener que hacer magia. Así que atento —escupió sin dejar de rasgar la guitarra.

Jeff me miró de golpe y sonreí. Contesté con mi pulgar levantado, por culpa de mi dolor de huevos era la única respuesta que podía dar. Aquella noche no estaba dispuesto a que mi mano fuera la que me aliviara de aquella terrible pesadez testicular.

La guitarra de Ansgar empezó a sonar. Al igual que el bajo. No conocía aquella canción, pero solo con la primera frase ya le vi el sentido. La voz de Minerva era seductora y profunda. La canción decía algo sobre un hombre hermoso que llegó en el momento que más fuerte ella se sentía. Nunca había visto unos ojos tan azules — estaba claro que hablaba de mí — y que él le decía que no tenía necesidad de amarlo todavía, porque él era un hombre mágico⁷. Un amor de verano que pasó al otoño. Jodidamente espectacular.

Su voz era celestial, su manera de tocar la guitarra era profunda y muy acertada. Los movimientos de su cuerpo con aquel instrumento eran demasiado sensuales para que aquella noche no pudiera disfrutarla entre mis brazos.

Tocaron tres canciones más y dieron por finalizada la prueba de sonido. Y como no, con canciones para provocarme. Ellos tres se fueron sin que Chris apareciera por allí. A Jeff le tocaba ser su sustituto y se ponía muy tenso. Intenté relajarle pero no hubo manera. ¿Dónde cojones estaría el descerebrado ese?

En la habitación del hotel realicé una llamada a mis padres. Aunque le fue de más ayuda a Jeff que a mí. Mis padres eran muy buenos y comprensivos. Y mi madre era adivina. Me dio la lata cuando volví a ponerme al teléfono.

—Te noto algo raro, debes de estar cansado —decía—. ¿Ya comes bien? ¿Cuándo vuelvas vendrás a vernos? Tenemos muchas ganas de verte.

—Si todo va bien, sí. Os debo una visita. Aunque si me sale trabajo no puedo rechazarlo.

—¿Has conocido a alguien, hijo? —preguntó sin más. Las madres tienen un sexto sentido para estas cosas que da terror—. Te noto distraído.

—Pues sí, y esta vez he caído más hondo que la última vez. Es tan jodidamente especial⁸ — Me acordé de la primera canción que tocamos juntos — Pero como siempre, es complicado.

—Hijo, ¿qué valor tendría si fuera fácil? Los retos nos llevan a esforzarnos mucho más en lo que queremos, y hace que cobre más sentido luchar por conseguirlo o por mantenerlo. Cuanto más difícil es lograr algo, más lo quieres cuando lo tienes.

Mi madre era una sabia. Y tenía más razón que un santo. A pesar de la distancia mantenía buena relación con ellos, me recriminaban tenerlos algo abandonados por no visitarlos más a menudo pero me entendían. Me acordé otra vez de Minerva. Solo ella estaba en mi cabeza. Cogí mi móvil y le escribí.

“No quiero ser tu amigo, solo quiero ser tu amante. No importa como acabe, no importa como empiece⁹...”

Dejé el teléfono en la cama sin dejar de mirar la pantalla, esperando con ansia su respuesta.

Jeff rozaba la histeria y empezaba a contagiarme los nervios.

—¿Puedes tranquilizarte un poco tío? Vas a conseguir sacarme de quicio. Tocas la batería muy bien, todo irá bien.

—No es eso —soltó mientras se tumbó en la cama—. Queda muy poco para que termine la gira y volver a casa. Me encanta mi trabajo, pero necesito volver a la vida normal. Ya sabes que llevo con ellos desde que empezaron siendo unos matados, y cada vez son más conocidos.

El móvil de Jeff sonó. Me indicó que eran los altos cargos de la discográfica, y lo que oía me gustaba y me desagradaba a la vez. Hablaba sobre alargar la gira por Asia y Oceanía, seis conciertos más. Más dinero por concierto y territorio nuevo que explorar, pero me había hecho a la idea de que en una semana estaría entre los brazos de Minerva. Joder.

Miré mi móvil y seguía sin notificaciones. Estaba empezando a ser consciente de lo necesitado que estaba de esa mujer. Me asusté. Comencé a rallarme yo solo. Empecé a pensar que yo era un pringado a su lado. Ella tenía una carrera exitosa y cada vez sería más conocida, y yo un simple técnico de sonido, un don nadie. Me sentí como un juguete. Un juguete que le serviría de entretenimiento hasta que encontrara otro mejor. Un juguete al que sacarle el corazón con sus manos y devorarlo cual caníbal. Tonto, eso es lo que era.

—Prepara una buena maleta en cuanto volvamos a Londres porque nos vamos a Asia y a Australia, chaval —informó mi colega al colgar el teléfono—. Haremos seis conciertos más. En Auckland, Melbourne, Sídney, Bangkok, Shanghái y Tokio. ¿Emocionado?

—Joder, no sé como sentirme. Sinceramente, me había hecho ilusiones con ir a ver a mis padres —mentí, y me salió fatal.

—Cretino... —susurró—. Mientes jodidamente mal, tú lo que tienes es una “*coñitis*” bestial...

—Joder, estoy perdiendo la puta cabeza — Necesitaba hablar con él —. ¿Por qué se ha fijado en mí? Ella es una estrella en potencia y yo soy un fracasado. ¿Por qué cojones querría estar conmigo?

—Mira capullo, os conozco a los dos lo suficiente para saber cómo sois. Ella no se fijaría en eso nunca, le gustas y punto. Y tú deja de comerte la cabeza con que no eres nadie, vas a ganar una buena pasta con esta gira y vas a ver mundo, pedazo de idiota. Sin todos nosotros, ellos no serían absolutamente nadie. ¿Te queda claro?

—Alto y claro.

Volvimos a la sala de actuaciones e hicimos lo de siempre. Poner a punto una actuación de la cual se esperaba mucho. Miré por última vez mi móvil y no vi nada nuevo. Lo guardé en una de las taquillas y me centré en mi trabajo.

Hicimos un descanso antes de que los teloneros llegaran para cenar algo. Apenas pude probar bocado. Jeff tampoco pudo alimentarse y yo también estaba ansioso. Me dolían los huevos, mis compañeros me tenían presionado por la actuación y me moría de ganas por verla. Aunque tenía más ganas de tocarla, besarla como lo había hecho, olerla y fundirme entre las sábanas con sus piernas enredadas en mi cuerpo.

Volví al cubículo donde mi compañero de fatigas y yo disfrutamos de lo lindo con los teloneros. Tenían ritmo y supieron meterse al público en el bolsillo. No entendí ni una mísera palabra de las canciones porque cantaba en catalán. Pero la música estaba muy bien. Carlee ocupaba el puesto de Jeff y vino a notificarme unas modificaciones de última hora en el “*Track list*”. Empezaría a tocar Minerva sola en el escenario, al finalizar la canción el resto de integrantes se uniría al escenario. Y, cómo no, esa noche había bis. Pensé en que no volviera a cometer la locura de saltar al público como lo hizo la última vez. Aunque nunca olvidaría esa noche.

Al acabar los teloneros, los “*pipas*” prepararon el escenario para ellos, para ella. Carlee siempre hacía su aparición estelar para relajar al público y conseguía el efecto deseado. Era todo lo contrario a Minerva. Menudita y sin curvas. A pesar de ser un poco desvergonzada, era una bellísima persona. Desde que era consciente de la situación que tenía entre manos me ayudó en todo lo que pudo. Era la que más conocía a Minerva del equipo además de encargarse de sus instrumentos.

La actuación daría comienzo en breve. Todos estábamos en nuestros

puestos expectantes. Una luz enfocó el lado izquierdo del escenario. Los aullidos de la gente eran ensordecedores. Y apareció por el lado izquierdo del escenario. Con unos pitillos de piel rojos, una camiseta de tirantes negra que dejaba bien a la vista su generoso escote y sus tatuajes y unas botas militares negras. Acompañó el modelito de infarto con una guitarra acústica también negra. Se acercó al micrófono y yo me acerqué más al mezclador. Estaba de los nervios. Hablaba en catalán y yo no entendía nada, pero la gente la escuchaba con atención. Cuando terminó lo que supuse que era un saludo al público, estos aplaudieron. Y en cuanto rasgó las cuerdas de la guitarra la sala se silenció, dejando esos acordes danzar por todo el recinto. Joder, joder y joder. Conocía muy bien aquella canción.

—...*I don't wanna be your friend, I just wanna be your lover. No matter how it ends, no matter how it starts*¹⁰... — Su preciosa voz cantaba la canción que pocas horas antes le había enviado por el móvil. Era una declaración en toda regla.

Mi vello se erizó. Mi corazón palpitaba al ritmo de la canción. Mis ojos la escrutaban sin perder detalle. Mis manos sudaban haciéndome más torpe. ¿Era posible enamorarse más? Yo creo que sí. Aquella noche, aquella ciudad, aquel beso y aquella mujer me habían dejado noqueado. Me sorprendí a mi mismo por la capacidad que tuve de controlar mis emociones en dos horas de concierto. Jeff estaba en la batería, no era Chris pero daba la talla. El público solo la reclamaba a ella. Se notaba que estaba en su casa.

El bis no defraudó, al menos a mí. Conocía aquella canción por parte de mi madre. De joven era una “rockera” a la que le gustaba la música de la generación de mis abuelos. Por su culpa, mis gustos musicales eran demasiado antiguos. Cantaba “*Crazy on you*” de Heart. Y con esa canción tomé una decisión. De aquella noche no pasaba.

En cuanto salió del escenario yo hice lo mismo del cubículo. Fui por la parte de atrás corriendo hasta llegar a los camerinos, enseñé mi pase a los de seguridad y entré como un torbellino al que se suponía que era el camerino del grupo. Piqué con mis nudillos y abrió Jeff, solo con la mirada supo a qué había venido.

—Minerva, hay un problema con una de tus guitarras, el mástil está inquieto... —soltó como si nada. Ella salió disparada y se topó de bruces conmigo. Jeff cerró la puerta de inmediato dejándonos en el pasillo.

La agarré de la cintura y acerqué mis labios hasta los suyos. Buscando desesperado su contacto. No opuso resistencia y me recibió justo como yo me

imaginaba. Rodeó mi cuello con sus brazos y sus pies nos llevaron hacia una esquina oscura y poco transitada. Allí dejamos claro que aquella noche sería nuestra. Confirmé que nos necesitábamos mutuamente.

—Debo ir a recoger —dije mientras me separaba de ella—. Créeme cuando te digo que me muero de ganas por pasarme toda la noche contigo.

—Créeme tú a mí cuando te digo que lo harás, pienso raptarte esta noche. Olerte, saborearte y devorarte. Que le jodan a todo —soltó—. Estoy cansada de esperar, y no estoy dispuesta a alargarlo un mes más —Ni yo—. Esta noche y hasta mañana por la tarde eres totalmente mío — Sus manos rodeaban mi cuello y me empujaban hacia ella para volver a besarla.

Junté mis labios con los suyos a modo de despedida y volvimos a nuestro respectivo puesto. Recogí a toda velocidad cables y aparatos para acabar cuanto antes. Jeff lo notó y sabía perfectamente lo que había. Me dejó salir antes que al resto. Hice una visita al baño, liberé algo más que orina por mi conducto, para mi desgracia. En aquellas condiciones perdería la compostura solo con verla.

Fui por la puerta de atrás sin encontrarme con nadie. Solo grupos de gente deambulaban por los locales en busca de una borrachera después del concierto. Quedé con ella justo a una manzana de allí, así que no perdí el tiempo. Cogí mi móvil y la llamé. Sus indicaciones fueron claras y concisas, se la notaba impaciente.

Vi el coche que me describió por teléfono y entré rápido en él. Volvió a agarrarme como minutos antes y me besó con intensidad.

—No sé qué me pasa en esta ciudad —jadeó entre mis labios—. Y no sé qué me has hecho que me tienes aullando por ti.

Volvió a recomponerse en el asiento del conductor, abrochó el cinturón y arrancó el motor. Salimos de allí a una velocidad bastante temeraria. Al dejar la ciudad y meternos en una autopista confirmé que le encantaba la velocidad. Me vio algo asustado y se rio.

—Me encanta la velocidad, mi padre y yo solemos ir en vacaciones a un circuito cerca de aquí a desinhibirnos. A él le habría gustado que yo hubiera sido piloto de carreras, pero ganó mi madre — Su sonrisa era preciosa.

Yo solo podía contemplarla y ponerme cada vez más a tono. Su pelo negro liso llegaba hasta su cintura, su mirada era oscura y tierna. Su cuerpo sinuoso entintado me hacía babear.

Me dijo que íbamos a la casa donde solía ir de vacaciones. También me explicó que veraneaba cada año en aquel lugar desde que tenía uso de razón,

y no podía evitar amarlo. Nació en Alemania, pero aquel era su verdadero hogar.

Abrió las ventanillas del coche y pude oler el mar. Conducía por una carretera de curvas donde a la izquierda teníamos el mar y a la derecha la montaña. Quería ver el mediterráneo de cerca, pero más quería verla a ella entre mis brazos. Ella era el puto mar de todo el planeta en aquel momento. Y quería bucear en él hasta perderme en su profundidad y ahogarme.

—¿En qué piensas? Estás muy callado —me dijo.

—En ti.

—¿Y qué piensas de mí?

—Que eres la mujer más preciosa que yo haya podido ver. Pensaba en las ganas que tengo de ver el mar, pero el mar que quiero ver está ante mis ojos.

Solo se limitó a sonreír. Veía sus labios apretados levantarse hacia arriba y deseaba llegar cuanto antes a la casa. La necesitaba.

Redujo la velocidad y se desvió hacia otra carretera donde se comenzaban a ver casas. Estábamos llegando. El paisaje que teníamos a nuestra izquierda era realmente hermoso. A pesar de la oscuridad de la noche la luna iluminaba el agua del mar y las facciones de Minerva.

Paró delante de una casa y apretó un mando que sacó de la guantera. La puerta que teníamos delante de nosotros se abrió y aparcó dentro de un garaje. Salió del coche y yo la seguí. No había luz, sólo la de la luna que entraba por las pequeñas ventanas de aquella puerta enorme. Ella se giró hacia mí y no lo pude resistir más.

Rodeé sus caderas con mis manos y la aferré a mí. Junté mis desesperados labios con los suyos, colisionando en un muro construido de necesidad y deseo. La necesidad de tenernos y el deseo de probarnos.

Sus brazos rodearon mi cuello para intensificar nuestra unión labial y yo la apreté más aún. Entre nuestras caderas no podía fluir el aire, estábamos totalmente pegados y cada vez más ardientes. Me separé de sus labios y me centré en la piel de su cuello. Besaba su fina piel mientras ella ladeaba su cabeza para darme más superficie. Suspiraba con leves gemidos que me estaban haciendo perder la cabeza. Mis manos fueron hasta su trasero y lo apreté con fuerza, ella reaccionó rodeándome la cadera con sus piernas y la apoyé en el capó del coche. La tumbé allí y seguí besándola. Ella frotaba sus manos por mi cuello y espalda provocándome escalofríos. Cerró sus puños en mi chaqueta y me la quitó, tirándola al suelo. Yo hice lo mismo, aunque fui un paso más allá dejándola solamente con el sujetador. Eché un vistazo

rápido a su cuerpo tatuado por todas partes.

Minerva no se quedó atrás e hizo lo mismo conmigo. Me desabrochó el botón del tejano. Yo ya tenía toda la sangre de mi cuerpo en el mástil, y sé que lo notó. Lo vi en su sonrisa mientras me liberaba de la presión que el pantalón ejercía en mi entrepierna.

Aproveché que estaba tumbada para quitarle su pantalón de piel, las botas y los calcetines y dejarla sólo con la ropa interior encima de su coche. El capó aún permanecía caliente, pero más lo estábamos nosotros como para notar su temperatura en la piel. Agarré una de sus piernas levantándola y besé desde su tobillo hasta su rodilla. Despacio. Provocándole leves suspiros que salían de sus apetecibles labios. Yo seguía en su rodilla e inicié un descenso por el interior de su muslo, usando el mismo protocolo anterior. A medida que llegaba a la unión de sus piernas sus suspiros y gemidos se tornaban notables. Aterricé en las ingles y succioné, mordí con suavidad y besé. Se retorció y reía. Me encantaba. Llevó sus manos hasta mi cabeza y enredó sus dedos entre mi pelo, estirándolo y soltándolo como si estuviera convulsionando. Y eso que todavía no le había quitado ni el tanga ni saboreado su fruto.

Fui subiendo por su abdomen hasta que me reencontré con sus labios y lengua otra vez. Esta vez me besaba con más fiereza e incluso me mordía. Metió sus manos por dentro de mi pantalón y, aprovechando que estaba la bragueta bajada, me los quitó. Me deshice de las bambas con los pies y me separé un poco de ella para quitármelo todo, menos los calzoncillos. Aprovechando que se había incorporado para deslizarme los tejanos, la atraje hacia mí y nuestros sexos se frotaron. Subí mi mano derecha y le desabroché el sujetador, era igual de minúsculo que el tanga, era fácil de quitar. Movié sus brazos para deshacerse de las tiras y yo me separé para contemplarla. Me puse de rodillas ante ella, como si estuviera rezando, y se liberó los pechos. Una maravilla.

La veneré, arrodillado ante ella mientras seguía sentada en el coche con las piernas juntas. Estiré la mano hasta la tira del tanga y lo deslicé por sus blancas y tatuadas piernas. Coloqué mis manos por debajo de sus rodillas y la abrí para mí. Volví a besar sus piernas y succionar sus ingles, como al principio, salvo que esta vez notaba más su esencia emanar hacia mí. Pedía a gritos que lo besara, pero me propuse no hacerlo. Una cosa era practicar el coito con látex y otra meter mi boca en un lugar donde no sabía cuánto tiempo llevaba sin tener “*visitantes*”.

—Oh, joder... —gemía cada vez que me acercaba a su humedad.

Yo necesitaba meterme en ella. Fui hasta mi cartera, cogí el único preservativo que tenía, quité mis calzoncillos y me lo puse. Sin prisa pero sin pausa.

Llevé mis manos a sus caderas y la penetré.

Necesito más

Noté su miembro dentro de mí, más robusto de lo que me esperaba. Empujaba con suavidad pero sin entretenerse en el acto. Estaba siendo único. Era mi primera vez encima del capó de un coche y era lo más erótico que había hecho hasta el momento.

Estábamos tan ansiosos el uno del otro que no tuvimos paciencia. Ni siquiera habíamos entrado en la casa para unirnos sexualmente. Embestía con fuerza y yo me agarraba a sus brazos apoyados al coche. La luz de la luna hacía que su cuerpo fuera incluso más sexy. Era realmente guapo. Conocía su belleza masculina en todo momento, pero en aquella situación todo me parecía mucho más bello.

Abrí más mis piernas para recibirlo con más facilidad y aferrarme más. Notaba su olor. Fresco y especiado. Sublime. Jamás lo olvidaría.

Volví a rodear con mis brazos su espalda e incrusté mi nariz en su cuello. Aproveché la postura para darle pequeños mordiscos indefensos que le arrancaban diminutos suspiros. Aceleró el ritmo y la oleada de placer que se acercaba era inevitable. Me agarré aún más a su cuerpo y el hormigueo característico del orgasmo me perseguía. Cada vez estaba más cerca de mí para capturarme y raptarme. Y yo encantada. Los gemidos que emitía eran cada vez más sonoros y aquello lo animó a ir más rápido.

—Dime que te vas, joder —soltó entre dientes.

—Más, más, y prometo que me iré —contesté.

Fue más rápido, fuerte y robusto. Hasta que lo conseguí.

Lo que no esperaba es que él me siguiera al reino del orgasmo. Soltando un gemido sincronizado. Como si hubiéramos interpretado una jodida canción y nos supiéramos el “tempo” a la perfección. Música para nuestros oídos. Cada sonido que salía de su boca, fuera suspiro o gruñido, era afinado y melódico. Estaba empezando a pillarme por ese hombre. Prometí ser paciente y no había sido capaz de lograrlo. Sentí que era la horma de mi zapato y no debía correr, bastante que me había saltado el paso de esperar a que acabara la gira. Aunque saber que nos habían ampliado la gira, y encima en la otra punta del mundo, me hizo perderla por completo.

Nos separamos sin decir palabra. No dejé de mirarlo de refilón mientras nos recomponíamos de nuestro primer — y no último — encuentro sexual.

Era totalmente distinto de los tíos con los que había estado los últimos años. No tenía melena, ni estaba repleto de tatuajes — alguno pude ver de refilón en su columna vertebral— y no poseía una gran barba. Era la antítesis de Chris. ¿Mi subconsciente se habría fijado en él por ese motivo?

Chris era un hombretón. Un chicarrón que empezó siendo el más cariñoso y romántico del mundo pero que, con el tiempo, desapareció dejando paso a una persona controladora, dominante y celosa. Algo que detestaba.

Me abroché los pantalones y vi como me miraba fijamente.

—Eres preciosa —me halagó mientras se acercaba a mí otra vez y me rodeaba con sus brazos para volver a besarme. Fue un gesto suave y con mucho amor. Mi estómago se removió como hacía tiempo que no lo hacía. Calma Minerva, una cosa era tener sexo y otra enamorarse.

—¿Entramos? —dije una vez apeloné entre mis brazos las botas y la ropa interior.

—Me muero de ganas —expresó sugerente.

Con aquella voz ya volvió a conseguir tenerme a tono para volver a repetir lo que, pocos minutos antes, habíamos hecho. Me obligué a olvidar aquello y fui hasta la puerta que daba a la cocina de la casa.

La segunda residencia de mis padres no era tan ostentosa como la de los alrededores. Característica por su sencillez y funcionalidad. Colores neutros combinados con colores vivos que creaban un ambiente acogedor y armonioso. En la cocina había una pequeña isla en el centro, armarios de color blanco y encimera oscura. Vi la nevera y me acordé de los modales de ser la anfitriona.

—¿Quieres tomar algo? No hay muchas cosas en la nevera, mis padres hasta agosto no pasarán por aquí y estaba todo apagado.

—¿Qué tienes entonces? — Se sentó en uno de los taburetes que habían al lado de la isla. Se me ocurrió algo.

Fuimos hasta el comedor, donde seguían dominando los mismos colores que en la cocina. Le propuse que tomara asiento en el sofá de cuatro plazas. Fui hasta el armario donde mi padre guardaba una selecta colección de whisky; Cardhu, Chivas, Jack Daniel's y una muy especial que trajo de su viaje a Japón, Yamazaki 18. Lo cogí y serví dos vasitos pequeños.

—No tengo hielo, así que no vamos a poder degustarlo despacio.

—¿Acaso hemos empezado despacio? No hemos ni entrado en la casa — Se levantó del sofá, vino hasta mí y volvió a agarrarme por la cintura con su mano derecha mientras con la otra cogía el vaso de whisky —. Brindo por la

fortuna de haberte conocido.

Levanté mi vaso también y lo choqué con el suyo. Lo llevamos a nuestros labios y nos lo bebimos de golpe. Ardor infinito. La sensación del calor de aquel brebaje en mi garganta provocó una arruga en mi cara. Se suponía que era uno de los mejores whiskys del mundo — o el mejor, depende de cómo se mire — pero sin hielo era alcohol de quemar. Dominik parecía impasible. Acostumbrado.

Cogió mi vaso y lo dejó junto al suyo en el mueble donde estaban las bebidas.

—Hoy no tomaremos esa copa Minerva — Me rodeó entre sus brazos —. Hoy no me apetece beber.

—¿Y qué te apetece?

—Me apeteces tú. Solamente tú — Metió una de sus manos por dentro de la camiseta y estiré mis brazos hacia arriba para que me la quitara. Mis pechos estaban al descubierto y acercó sus labios hasta ellos. Los besaba con ternura y suavidad. Paciente —. Te quiero solo a ti — Sus manos descendieron hasta el botón de mi pantalón y lo desabrochó con habilidad y sin prisa. Bajaron por mis piernas como la seda, agachándose para poder quitarlos por completo. Metió uno de sus dedos en el hilo del tanga e hizo lo mismo que con todo lo anterior, sin dejar de mirarme. Esa mirada azul implacable y picante. Podía ver el fuego a través de ellos. Como siguiera así evaporaría el océano que tenía en aquellas cavidades —. Eres espectacular. Ya no podré verte de otra manera. Cada vez que te mire veré toda tu belleza. Así — Extendió sus manos hacia mí —. Como debe ser.

Sus palabras me ponían demasiado cachonda. Chris dejó de regalarme los oídos cuando hacíamos el amor y, a veces, lo necesitaba.

Aquellos labios volvieron a acercarse a mi cuerpo. Besaba mis muslos e iba ascendiendo poco a poco hasta que llegaba a mis ingles. Volvió a parar. Dejándome deseosa de que besara mis segundos labios. Que sufrimiento.

—Me vengaré —susurré.

—¿Por qué? ¿Tan ansiosa estás? —dejó de estar de rodillas para ponerse de pie. Tuve que levantar mi cabeza para mirarle a los ojos.

—Estoy ansiosa desde hace mucho tiempo.

—¿Cuánto? —preguntó juguetón.

—Aunque, ahora que lo pienso, siempre he sido muy ansiosa. Y ahora ansío muchas cosas.

—¿Y qué cosas son? Explícamelas — Su voz seguía siendo insinuante

mientras me acariciaba de arriba abajo.

—Ansío que me empotres contra la cama. Ansío que me penetres con fuerza y que me provoques orgasmos sin parar. Y, sobre todo, ansío notar tus labios en los que no has besado aún.

—Empecemos por lo primero — Me apretó contra él y me levantó. Me llevó contra una pared desnuda y me besó con fiereza. Eso era justo lo que quería —. Te empotraría en todos los rincones de la casa, sacas la bestia que llevo dentro. ¿Me indicas dónde hay una cama? Te necesito ya.

Le guíé por la casa. Me llevó en brazos hasta la planta superior donde estaba mi habitación. Una estancia sencilla con un ventanal grandioso. Tenía una cama enorme.

Me tumbó en la cama con la inercia de su cuerpo.

—¿Vas a empotrarme con la ropa puesta? —insinuando mi indignación.

Sin vacilar, se levantó de golpe y se desnudó por completo con rapidez. Su cuerpo era fino y estilizado. Robusto pero sin rozar lo burdo. En los últimos años solo he estado con tipos que parecían sacados de la antigua Valquiria. Aquel tío no lo era, pero no había inconveniencia en ello.

Volvió a tumbarse encima de mí y esta vez sí que estábamos piel con piel.

—Repasemos la lista —dijo con el mismo tono de antes —. Empotrar en la cama, estoy en ello. Penetrar con fuerza y provocarte orgasmos sin parar, voy a ello en cuanto me facilites protección y lo de besar tus finos y... — Paseó un dedo por mi clítoris —. Más que húmedos labios, lo vamos tanteando sobre la marcha.

Vale. Con eso me quedó claro que aquella noche no lo iba a hacer. Le entendía. Yo tampoco tenía pensado saborearlo, así que no iba a presionarle. Trabajábamos juntos, pero no conocíamos el historial sexual de cada uno. Protección ante todo.

Estiré mi brazo hasta la caja que había en la mesita de noche, cogí un preservativo, miré la fecha de caducidad — por si acaso — y cogí su pene. Comencé a acariciarlo. Tenía unas ganas tremendas de besarlo y ver su reacción. Parecía sano, y sé que no es de los tíos que se acuesta con cualquiera. Joder, ¿cómo podía estar debatiéndome algo así? Yo siempre tenía las cosas claras con los tíos, incluso con Chris siempre usaba protección para todo. ¿Quizás porque Dom era la maldita antítesis de Chris? Me inspiraba confianza y bienestar. A lo hecho, pecho.

Acerqué mis labios hasta su pene y metí solo la punta en mi boca.

—Eh, cielo... — Bajó su vista hacia mí —. No tienes porque hacerlo si no

quieres.

No le hice caso. Me apetecía demasiado. Debía admitir que el sexo oral me encantaba. Sentir lo que era capaz de producir solo con la boca me excitaba demasiado. Los gemidos que emitía Dom lo estaban consiguiendo. Abrí el plástico del condón y lo coloqué en su sitio. No perdió el tiempo. Se colocó entre mis piernas y me penetró con suavidad al principio, para no hacerme daño. Pronto dejó la suavidad para embestirme con dureza, como yo le había pedido. Gemíamos con ganas. Mis pulmones iban solos y no podía controlarlos, al igual que el primer hormigueo en mi clítoris que no tuve tiempo ni de asimilar.

—¿Quieres más? —me preguntó sugerente.

—Sí, más, siempre más...

—Si te hago daño avísame, ¿vale? Solo quiero darte placer, pero pierdo la cabeza.

—Pierde la puta cabeza, ya... — Estaba deseosa.

Se incorporó en la cama, me levantó poniéndome de rodillas contra el colchón y volver a penetrarme. Mientras daba estocadas masajeaba mi clítoris y, el cabrón, estaba consiguiendo que me volviera a ir por las tierras del placer. Sabía lo que se hacía. Esta vez no dejó de meter y sacar su robusta extremidad hasta que él mismo se dejó llevar en mi interior con fiereza. Bendita furia.

Salió de mi interior y le indiqué donde estaba el baño. Me tumbé en la cama mirando hacia el techo y, poco a poco, recuperaba el aliento. Para cuando volvió, yo seguía desnuda tal y como me dejó. Nos miramos y dibujó una sonrisa en sus labios. Ladeé mi cuerpo, provocándole con una postura sexy.

—Estarás harta de que te digan que eres preciosa —me dijo mientras se acercaba—. Pero es la puta verdad.

—No, no me lo dicen nunca — Era cierto. Solo querían acostarse conmigo y si te he visto no me acuerdo. Chris acabó haciendo algo parecido en nuestro último año de relación.

—Pues que sepas que eres preciosa — Llegó a mi lado y volvió a empezar a besarme las piernas.

Sus manos me obligaron a colocarme mirando hacia arriba en la cama. Sus labios fueron subiendo por mis piernas, esta vez más intensos, hasta mis ingles. Se recreó besando y succionando mis piernas. Me estaba haciendo sufrir y hacía que me retorciera bajo su poder. Paró.

Noté su respiración muy cerca de mi sexo al mismo tiempo que se me erizaba todo el vello. Era exasperante. Hasta que sus labios chocaron con mi humedad. Mi gemido era más un grito de agonía que de placer. Me dejé llevar por su lengua y sus movimientos. Perdí la noción del tiempo y el sentido. Seguía retorciéndome y gimiendo. Un dedo se coló en mi interior, mientras su lengua viajaba en círculos en mi fruto rosado. Maldito sea.

El sexo se le daba mejor de lo que me pensaba. Notó como mi cuerpo estaba a punto de explotar y, agarrándome con ambas manos las caderas, me apretó más contra su boca.

—Voy a perder la puta cabeza... —dije entre gemidos segundos antes de deslizarme en la espiral orgásmica. Grité más de lo normal.

Perdí la cabeza, el conocimiento y la noción del tiempo y el espacio. Estaba completamente extasiada y cansada.

—¿Estás bien? —me preguntó mientras se tumbaba a mi lado y me abrazaba.

—Más que bien —suspiré.

Abrió el edredón y me obligó a entrar en él. Hizo lo mismo sin dejar de abrazarme. Notando su calor en todo momento.

—Gracias —dije en voz bajita.

—¿Por qué? Yo también tendría que dártelas.

—No, de verdad. Hacía mucho tiempo que no sentía tantas cosas juntas en una noche. Consigues relajarme y hacerme sentir segura y reconfortada. No solo por el sexo, que ha sido brutal, sino por apoyarme y escucharme.

—No dejaré de hacerlo, ya te lo dije — Me apretó más contra él y se acomodó a mi espalda —. Minerva — Me hizo abrir los ojos de golpe, me encantaba el acento inglés con el que decía mi nombre —. No dejes que sea solo esto. Normalmente soy muy cerrado para estas cosas, pero contigo no puedo. No quiero ser solo tu amante.

—Ni yo quiero que seas solo eso. Si lo hubiera querido te puedo asegurar que ya habríamos estado juntos. He esperado porque sé que entre nosotros hay algo. Una sensación que no notaba desde hacía tiempo y que iba creciendo día a día — Me di la vuelta para ponerme frente de él.

—Joder, es un puto sueño — Me abrazó más contra él y me besó —. Desde el momento en que te vi en el escenario se me fue la cabeza.

—No empezamos con buen pie.

—Pensaba que eras la típica chica prefabricada para llamar la atención. Es obvio que eres increíble y tu pasión por lo que haces es deslumbrante.

Me acurruqué aferrándome más a él perdiéndome en un profundo sueño.

Eres mi remedio

Abrí los ojos y estaba solo en la cama. Me giré para apoyarme en su almohada y aspirar su aroma. Rasqué mis ojos y me levanté. Me puse los calzoncillos y fui en su busca.

No conocía aquella casa pero daría con ella. Eché un vistazo en la planta donde estaban las habitaciones. Ni rastro. Bajé a la inferior y vi que en el salón había un ventanal que daba a un patio. La puerta de la ventana estaba abierta.

Allí estaba ella. En una postura de lo más complicada. Descubrí su elasticidad con aquella postura.

—Buenos días —me dijo con una amplia sonrisa. Le contesté igual—. Ya acabo —informó mientras tomaba otra postura. Yo miraba embelesado sus curvas y me estaba activando otra vez. Decidí irme a la cocina a por un café.

Busqué una taza y me serví uno. Al poco entró ella haciendo lo mismo que yo y preparando unas tostadas. No podía dejar de mirarla. Estaba enganchado. Sentía vértigo y excitación al mismo tiempo.

Me sirvió un par de aquellas rebanadas con mermelada y se sentó a mi lado. Sin dejar de mirarme. Sus ojos oscuros a juego con su melena estaban fijados en mí. Su piel blanca se aproximaba a la mía y me erizaba.

—¿Qué me estás haciendo? —me preguntó—. No soy capaz de controlarme —susurró cerca de mí. Sus tiernos labios rozaron mi cuello y mis manos rodearon su cintura.

Fui consciente de la pérdida de mi control en cuanto volví a sentirme en su interior. Como la anterior noche. Pero en la cocina. Aquella mujer me tenía enamorado.

Tomamos una ducha relajante después de todas las emociones de última hora. Frotó mis hombros y espalda con jabón. Enjaboné su melena. Nos aclaramos mientras nos besábamos. Y volvimos a fusionarnos en la cama sin apenas secarnos.

—Dom, para el tiempo —dijo tumbada a mi lado en la cama.

—Ojalá pudiera hacerlo. ¿Qué pasará ahora?

—No me importa lo que pase. Lo único que sé es que no quiero perder lo que tenemos —declaró mientras estábamos tumbados en la cama abrazados—. ¿Y tú...?

—Quiero ser tuyo —solté sin pensarlo dos veces. Cuando quiero algo salto al vacío si es necesario. Por la manera en la que empezó a apretarme contra ella, supe que estaba de acuerdo con mi respuesta. La vida estaba siendo generosa conmigo.

Aquella tarde fuimos a Madrid y dimos un concierto espectacular. Sin Chris. Por lo visto se había vuelto a Berlín a descansar. Eso solo hizo que Minerva y yo nos dejáramos llevar aún más aquel día. El equipo alucinaba con nuestra repentina unión. Jeff obviamente sabía que terminaríamos así y no paraba de avasallarme en el cubículo.

—Tío, usa la cabeza —me decía—. Chris ahora no está, pero es algo temporal. Volverá para los otros conciertos, hay que prepararse para vivir situaciones tensas. Y no hagas el imbécil, mantente al margen. Es un problema entre ellos, ¿vale?

—Entendido jefe, ¿quieres hacer el favor de dejarme recoger? Tenemos un vuelo que coger hacia casa. Esta noche quiero dormir en mi cama.

—¿Vas a dormir, pedazo de cabrón? —soltó mientras se reía.

—No pienso dormir hasta la semana que viene, así dormiré en el avión camino a Shanghái — Le guiñé un ojo y me envió a la mierda con cariño.

No era consciente de lo mucho que añoraba mi diminuto piso hasta que volví a entrar en él después de aquella gira. Aunque más me gustaba entrar si era con Minerva a mi lado. Ella no tenía residencia en Londres, y para cinco días que íbamos a estar, le propuse que se viniera conmigo.

De camino pensé que era precipitado, por la convivencia inminente, pero prácticamente ya hacíamos vida en común en las giras. Además, no podía hacerme a la idea de separarme de ella. No ahora. No tan pronto.

—Tienes unas guitarras muy buenas —dijo mirando el único par que tenía.

—La más vieja era de mi madre, y la otra es la que más uso — Hizo un gesto señalando una de ellas, como pidiendo permiso para tocar. Era obvio que me moría por verla tocar en mi casa. Cogió la más nueva y se sentó en el suelo. Empezó a rasgar las cuerdas y pronto me animó a acompañarla con la más vieja.

Estábamos improvisando y era mágico. Tan mágico que pronto nos pusimos serios. Estábamos creando algo único. Íntimo. Minerva no dejaba de apuntar trastes, acordes y palabras sin sentido en una libreta que cogió de su maleta. No tardé en unirme a su locura y de aquel día salió algo muy interesante.

Durante aquellos pocos días apenas salimos del piso. Compramos lo justo para sobrevivir. Nos pasábamos los días prácticamente desnudos, solo con las guitarras entre manos. Aunque a veces dejábamos de tocar las cuerdas para tocarnos el uno al otro. Era demasiado explosivo. Minerva era una revolución que había llegado a mí vida. Justo lo que necesitaba para seguir adelante.

—Es increíble —soltó una noche mientras se tomaba una taza de café en el sofá—. Es un material único. ¿Eres consciente de lo que tenemos entre manos? Tenemos la obligación de grabar este material, hablaré con mi representante para comentárselo. No puedo dejar que esta maravilla no vea la luz. Formemos un grupo.

—Minerva, yo no valgo para estar encima de un escenario. Lo siento, no quiero. Me gusta lo que hago.

—Tienes mucho talento y eres responsable de todas estas canciones, debes responder por ellas.

—Tú podrás defenderlas por mí.

—No pienso hacerlo sin ti. Al menos, te corresponden los derechos de la mitad de cada canción. Es una propiedad intelectual. No pienso permitir atribuirme todo el mérito yo sola.

Después de mucho discutir me convenció. Pero teníamos mucho camino por delante, grabar un disco era complicado. Y más si la guitarrista pertenece a un grupo emergente y debía cumplir un contrato.

El día que cogimos el vuelo hacia Auckland, Nueva Zelanda, permaneció a mi lado. Al fin logré ser la persona que estaba cerca de ella para sobrellevar los despegues y los aterrizajes. En las doce horas de vuelo apenas vimos a Chris. Jeff se encargó de ponerlo lejos de nosotros dos, pero era algo inevitable. Tarde o temprano tendría que enfrentarse a ver alguna caricia o beso. Desde el concierto de Barcelona no nos habíamos separado ni un día, y aquello tenía pinta de ir para largo. No había noche que no compartiéramos sábanas y no había amanecer en el que no nos diéramos los buenos días.

A la hora de cenar Claudia nos anunció que estaba embarazada de tres meses. Nos pilló a todos por sorpresa. Nos explicó que había sido un desliz de una noche y que no iba a interrumpir el embarazo.

—¿Estás loca? —exclamaba Carlee—. ¿Cómo piensas mantener una criatura con la locura de vida que llevamos?

—Espero que el padre se haga cargo de su parte.

—Creo que sería mejor que volvieras a casa, deberías habernos avisado

antes — Noté a Minerva algo incómoda con la situación.

—Ha sido todo muy precipitado. Me he hecho la prueba en cuanto hemos llegado al hotel. Obviamente tengo todos los jodidos síntomas y llevo casi tres meses de retraso, blanco y en botella.

—Tranquila Claudia, Carlee y yo te cubriremos en todo lo que sea posible — Jeff sacó al profesional que llevaba dentro.

A la vuelta regresamos Jeff, Carlee, Minerva y yo en un taxi. El único tema de conversación era la nueva noticia.

—Va a echar a perder toda su carrera por un bebé que no esperaba, de un tío que vete tú a saber de dónde cojones es y...

—Es su decisión —soltó tajante Jeff—. ¿Desde cuándo te importa tanto la vida de Claudia? Pensaba que eras un ser al que solo le importaba su vagina.

Empezaron a discutir, como de costumbre, mientras Minerva y yo deseábamos llegar al hotel para descansar. Apenas habíamos mostrado nuestra opinión al respecto. No éramos nadie para juzgar su vida.

Tras aquella noticia, Claudia hacía lo justo en las actuaciones y descansaba en su habitación de hotel. Mientras, nosotros hicimos algo de turismo con el equipo por los destinos que nos habían tocado en aquella gira oriental. Disfrutamos de Melbourne, Sídney, Bangkok y Shanghái. Pero cuando llegamos a Tokio, Japón, nos quedamos solos. Minerva me atrapó entre sus brazos creando intimidad entre nosotros.

Tokio era espectacular. Se notaba que conocía la ciudad, los trenes y lo que había en cada rincón. Paseamos por el jardín Gyoen de Shinjuku a primera hora de la mañana. Nos hicimos fotos con “*Hachiko*” en Shibuya y su famoso cruce. Contemplamos las variopintas y coloridas tiendas de Harajuku. Al mediodía fuimos al barrio de Ginza. Quería llevarme a comer al restaurante de su tío.

Me explicó que lo tenía desde antes de que ella naciera y que arriesgó mucho en él. Por suerte tuvo el éxito que se merecía. Vive a caballo entre Barcelona y Tokio. Pero este restaurante no sólo le dio éxito. Conoció el amor verdadero.

Minerva me narró que su tío Joel era el mejor amigo de su padre y que de joven era un rompecorazones con las mujeres. Paolo era uno de los cocineros que Joel escogió para su equipo en Japón y perdió la cabeza por aquel italiano. Casi treinta años después los dos formaban un gran equipo en los negocios y en la vida.

—Vivieron una gran historia de amor por todas estas calles. Paolo me explicó una vez que conquistar a mi tío fue una tarea complicada, pero se enamoró tanto de él que no paró hasta conseguirlo. Mi tío fue un hueso duro de roer, no todos los días uno se da cuenta de que el amor no tiene géneros y rompe todas esas estúpidas barreras —explicaba mientras paseábamos por las calles del barrio de Ginza cogidos de la mano.

—¿Conseguiré yo hacer lo mismo contigo?

—¿Quién dice que no lo hayas hecho ya? —me dijo mirándome intensamente mientras sonreía. Solo pude devolverle la sonrisa. Necesitaba decirle que la amaba. Que me había enamorado desde que la vi por primera vez jugando con su guitarra. Derrochando pasión y energía. Dos adjetivos que la definían a la perfección.

Llegamos a un edificio muy elegante y fuimos hasta el ascensor. Muchos establecimientos nipones no se encuentran a pie de calle y están en las diferentes plantas de un edificio enorme. Una buena manera de aprovechar el poco espacio que hay en la isla.

Picó a la planta nueve y no dejamos de dedicarnos miradas y sonrisas mientras silenciosos japoneses nos iban rodeando. Era preciosa y no podía soltarla ni para salir del ascensor. Entramos en el local, que estaba decorado exactamente igual que el restaurante de Barcelona. Dijo su nombre a una camarera y nos llevó hasta una de las mesas más apartadas para comer. El ambiente era acogedor y cálido. Mobiliario de madera oscura, mantelería roja y morada acompañada de una luz tenue. Las orquídeas decoraban cada rincón del establecimiento.

Tenía que decirle que la amaba y necesitaba hacerlo pronto. Me aterraba la situación que venía a continuación. Era el último concierto y me daba miedo la despedida. Ella vivía en Alemania, cerca de sus padres, y yo en Londres. No quería separarme de ella mucho tiempo. Era consciente de que cada uno tenía que volver a su casa, pero no sabía cómo lo íbamos a hacer.

—¿Qué te preocupa tanto? —preguntó sin dejar de mirarme.

—Tenemos que hablar de... — No pude continuar. Un hombre grande vestido de negro se puso a nuestro lado. Minerva saltó a sus brazos así que supuse que era su tío.

No entendía ni una palabra de lo que se decían. Hasta que se soltaron y me miraron directamente. Al fin cambiaron de idioma. Era bastante incomodo no entender nada.

—Tío Joel, él es Dominik —me presentó Minerva.

—Vaya, Paolo tenía razón, este chico es diferente. Muy diferente — Me tendió la mano y se la estreché.

—Encantado. Minerva me ha hablado mucho de usted.

—Tutéame, por favor. No me hagas sentir más viejo de lo que soy. Cuida bien de nuestra niña, es igual de fuerte que su madre pero con la furia de su padre. Una bomba.

—¿Ya me lo quieres espantar?

—Ojalá todas las bombas fueran como ella —contesté.

—Chicos, estoy encantado de que estéis aquí, ahora mismo os traerán la comida. Invita la casa, como siempre — Nos guiñó el ojo y se fue.

Volvíamos a sentarnos. Minerva miró su móvil y le cambió la cara. Volvió a meterlo en el bolso.

—¿Va todo bien? —pregunté.

—Sí, papeleo... —murmuró —. He estado consultando con mi representante lo de grabar otro disco. Fuera del grupo.

—¿Y? — Algo me decía que no marchaba bien.

—Le parece estupendo, pero tiene que estudiarlo. Quiere oír el material y analizar bien el mercado. Todo esto es un negocio y hay que vender todo lo posible. Ya sabes, mierda comercial.

—Soy algo reticente en esos temas, pienso que el material no se debería retocar en ningún momento para hacerlo más comercial.

—En eso estoy de acuerdo contigo, de las canciones no se van a modificar ni una nota. Es solo que, ya que mi otro acompañante en esta aventura no se atreve a subirse al escenario, no puedo hacerlo sola. Necesitaré un equipo detrás — usó el tono perfecto para afligirme.

—Minerva, no — Estaba nervioso —. No me hagas sentir mal, ¿vale? Es un tema que tengo muy claro, obviamente no voy a dejarte sola, pero no quiero ser una figura pública.

—Lo sé, y estamos tomando medidas. Tengo que proponerte algo — La dejé hablar —. Si tú no estás en ese equipo, el proyecto se va a la mierda. Ya te dije que no quiero hacerlo sin ti. Me encantaría que estuvieras en todo el proceso de grabación y en la gira. Haciendo lo que haces — Me cogió la mano —. ¿Qué opinas?

—Es trabajo, obviamente mi respuesta es afirmativa — Recordé mi situación de hace unos meses; sin trabajo fijo, sin una rutina y haciendo malabarismos para pagar los gastos —. Si te soy sincero, ésta era la

oportunidad que necesitaba y deseaba.

—Me alegro — Me apretó la mano que me sostenía desde hacía pocos segundos —. ¿Qué te preocupa? Antes de que viniera mi tío ibas a decirme algo.

—Voy a ir directo al grano — Noté su expectación —. Cuando la gira acabe, ¿qué harás?

—Irme de vacaciones. ¿Y tú? ¿Qué vas a hacer? ¿Te quieres ir a Londres?

—Querer no quiero, pero si no me queda otro remedio, volveré.

—¿Qué remedio hay? ¿Qué es lo que quieres hacer realmente? Sé sincero, no tengas miedo.

—Minerva, mi remedio eres tú.

Sus ojos me miraban intensamente, sus labios me pedían acercamiento y el color de sus mejillas denotaba aprobación. No tardé en acortar esa distancia con ella para fundirnos en un casto beso público. Pasaríamos las vacaciones juntos. Pondríamos rumbo a Barcelona. Sin billete de vuelta. Solo ella y yo. Pero para ello había que terminar con la gira.

Desestabilizada

Fin de la gira. Vacaciones. Descanso. Playa. Dominik. Mucho Dominik. Eso es lo que nos prometimos y lo que yo más deseaba.

Le di mi guitarra a Carlee al finalizar la actuación y miré a mis compañeros. A dos de ellos, el tercero ya se había largado. Ansgar, Mikkel y yo nos fundimos en un abrazo. Les apreté fuerte. Eran los hermanos que nunca tuve y estaba emocionada. Sabía que empezaba una nueva etapa y que viviría muchos cambios.

Me separé de sus brazos para ir hasta el camerino. Estaba oscuro y encendí la luz. La iluminación reveló a un Chris desencajado sentado en el sofá.

—¿Va todo bien? —pregunté.

—Obviamente no, joder —soltó—. Que rápido te has enrollado con otro. ¿Tan poco he significado para ti? Eres una zorra mentirosa. Me das asco — Se levantó del sofá y supe que estaba colocado. Muy desfasado y descontrolado.

—Chris, deberías dejar de drogarte de una maldita vez.

—¡Cállate joder! No eres una puta mierda para decirme lo que debo hacer — Se acercó a mí de forma rápida. Dejando pocos centímetros entre nosotros —. Todo son problemas, y todos me señaláis a mí como el culpable. ¡Y una mierda! Tú solita te has ido con otro, eres tú la que me ha dejado. Y la otra por olvidarse de tomar la píldora. ¡Joder!

—¿Qué? ¿Qué cojones es lo que estás diciendo? — Me acordé de Claudia y de su sorprendente revelación. No nos dijo quién era el padre y me temí lo peor —. ¿Has dejado embarazada a Claudia? — No obtuve respuesta, así que supuse que él era el padre de esa criatura —. ¡Serás hijo de puta! ¿Desde cuándo te la has estado tirando? ¿Me estuviste engañando? — Mi tono de voz empezaba a elevarse y la tensión iba en aumento. Seguía sin responder —. ¡Hijo de puta! ¡Cabrón!

—¡Tú habías cambiado! Notaba tu mirada de desprecio hacia mí. Esos loqueros te comieron la cabeza. Yo te quiero a ti Minerva. Mi vida es una puta mierda si no la compartes conmigo.

—Tú eres el único responsable de todo esto — Le golpeé con el dedo en su pecho, señalándole. Fue el gesto inicial para convertirlo en un huracán de destrucción.

Fue hasta la pequeña mesa del camerino y empezó a arrojar revistas, ceniceros y vasos que había en la mesita. Me hice un ovillo y me tiré contra el suelo. Intenté protegerme de todos los proyectiles que me estaba lanzando. El ruido era apoteósico y sus gritos ensordecedores. No dejaba de soltarme insultos de todo tipo.

—¡Zorra de mierda! ¡No vales para nada! ¡Estúpida! — Eso y más. Sin cesar.

Yo seguía encogida en el suelo hasta que me agarró de los brazos y me levantó de una sacudida. Miré sus ojos completamente dilatados y vi que había perdido el norte. Me zarandeaba mientras seguía dedicándome insultos y golpes.

Cuando llegó Jeff lo apartó de mí con la fuerza suficiente para que me soltara. Lo empujó con una energía considerable, librándome de su acorralamiento.

—¿Qué coño estás haciendo? —Soltó Chris—. ¡Tú no te metas, gilipollas! Tú has traído al imbécil que me ha robado a mi novia.

Jeff no pronunció ni una palabra. Yo fui lo suficientemente consciente para coger uno de los vasos y lanzárselo, pero no tuve la puntería suficiente para vengarme.

—¡Ni se te ocurra volver a tocarme, pedazo de mierda! — Toqué con mis dedos el quemazón en mi labio. Miré mis dedos y estaban manchados de sangre.

Justo en ese momento apareció Dom. Lo último que necesitaba aquella escena, pero lo primero que yo necesitaba. Me eché a sus brazos como una niña. No pensé en las consecuencias que podía tener aquel gesto sobre Chris.

—¡Ni se te ocurra tocarla, no la mereces! —rugió mientras Jeff lo mantenía alejado y apartado.

—¿Cómo dices? —dijo Dominik frío e impassible—. ¿Y tú sí? El día que realmente te veas te darás cuentas de porqué la perdiste.

—No me calientes, niño — El pobre Jeff no podía frenarlo más y fue incapaz de evitar que Chris se abalanzara hacia Dom. Pero este le propinó un golpe en la cara primero, dejando a la bestia algo traspuesto, pero con ganas de contraatacar.

Ansgar y Mikkel se interpusieron entre ellos para finalizar el inicio de una pelea mayor. Dos hombres que guerreaban por algo absurdo. Por mí. Nadie tenía que luchar por mi vida. Yo no era propiedad de nadie.

Me acerqué hasta Chris y fui clara.

—¡Estás como una puta cabra! ¡Compórtate como un jodido adulto! — exclamé temblando y entrecortada —. Tienes un hijo en camino, métete en una maldita clínica de desintoxicación y encárgate de tus putos problemas. Tú solo. Nadie puede ayudarte en esto — Le di la espalda y fui hasta Dom. Ansgar lo agarraba. No se fiaba que volviera a estallar una guerra de testosterona.

Le cogí del brazo temblequeando y me abrazó cálidamente entre sus brazos, intentando relajarme. Nos abrieron paso hasta el pasillo. Salimos a la calle y en cuanto el aire fresco me azotó en la cara me derrumbé del todo. Sentía dolor y decepción.

—¿Estás bien? — Se puso de cuclillas ante mí.

—¿Tú qué crees? Me ha agredido, tanto física como verbalmente. Además, me entero de que me ha engañado con otra dejándola preñada y casi os reventáis la cara en mis narices. No, no estoy bien Dom — Noté como sus brazos iban a rodearme pero me aparté. Estaba cabreada. Con los dos. Con uno por motivos obvios, y con el otro por entrar en el juego.

—Minerva, vámonos — Volvió a insistir con sus brazos, pero repetí el gesto —. Joder, yo nunca te haría daño. No me hagas esto.

—Casi te enzarzas con él en una absurda pelea. Con un tío que no está bien de la sesera, se supone que tú no eres como él. Nunca has sido violento, joder. Le has seguido el juego, justo lo que no se debe hacer.

—¿Y qué querías que hiciera? ¿Quedarme de brazos cruzados mientras te insultaba y te agredía? Y una mierda, si algo tengo claro a día de hoy, es que te protegería hasta con mi vida si fuera necesario.

—No, Dom — Le miré a los ojos y, por culpa de su azul cristalino, me estaba costando horrores seguir enfadada —. No quiero que seas como él. Tú no eres violento.

—No lo soy, ni lo seré. Estaré a tu lado en todo momento, para protegerte y cuidarte.

Le abracé y comencé a llorar en su hombro. La rapidez con la que estábamos llevando nuestra relación me daba vértigo, y me asustaba darme de bruces contra el mismo muro en el que me estampé con Chris. Le decía lo asustada que estaba en aquel momento y él solo me consolaba y abrazaba.

—Tranquila — Me rodeó entre sus brazos y me levantó —. Disfrutemos de esos días de vacaciones.

Paró un taxi y no dejó de abrazarme durante todo el trayecto. Apenas fui consciente del tiempo que estuvimos en aquel vehículo hasta el hotel. En

recepción pedimos una copia de la tarjeta de mi habitación y nos la dieron a regañadientes. Me llevó hasta allí y le sonó el teléfono. Supe que hablaba con Jeff por su tono de voz. Hablaban de Chris. No quería saber nada, así que fui al baño y me miré al espejo. Tenía un aspecto horrible de modo que me metí en la ducha.

Dom me dio el espacio que necesitaba. El cabrón tenía un sexto sentido para estas cosas que me gustaba demasiado. Estaba enamorada de él, y él de mí.

Salí con la toalla enrollada en mi cuerpo y me senté en el borde de la cama. Él seguía hablando por teléfono sin dejar de mirarme. Se despidió del interlocutor sentándose a mi lado y dándome un beso en el hombro.

—Tranquila — sus labios rozando mi piel me transmitían justo lo que me ordenaban —. Jeff traerá tu bolsa. ¿Necesitas algo más?

—Te necesito a ti.

Volvió a rodearme con sus brazos y me besó. Era tierno, dulce y tranquilo. Me transmitía la paz que durante tantos años no tuve.

—¿Cuándo quieres ir a Barcelona?

—Lo antes posible.

Me dedicó una sonrisa y fue al baño para ducharse. Yo, mientras, me puse el pijama y me tumbé en la cama con la mente perdida.

No podía acabar de asimilar lo que Chris había sido capaz de hacer. Entre él y yo hubo un amor loco. Nos atrajimos desde el primer momento y nos devorábamos con ansia. En aquella época me pareció un derroche de amor. En ese momento me parecía una locura.

Estaba tan metida en mis pensamientos que ni me percaté de la vuelta de Dom. Se tumbó a mi lado después de secarse y ponerse ropa cómoda.

—¿Necesitas hablar? — me preguntó.

—Estoy aturrida. ¿Cómo alguien que se supone que te ha querido, o te quiere, te hace algo así? Las drogas lo han podrido — Notaba que me escuchaba con atención —. Sí que es cierto que siempre había sido muy celoso. Incluso cuando empezamos sus celos eran violentos. Pero no hacia mí — Me rodeó con sus brazos, transmitiéndome bienestar —. Obviamente, en la anterior gira, después de todos los excesos, fui consciente de lo que nos estábamos haciendo y de su posesividad. Corté con ello de inmediato. No me gustó al verme en el espejo, y menos me gustó ver el tipo de relación que llevábamos. Y, para colmo, me estuvo engañando.

—Todo ha terminado —me dijo —. Tuviste la suficiente valentía para

darle cuenta de los problemas y darles una solución.

Picaron a la puerta y Dom fue a abrirla mientras yo me incorporaba. Jeff traía las cosas que dejé en el camerino y para ver cómo me encontraba.

—Están todos jodidos. Ansgar y Mikkel están destrozados. Ahora mismo se están haciendo cargo de Chris. ¿Qué pasará ahora? —preguntó Jeff.

—Lo que ha pasado ha determinado el futuro de todos.

—¿Qué quieres decir?

— Se acabó —respondí.

Paraíso mediterráneo

El primer día de aquellas vacaciones, Paul, el representante de Minerva, nos informó de que estaba preparando las instalaciones para la grabación de nuestro disco. Él se encargaría de reunir a los profesionales para hacer posible nuestra obra. Nuestras condiciones fueron claras desde el principio; no queríamos que se modificara nada y que se hiciera a nuestra manera. Un disco totalmente acústico y sencillo con un estilo opuesto a lo que Minerva estaba acostumbrada, pero que dominaba sin problemas.

—Ya está todo listo —dijo con una sonrisa dibujada en sus labios—. He hablado con Kiara y ha aceptado. Tengo muchas ganas de trabajar con ella.

—Nunca me imaginé que estaría a punto de grabar un disco con mis propias canciones.

—Siempre estás a tiempo de ponerte tú a las cuerdas.

—No, no, me dan pánico los escenarios.

—¡Lo que te da miedo es el público! —me reprochó burlona—. No eres consciente de lo que les estás haciendo, tienes mucho talento y deberías compartirlo.

—Por eso creo que no debería derrocharlo. Dosificarlo para las personas que realmente lo saben apreciar — Hice una pausa para dar un trago a la cerveza—. Cuéntame algo más sobre Kiara.

—Es la rebeldía femenina personificada. La viva imagen de Debbie Harry, extrovertida y con un ritmo a la batería impresionante —explicaba sentada en la hamaca mientras hacía pequeñas pausas para dar sorbos a un botellín de cerveza—. Muy temperamental. Cabreada es insoportable, pero es una buena chica.

Hablamos más rato sobre nuestra futura compañera. Sus vivencias en Noruega y el apoyo que se transmitieron la una a la otra. Me imaginaba a otra chica como Minerva; fuerte, con talento y con una belleza apabullante. ¿Formaríamos un buen equipo?

Los días de vacaciones pasaban muy rápido y podía acostumbrarme a aquello fácilmente; paseos por la playa, cocinar en su compañía día tras días y despertar a su lado. Hacer el amor en cualquier parte. Ver sus manos acariciar el piano y tocar la guitarra junto a ella. Todo aquello era

inmejorable. De las mejores vacaciones que había tenido en mi vida.

Estaba completamente enamorado. Como nunca antes había experimentado. La complicidad era brutal. Solo con mirarnos ya sabíamos cómo nos sentíamos o qué queríamos. Lo que percibía cada vez que hacíamos el amor era extraordinario. Me sentía en una puñetera nube.

Un día, cuando volvimos de correr por la playa, a primera hora de la mañana, recibió una llamada. Y no entendí nada de lo que decía, ya que hablaba en catalán. Con los días aprendí a diferenciar esos dos idiomas, aunque solo sabía decir cuatro palabras. Al colgar el teléfono me explicó que sus amigos habían organizado una cena y que querían conocerme. Iríamos a casa de su amigo Bruno. También era músico, así que ya tenía un tema del que hablar.

Por la tarde decidimos acabar de rematar los últimos detalles a las canciones y volverlas a reproducir. No tardaríamos en arreglarnos y poner rumbo hacia la casa de su amigo. A pesar de encontrarme en un lugar desconocido me sentía tranquilo. Si ella estaba a mi lado, y me quería, no tenía porque sentirme alterado.

Ella se duchó primero. Yo aproveché ese rato para hacer unas cuantas abdominales y flexiones. Debía seguir estando en forma para aguantarle el ritmo a aquella bestia de mujer. En cuanto salió con la toalla enrollada en su voluptuoso cuerpo la acorralé en la pared.

—Tranquilo fiero —me dijo excitada—. Guarda fuerzas para esta noche.

—Sólo me hace falta mirarte para querer hacerte el amor sin parar.

—Pues esta noche mírame mucho.

Me di una ducha de agua fría y me vestí rápido. Unos tejanos oscuros, “*converse*” y una camiseta negra acompañada de una camisa sin abrochar de cuadros blanca y negra. Y en cuanto la vi, me volví a enamorar. Llevaba un vestido camisero tejano oscuro con unos botines negros con tachuelas, sin medias. Su piel al descubierto. Por inercia me encendí.

—Estás preciosa.

Me sonrió y nos pusimos en marcha hacia casa de su amigo Bruno.

Por el camino me explicó que se conocían desde la infancia. Todos los veranos los pasaban prácticamente juntos y se habían vuelto una pandilla inseparable. Me avisó de que no dejarían de hacerme preguntas y, lo más probable, tocarme. Agradecí su advertencia.

Sus amigos me recibieron como el clima de aquel país, cálidamente. Allí

se saludaban con dos besos en la cara, pero aquellos me apretaban y abrazaban. No estaba acostumbrado a que gente desconocida fuera tan efusiva en su presentación. Olía espectacular. Me asomé a la cocina y pude ver pescado al horno. No había probado un pescado tan bueno. Desde que estaba en aquella tierra había degustado con Minerva cientos de productos mediterráneos, pero el pescado me había encandilado.

—Así que mi amiga tenía razón —dijo Bruno en mi idioma.

—Vaya que sí, y menos mal que nos hizo caso. Nos debes una, Dominik —me informó Andrea.

—Lo que queráis, estoy a vuestra entera disposición.

—Uy, cuidado con lo que nos sugieres, ¡somos tres lobas guapito! —Bruno me dio un leve azote en el culo cuando acabó su frase.

Miré a Minerva y vi como me observaba con una mirada brillante. Cogió una copa de cava y se humedeció los labios. Aquel gesto me excitó. A pesar de que la tenía a mi entera disposición a todas horas, no me cansaba del tacto de su piel. El calor que desprendía y su especiado olor.

—Es mi carne fresca, chicos —declaró Minerva —. Es solo mía — Empezó a caminar hasta mí, cogiendo una copa por el camino, para mí. Posó una de sus finas manos en mi hombro —. ¿Verdad, Dom?

—Cierto —respondí.

Noté como su mano descendía por mi espalda hasta mi culo. La dejó allí hasta que alguien entró como un huracán al piso. Un chico alto y delgado soltaba su mochila en una esquina del salón. Se acercó a Bruno y le dio un beso en los labios. No entendí ni una palabra de lo que dijo, solo el “*cariño*” que pronunció antes de darle el beso a su pareja.

—Lucas te presento a Dominik, la pareja de Minerva — eso sí que lo entendí. Me tendió la mano y se la estreché.

—¡Encantado! Se me había olvidado que Bruno me informó que practicaríamos el inglés esta noche.

Estuve conociendo a todos en general. Preguntando y contestando sobre profesiones y vidas. Bromeando. Hasta que Bruno nos sugirió que tomáramos asiento porque la cena estaba lista. La lubina sabía mejor de lo que olía.

—¿Eres cocinero, Bruno? —pregunté.

—Que va, cielo —contestó —. Lo mío es la economía y el violín, pero me defiendo.

—Pues te defiendes muy bien.

—Ves, cari, Dominik halaga mis artes culinarias —le dijo a Lucas.

—Amor, yo te halago cada día, el problema es que no solo te conformas con palabras —soltó guiñándole el ojo a su pareja.

—Qué rápido me convences, bribón — Dio un sorbo a su copa de cava mientras le devolvía el guiño.

María y Andrea estaban solteras y sin compromiso. Planificaban durante la cena donde podíamos ir a bailar. Minerva se negaba, hasta que le dijeron un sitio que le iluminó la mirada. La convencieron para ir a un local al que ella no podía negarse. Por lo visto era un lugar donde ponían música “*rock*” y preparaban unos “*Gin Tonics*” brutales.

Bruno y Lucas vivían en un apartamento cerca de la costa. La zona residencial se veía bastante nueva y cara. Se notaba que no iban mal de dinero.

Después de cenar Minerva me sugirió tomar el aire en el balcón. Observábamos las olas oscuras y escuchábamos el sonido de ellas deshacerse en la orilla. El olor a sal me tenía loco, me embriagaba.

—Has nacido para vivir aquí Dominik —interrumpió mi hipnosis con el mar —. El color en tus ojos y en tu piel lo demuestran. Te gusta estar aquí.

—Me gusta estar contigo — Me puse enfrente de ella —. Me da igual el sitio mientras sea a tu lado — Posó su mano en mi mejilla, acariciándome.

—No lo dudo, yo pienso lo mismo. Pero emanas una energía diferente y estás radiante. Apetitoso. Te has enamorado de esta ciudad.

—No te lo voy a negar — Me armé de valor para decírselo —. Pero más enamorado estoy de ti. Te amo, Minerva — La agarré de las caderas y la acerqué hasta mí. Posé mis labios en los suyos y, solo con ese gesto, supe que era ella. La compañera que escribiría conmigo el fin de nuestras vidas.

Yo también le amo

Su confesión me llenó de calidez. Yo también le amaba. Nunca antes lo había hecho tan profundamente. Esa sensación tan vertiginosa como es el amor me encantaba.

—Te amo, Dominik —contesté sin temblar—. Que no cambie nada.

—No lo hará — Seguía estrechándome entre sus brazos, hasta que Andrea nos reclamó para hacer un brindis.

Brindamos por el amor, la amistad y la sinceridad. Las chicas empezaron a hablar con Dominik y Bruno me enganchó en la cocina para hablar. Se le veía preocupado.

—¿Cómo estás? Apenas hemos hablado de lo sucedido — Sabía que se refería a lo de Chris —. ¿Le has denunciado?

—No — No había vuelto a hablar del tema, y no me apetecía —. Estoy bien.

—Me asusta que lo lloves por dentro — Me conocía demasiado bien. Habíamos sido confidentes durante muchos años —. Lo que tienes con este chico es especial, sé que suena típico, pero desprendéis un rollo tan tranquilo y familiar que no me gustaría que lo perdieras.

—Me ha confesado en tu balcón que me ama, así que va en serio.

—¿En mi balcón? Muero de felicidad —dijo mientras sacudía sus manos con euforia—. Se le ve tan tierno.

—Es muy tierno, atento, romántico y dulce.

—Lo mismito que Chris, sí, sí... —me recordó con ironía. Acordarme de él me producía angustia—. Lo siento.

—Estoy bien, es solo que está reciente y poco a poco voy siendo consciente de lo que aguanté — No podía negar que me daba miedo ir tan rápido con Dominik. La sombra de Chris no había desaparecido y me asustaba que se me pudieran cruzar los cables.

—Tranquila, no te precipites. Sobre todo exterioriza todo lo que se te pase por la cabeza. No te lo guardes para ti, egoísta.

Mi amigo tenía razón. Solía dejarme la angustia para mi solita hasta que estallaba en mil pedazos. Y debía controlarlo si no quería perder lo que estaba empezando con aquel hombre. Estaba enamorada. Era oficial y rotundo. Esconderlo no serviría de nada.

Nos fuimos los seis caminando hacia uno de mis pubs preferidos y Dominik y yo no nos soltamos en todo el camino. Como dos adolescentes que se acaban de enamorar locamente. Siendo honesta, éramos eso, pero sin estar en la pubertad.

Bebíamos, reíamos con los guiños de Bruno hacia Lucas, María y Andrea estaban en plan caza y nosotros dos seguíamos pegados. Con una mano sosteniendo la copa y la otra manteniendo nuestro contacto. El ambiente vibraba y emocionaba. La comodidad era un acompañante más entre nosotros.

“*Wicked Game*” de Chris Isaak se instaló en los altavoces del local. Todo el mundo dejaba su copa en la mesa y cogía a su pareja para bailar. Como si se pusieran de acuerdo al oír las cuerdas de la guitarra del inicio.

Dominik entró en el mismo trance que los demás. Cogió mi copa para que descansara en la mesa y me rodeó con sus brazos. Se mecía con suavidad y me arrastraba a la imitación. Nuestros cuerpos estaban solapados. Oscilábamos al ritmo del bajo y a cada movimiento su aroma entraba por mi nariz. Cerré los ojos y me dejé llevar. Sus labios susurraban aquella canción en mi oído, con su peculiar voz de Leonard Cohen.

Si ya estaba enamorada de él, después de aquello lo estaba aún más. Lo que me hacía sentir entre sus brazos era algo inexplicable y nuevo.

Volví a abrir los ojos y moví la cabeza. Se apartó de mi cuello y me miró fijamente con sus ojos azules. Comprendí que ya no había vuelta atrás. Quería permanecer cerca de él hasta el fin de mis días. Vivir cerca del mediterráneo y que la brisa marina nos despertara todas las mañanas. El frescor y la humedad de los árboles nos empaparan la ropa paseando por la montaña. Ir de su mano y no soltarme jamás.

Subí mis manos a su cuello y le obligué a acercar su boca a la mía. Besarnos hasta olvidarnos de que estábamos rodeados por parejas que hacían lo mismo. Perder la cabeza enredando nuestras lenguas y saboreando el limón y la ginebra en nuestros labios.

Nosotros no queríamos ponerle fin, pero Chris Isaak ya había finalizado su aparición.

—Te quiero Dominik —le dije cuando nos separamos—. Es tan fuerte e intenso que sé que no es solo amor, es algo más. Tú eres más.

Me abrazó. Repartía besos cálidos en mi cuello mientras me mantenía bien aferrada a su pecho. Sentía incluso los latidos rápidos de su corazón.

Separó nuestros cuerpos y me miró.

—Te amo, te quiero, te admiro, te adoro y te deseo —contestó sin apartar su mirada—. Eres la persona que necesitaba. Me embujaste con tu primera actuación, pero ahora me tienes enloquecido.

Con aquellas palabras era imposible separarnos para volver con mis amigos. Lo único que me apetecía era perderme con él. Donde fuera. A un lugar plácido y confortable, pero en su presencia. Dar rienda suelta a nuestros instintos y volvernos locos el uno con el otro.

—Cómo ha subido la temperatura en el local... —soltó Bruno interrumpiendo mi fantasía.

—Aquí estamos sin stock, nenes —nos informó Andrea haciendo referencia a que no habían solteros en la sala.

Dominik y yo volvimos a coger nuestras bebidas y dimos un largo sorbo. Los chicos seguían conversando con Dom y yo solo me limitaba a observarle. Tan tranquilo y educado como siempre. Fresco y sensato.

El ambiente en el local cambió de registro por completo. Bailamos con más intensidad y yo dejé de beber alcohol. Tenía que conducir para ir a casa y deshacerme entre sus brazos, así que no quería que me perjudicara más de la cuenta. Dom se bebió un “*Gin Tonic*” más, pero no dejaba de moverse con mis amigos. Yo no quería romper la atmósfera que se había formado pero me moría por salir de allí y estar a solas con él.

Miré mi reloj y eran las cuatro de la madrugada. Me acerqué al oído de Dominik y le susurré si quería que nos marcháramos. Respondió afirmando con su cabeza y mostrando una amplia y preciosa sonrisa.

Nos despedimos de Bruno y Lucas. María y Andrea estaban desaparecidas, no íbamos a esperar a que se dignaran a volver. Salimos del local agarrados fuertemente de la mano y, justo cuando llegamos a la esquina, me empotró con un suave movimiento contra la pared y estampó sus labios contra los míos. Sus manos rodeaban mi cara y la empujaban hacia la suya. Nuestras lenguas volvían a jugar dentro de nuestras bocas. Saliendo de la de uno para entrar en la del otro.

—Eres tú —le dije cuando nos separamos—. El hombre que he necesitado todo este tiempo.

—Y tú la mujer por la que he perdido la cabeza.

Nos rodeamos con los brazos y mantuvimos aquel cariñoso abrazo durante un largo tiempo. Después pusimos rumbo hacia el metro para ir hasta donde teníamos el coche aparcado y volver a casa. Algo en mi interior me provocaba una inquietud. Quería volver a casa, pero deseaba perderme. Ir a

algún lugar donde nadie pudiera localizarnos. Olvidarnos del teléfono. Solos él y yo.

Al llegar al coche, lo enchufé y en la radio sonaba “*Because the night*” de Patti Smith. Volvimos a mirarnos fijamente y nos sonreímos. La noche no había terminado para nosotros. No hasta que el sol nos dijera lo contrario.

Puse rumbo hacia casa pero al llegar a la urbanización fui directa a la playa. Aparqué justo donde empezaba la arena y salí. Me quité los botines y los dejé en el coche. Dom me imitaba. Dejándose llevar. Fui hasta la orilla andando a su lado y me senté con los pies estirados para que el agua del mar me los acariciara con su característico vaivén. Hizo lo mismo.

—Todo es nuevo. Sensaciones y sentimientos, que creía conocer, se aparecen por primera vez en mi corazón —dije mirando al horizonte. Mi pelo largo negro no dejaba de moverse hacia atrás por culpa de la brisa—. Tenía unos sueños que ahora no anhelo. Se han convertido en algo que ahora no necesito y que no quiero. Ha cambiado todo por completo.

—¿Con qué sueñas entonces?

—No lo sé — Giré mi cabeza para mirarlo. Sin duda el clima del mediterráneo le sentaba fenomenal —. Debo confesarte que me da miedo empezar una nueva gira. Sé que es totalmente diferente a lo que estoy acostumbrada, pero me da miedo. Aviones, hoteles, escenarios... ¿Qué me está pasando?

—No pienses en eso ahora — Recogí un mechón de mi pelo detrás de mi oreja —. Disfruta de estas vacaciones, ya tendremos tiempo para preocuparnos a la vuelta. ¿No te parece?

Y una bombilla se encendió en mi cabeza.

—He tenido una idea. ¿Quieres saberla?

El pescador y la sirena

La idea más buena que nadie me había planteado jamás.

Eran las ocho de la mañana y estábamos llegando a nuestro destino. Minerva me explicó que íbamos a un pueblo del norte de Cataluña llamado “*Cadaqués*”. Un poblado de antiguos pescadores y mucho arte. Lo poco que veía desde el coche me parecía asombroso. La sal, el mar y el encanto de las viviendas eran únicos.

Durante el trayecto me habló de que quería perderse. Incomunicarnos. Que nadie pudiera molestarnos en un par de días. Disfrutar de ambos en aquella maravillosa villa.

No es que no disfrutáramos de nuestras vacaciones, no era eso. Necesitaba pausar su vida y alejarse de la casa donde estábamos. Quería poner orden en su cabeza y requería de paz y buenos alimentos para realizarlo. Comprendí que llevaba una pesada presión sobre sus hombros. La decisión de dejar su grupo, empezar un nuevo proyecto con gente nueva y, sobre todo, el altercado con Chris le pasarían factura tarde o temprano.

—Llegamos —me informó una vez aparcó el coche.

Cogí la pequeña maleta que habíamos preparado a toda prisa y la seguí.

Bajamos hasta una cala donde había un hotel pequeño cerca de la orilla del mar. Entró decidida y fue a recepción. El edificio en su exterior aparentaba ser antiguo, pero por dentro residía la modernidad más absoluta.

Entregamos nuestra documentación pero no entendí ni una palabra. Lo único que era capaz de percibir era que la conocían. No me sorprendió en lo más mínimo.

Cogimos la llave y entramos en el ascensor.

—Así que ya te conocen.

—Sí —contestó con una sonrisa débil—. El año pasado estuve aquí de vacaciones. Poniendo en orden mi desestabilizado ritmo de vida.

—¿Y ahora?

—En compañía y queriendo resolver el rompecabezas que estaba a punto de finalizar.

Salimos del ascensor. Tranquilos. Yo me limitaba a seguir sus pasos hasta que se paró frente a una de las puertas y abrió. Al cerrarla, ambos nos dejamos llevar. Llevaba toda la larga noche deseando culminar entre sus

piernas. Una noche que nos arrastró a ver el amanecer en otro lugar.

Nos besábamos con pasión y ganas. Rodeó sus piernas entre mis caderas y la llevé hasta la cama. La posé con delicadeza sin alejarnos ni un centímetro de nuestras bocas. Con las manos fuimos deshaciéndonos de la ropa para quedarnos completamente desnudos. Solo nuestros cuerpos, las sábanas, la luz del sol y el olor del mar.

Agarré sus manos suavemente y las puse a la altura de su cabeza. Deslicé las mías por sus tatuajes hasta sus redondeados pechos. Mi lengua se dirigió a sus pezones provocándole una exhalación agitada. Fui bajando cada vez más hasta que llegué a su sexo. Húmedo y deseoso de que pasara mi lengua por ella. No la privé de ello y la saboreé con delicadeza. Disfrutando del movimiento de su cuerpo y de su exquisito sabor.

Agarraba con fuerza la sábana entre sus manos, gimiendo desde lo más profundo de su ser. Sentía como su sexo se empapaba cada vez más y se ponía duro. Mi juego no cesaba. Cada vez iba más rápido, sin dejar de ser suave. Sin olvidarme de ningún rincón. Retorciéndose y arqueando su espalda. Llevando sus gemidos a otro nivel. Respirando cada vez más fuerte y apretando sus manos.

Movía mi lengua en círculos para después cambiar de dirección a horizontal. Agarré con mis manos sus muslos y enterré más mi boca en ella. Siguiendo con el mismo procedimiento hasta que, por sus jadeos, supe que la había llevado al orgasmo.

Relajó su espalda contra la cama y me puse encima de ella. Me rodeó con sus brazos y me besó. Compartimos su salado sabor y me cambió de posición para tomar el control. Estaba encima de mí. Paseando sus manos por mis pectorales y sin dejar de besarme. Sus dedos fueron descendiendo del pecho al abdomen y del vientre a mi duro miembro. Lo rodeo y empezó a masajearlo. Con fuerza y pericia me masturbaba. Me tenía inmóvil.

Apartó sus labios de los míos y, sin dejar de agarrarme el pene, me montó. Colocó sus dos piernas a cada lado de mi cuerpo y acomodó el glande desnudo en su vagina. Levantó los ojos hasta encontrar los míos y, manteniendo firme la mirada, descendió su pelvis haciendo que entrara en ella. Sin ningún tipo de barrera entre nosotros. Piel con piel.

Se movía con cautela y suavidad. Haciéndome sentir cada rincón de su piel. Disfrutando de nuestra unión. Llevándonos a un nivel superior. Provocándome unos gemidos suaves y exasperantes.

Su melena se movía al ritmo que ella marcaba. Enmarcando su rostro hasta

la cintura. Levantaba sus brazos para apartarse los mechones rebeldes que se apoderaban de su cara. Enseñándome sus preciosas facciones y sin perder de vista mi mirada. No perdíamos el contacto visual en ningún momento. Tenía los ojos más oscuros que nunca antes había visto. Una oscuridad que no le hacía justicia. Ella era luz, valentía y puro fuego. Poseía una mirada preciosa, fuerte y determinante.

Toda aquella situación me estaba llevando al límite.

—Necesito ponerme un preservativo —le informé.

—Entre tú y yo ya no habrán más barreras, a partir de hoy se acabaron — me susurró volviendo cerca de mis labios y besándolos. Sabía que tomaba anticonceptivos, pero en ningún momento la presioné para dejar de usar condones. Era una decisión suya. Y ya la había tomado. Bendita fuera.

Aproveché su acercamiento para rodearla con mis brazos y volver a tumbarla contra la cama. Me puse encima de ella y empecé a marcar el ritmo.

Mis manos rodeaban su cara y mis labios la besaban, mientras, mi pelvis se movía hacia ella con sus piernas enrolladas en mi cuerpo. En cada estocada iba aumentando el ritmo. Las respiraciones eran cada vez más agitadas y los gemidos eran suaves y pasionales. Dejé que el ritmo me dominara y nos condujera a un mar de placer. Ambos estábamos unidos en aquel lujurioso acto.

Suavidad. Pasión. Unión. Comprensión. Amor.

No existían mejores palabras para definir lo que sentíamos. No quería separarme de ella nunca. Lo último que deseaba era perderla. Me había hecho dependiente de su espíritu y de su cuerpo. Era la responsable de que mi cabeza hubiera empezado a pensar en un futuro lejano.

Seguía penetrándola. Sintiendo cada vez más la llegada del placer. Acelerando el ritmo para darle la bienvenida.

No necesitaba palabras para saber que ella también se unía al recibimiento del gozo. Me introducía en ella con más fuerza, notando la presión en mi pene, arrojándola al placer. Al verla gemir de aquella manera no pude evitar correrme.

—Te amo Dominik —me susurró mientras cogía aire y yo me recostaba encima de ella.

Sus tatuados brazos descendieron hasta quedar reposados en la cama. Yo me hice a un lado, saliendo de su interior para abrazarla de otra manera. Observé el perfil de su rostro; piel blanca, melena y ojos oscuros con unas pestañas infinitas, nariz puntiaguda y labios carnosos.

Deslicé uno de mis dedos por su bello perfil. Cuando se posó en sus labios lo besó. Seguí el recorrido descendente por su fino cuello. Fui deslizand entre sus dos redondos pechos hasta su vientre. Era el culmen de mi vida. La horma de mi zapato. La solución de mi soledad. La chispa necesaria para prender mi fuego. El deseo personificado.

El color azul. El agua. El olor del mar. La arena. El sol ardiente. Las olas. Aquello era lo que mis ojos veían desde el pequeño balcón de la habitación. Y a mi espalda Minerva durmiendo completamente desnuda sobre la cama.

Era la una del mediodía y apenas había dormido cuatro horas. Estaba ansioso. Sentía curiosidad por pasear por aquel pueblo con Minerva. Nada más despertarme me duché y me puse unos calzoncillos para sentarme en uno de los asientos del balcón a observar aquella maravilla. Tenía razón. Me encantaba estar en aquella tierra. Era una sensación extraña pero muy confortable. Nunca antes había estado tanto tiempo en la costa mediterránea, pero me sentía como en casa.

Unos brazos me rodearon por detrás.

—¿Por qué no me has despertado? —me preguntó cerca del oído, en un leve murmullo.

—Pensé que estarías cansada — Acariciaba las finas extremidades que me rodeaban.

—Voy a ducharme y vamos a comer algo, estoy hambrienta — Me dio un leve beso en los labios y se metió en el baño.

Fui a por mi maleta y me vestí. Bermudas negras y camiseta fina de algodón de color gris. Me puse unas “*converse*” bajas negras.

Ella no se hizo esperar. Salió desnuda y empapada de la ducha. No podía dejar de mirarla. Fue hasta sus cosas e hizo lo que minutos antes había hecho yo. Se enfundó en un bonito conjunto de ropa interior, que no dudaría en devorar a la vuelta, una camiseta larga que hacía de vestido con la calavera de “*Misfits*” y, para no variar, las mismas “*converse*” que yo.

Cogimos la cámara de fotos y salimos del hotel. Me explicaba que iríamos a comer a un restaurante donde hacían unas paellas exquisitas. Después a pasear y visitar un museo del poblado. Al parecer era el favorito de Minerva.

Tomé la cámara e hice fotos de todo. A las calles repletas de flores, gente paseando con sus atuendos veraniegos, niños jugando en el suelo y a la mujer que había robado mi corazón. Me estaba convirtiendo en un sentimental, pero estaba profundamente enamorado.

Su manera de hablar con la gente, la amabilidad y el cariño que

derrochaba, la sonrisa enorme y las carcajadas que mostraba cuando hacía el payaso. Ella era la mujer que tanto tiempo había buscado y la tenía frente. Disfrutando de un plato de paella sin preocupaciones. El color en sus mejillas sonrojadas por las copas de vino y la felicidad de un postre enorme de chocolate. Lo devoró como una niña pequeña.

—Acércate —le dije arrimándome a ella y levantando mi mano derecha hacia su cara. Se había manchado la comisura de los labios con el postre, y sabía lo mucho que le gustaba que le hiciera aquello. Me obedeció y pasé mi dedo por sus labios para limpiarle el chocolate —. Ya que no me has dado ni un mísero trozo de postre, me conformaré con probarlo de tus labios.

Me metí el dedo en la boca y vi como sus mejillas se sonrojaban de placer. Sus labios se entreabrieron soltando una exhalación que me alcanzó. Aquello me llevó a besarla de inmediato, con el sabor del chocolate en su boca y en mis labios. Su lengua sedosa entraba en la mía y yo la recibía gustoso. Nos dio igual que el restaurante estuviera atestado de gente. Nosotros seguíamos unidos por nuestras bocas y dejamos que nuestras manos hicieran el resto. Enredé mis dedos en su melena acercándola más a mí.

Ella me devoraba igual que había engullido el dulce final del menú. Y que siguiera haciéndolo, hasta el fin de nuestros días si era posible. Corría el riesgo de morir por sobredosis de azúcar, pero era lo que mi cuerpo necesitaba y evocaba. Me sentía en la cima de la “*montaña amor*”. Una que había intentado escalar varias veces sin lograr llegar a la cumbre y, joder, sabía que con ella lo había conseguido.

—Disculpen, siento interrumpir —susurró el camarero a nuestro lado —. La cuenta — Dejó un platito de madera con la factura.

Nos separamos y empezamos a discutir sobre quién pagaba la cuenta. Gané.

Eran las ocho de la tarde y paseábamos descalzos por la orilla de la playa. Sujetando el calzado con una mano y con la otra agarrándonos mutuamente. Habían más parejas como nosotros y también niños jugando con las palas o pelotas hinchables.

—Tienes razón —le dije mirándola caminar a mi lado —. Siento que este es mi sitio. Pero lo es gracias a ti. Sin tu presencia no lo sentiría igual — Vi como su mirada brillante me escrutaba plácidamente —. Esto no tendría sentido si tú no fueras mi acompañante.

—Do... — Iba a pronunciar mi nombre pero la interrumpí sellando sus labios con los míos.

—Mi... —susurré separándome un poco para volver a acercarme a ellos.

Las dos únicas notas que se juntaban en aquel pentagrama llamado orilla del mar. Con la clave de sol a nuestra izquierda y apagándose poco a poco. Avisándonos de que la noche llegaría en cuestión de minutos.

Volvimos al hotel para darnos una ducha rápida e ir a cenar. Minerva conocía un restaurante donde servían unas tapas riquísimas y tenía banda en directo. Adoraba estar rodeada de música a todas horas. Para ella la música no era trabajo, era una filosofía de vida.

Cuando salió del baño arreglada la vi diferente. Era la primera vez que la veía con la melena totalmente recogida. Llevaba un moño bajo trenzado. El vestido de lino negro con tirantes dejaba sus hombros, sus brazos y parte de su pecho al descubierto. Podía contemplar sus tatuajes sin ningún problema.

Apenas se maquilló. El rosado de sus mejillas era producto del sol de la tarde. Estaba preciosa.

Se colocó unos zapatos de esparto negros para disimular que le sacaba veinte centímetros y me miró. Me regaló una sonrisa y supe claramente que podíamos irnos.

Yo fui algo más sencillo, camisa de manga corta de cuadros negra y azul y unos tejanos finos desgastados tobilleros. Volví a ponerme las “converse”. No solía ser un tipo que variara su estilo. Era de los que tenían las cosas muy claras y que, cuando algo te quedaba bien, ¿por qué cambiarlo?

Comimos “*suquet*” de pescado, nunca antes había probado algo tan rico. Langosta y anchoas, deliciosos. Dorada al horno con guarnición y acompañada de una botella de vino blanco. El postre fue lo que más me gustó. Una especie de bizcochitos con forma de tapones de cava embadurnados con ron. Una maravilla gastronómica. Se comía demasiado bien en aquella tierra. Y si algo empezaba a tener claro, era que me gustaría vivir en ese país. Me había prendado del lugar igual que de Minerva.

Después de la cena nos sentaron en una mesa cerca del escenario. Había un grupo de Jazz amenizando a los comensales y a los que tomaban una copa como nosotros. Pedimos un par de “*Hendrick’s¹¹*” acompañados de una rodaja de pepino y a disfrutar de lo que quedaba de noche.

El pianista miró hacia nuestra mesa y abrió los ojos de golpe. Vi como Minerva le saludó con la mano con una sonrisa amable. Ese gesto era el más característico en ella.

Cuando los músicos finalizaron la canción hicieron un parón. Aquel

músico se acercó a nosotros y ella se levantó para darle un gran abrazo. Hablaban en catalán.

—Jorge, te presento a Dominik —presentó con su perfecto inglés.

—Encantado — Me tendió la mano y se la estreché —. Tuve la oportunidad de estudiar durante unos años con ella. Es una máquina.

—Tiene un talento sobrehumano.

—En eso estoy totalmente de acuerdo —contestó—. Podrías subir y tocar algunas canciones, mis compañeros están deseando que lo hagas.

—¿Cómo voy a negarte algo? — Volvió a mostrar su amplia sonrisa.

Me dio un beso en la mejilla y fue a sentarse a la banqueta del piano. Lo ajustó, se sentó y presionó unas pocas teclas emitiendo un sonido que calló a los allí presentes.

Mi corazón palpitaba sin cesar.

La canción del pájaro

Me puse nerviosa. Siempre que tocaba sola en el escenario un sudor frío me recorría todo el cuerpo. Todas las miradas estaban puestas en mis manos y me imponía perfección. Errar una nota me producía un malestar enorme.

Jorge me acercó un micrófono con su soporte y lo ajustó a mi altura. No dejé de pulsar aquellas teclas blancas y negras en ningún momento. Me gustaba aquello. Tocar la guitarra de manera bestial había sido mi aspiración desde pequeña, pero acariciar aquellas clavijas y sacar mi alma era una intimidad.

Todos mis profesores de música, y mi madre, destacaban la pasión que transmitía hacia el público. Sobre todo en el piano. Al sentarme enfrente de uno me sentía desnuda. Abría las puertas de mi interior y dejaba salir mi espíritu. Me entraban ganas de confesar todo lo que me pasaba por la cabeza y, la parte más importante de nuestro cuerpo, el corazón. Y necesitaba expresar lo que sentía en aquel maravilloso momento. Amor. El efecto que me producía aquel hombre. La paz, la tranquilidad y la estabilidad que me concedía.

—Buenas noches —susurré al micrófono sin dejar de tocar el piano—. Desearía que le dijeran a la persona que aman lo que realmente sienten. No lo escondan. Desarrollen o terminen la historia. No se queden en punto muerto. No pierdan el tiempo y déjenlo fluir. Salten a sentir.

Me aparté un poco del micro para coger aire y empezar con la canción que había escogido mentalmente. “*Songbird*” de Fleetwood Mac. Una canción de lo más romántica y empalagosa.

—Nunca había amado así antes — Miré a Dom antes de empezar a cantar. Vi que Jorge le habló al oído y supuse que le tradujo mis palabras.

Empecé a cantar aquella canción. Una declaración explícita. Sin secretos. Me apetecía decirle “*te quiero*” a todas horas y a diferentes volúmenes. Y tenía toda la razón. Nunca antes había sentido algo parecido por alguien.

Siempre pensé que todas las personas del mundo eran románticas. Los que solíamos decir que no éramos nada sensibles, era porque no habíamos amado de verdad con anterioridad. Cuando quieres con todo tu corazón, harías lo que fuera por no perder a la persona que amas. Y era lo que me estaba pasando. Enamorarme de alguien como Dominik me había hecho cambiar

aspectos de mi vida que no concebía; relajar mi ritmo de vida, buscar nuevos proyectos y, lo más impactante, formar una familia.

Si mis padres me vieran con Dominik, se quedarían alucinados. Ahora entendía las cosas que me habían explicado. Comprendía porque se demostraban día a día el amor que se profesaban. Es algo que no se puede esconder. El brillo en los ojos, la piel resplandeciente y la sonrisa constante.

Mientras cantaba aquella canción era feliz. Hacía tiempo que me había desviado del camino del bienestar. La filosofía de sentirme próspera y contenta conmigo misma. Había vuelto y no quería perderlo. Nunca más.

Terminé la canción y los presentes aplaudieron. Me levanté e hice una reverencia al diminuto público. Su ovación fue un poco más intensa. Lancé besos y bajé del pequeño escenario. Caminé rápida hacia Dom mientras contemplaba su sonrisa y sus ojos azules. Brillaban. Estábamos en sintonía. Unidos por una fuerza feroz. Más feroz fue el beso que me dio en cuanto me acerqué a él. Era puro fuego y pasión.

La primera impresión que me llevé de él no fue precisamente esa. Pensé que era un estirado amargado. Nada que ver. Las apariencias engañan.

Jorge y la banda volvieron a tomar posiciones. Dom y yo nos tomamos la segunda ronda, cortesía del propietario del restaurante.

Volvimos al hotel caminando despacio mirando las estrellas desde el borde del mar.

—Has cambiado mi mundo, Dom —confesé—. Mis ambiciones han cambiado. Me planteo cosas que antes no consideraba posibles — Me pasó su brazo por los hombros aportándome el calor que necesitaba, la brisa marina refrescaba —. Tenía una idea de lo que era amar. Mis padres me lo enseñaron desde pequeña. Las caricias, los besos y la importancia de decir “*te quiero*” las conocía. Ahora he ido un paso más allá. Hoy, y para el resto de mi vida, entiendo lo que significa — Paré de caminar y me puse frente a él —. Te quiero.

—Minerva, me completas. Era la parte de mi vida que faltaba por llenar. Te amo — Me rodeó con sus brazos.

Juntamos nuestras caras y nuestros labios.

Cuando nos besábamos siempre lo hacíamos con amor. Pero aquella vez fue la primera en la que tenía claras las cosas. Quería tener una vida con él. Una historia que desarrollar a su lado y aprender de los errores que nos esperaban.

Retomamos el camino hacia el hotel en silencio. Solo el sonido de nuestros pasos y el mar. La sensación del calor en nuestra mano y la brisa fresca en nuestra cara. El olor de ambos y el de la sal. No quería que aquello acabara. Nunca. Vivir eternamente en aquella costa y olvidarme de los problemas que había aparcado. Necesitaba sentir aquella paz después de tanta tormenta.

Entramos en la habitación de hotel y, como habíamos hecho por la mañana, nos volvimos locos.

Lenguas, manos, suspiros y dientes coexistían sin molestarse en lo más mínimo. Yo gemía levemente mientras me daba pequeños mordiscos en el cuello. Nuestras manos nos iban desnudando con agilidad y las lenguas viajaban por todos los rincones de nuestro cuerpo.

En ropa interior me agarró con fuerza y me llevó hasta la cama. Suavemente me tumbó y, con paciencia, acariciaba mi blanca y tatuada piel. Sentí frío por sus caricias y la ventana que estaba abierta. Los pezones se me endurecieron dentro del sujetador y, como si tuviera telepatía, me libró de aquella prenda. La dureza empeoró en cuanto se metió uno en la boca y jugueteó con delicadeza. Gemí.

Mientras saboreaba mis pechos noté su mano deslizarse por mi abdomen y, sin meter la mano en las braguitas, empezó a frotarme. Sollocé más fuerte.

—No pares... —susurré.

—Estaría loco si parara de saborearte —contestó mientras subía su boca a mis labios y me volvía a besar con ternura.

Acabó su beso para continuar con el resto de mi cuerpo. Cada vez más abajo. Y más. Y más... Hasta que posó su boca en mi sexo cubierto por la braguita. Un nervio en el estómago se me acomodó. Sentía ansiedad para que me devorara sin estorbos.

Levantó su mirada hacia la mía y sonrió de medio lado. Introdujo uno de sus hábiles dedos entre la tela y los arrastró hacia abajo. Volví a suspirar y él volvió a acercarse a mi humedad. Y, como en nuestra primera vez, besó mis muslos y mis ingles. Me producía cosquillas y no podía evitar reírme. Hasta que la punta de su lengua se paseó por mis labios vaginales.

—Te quiero —solté al primer contacto mirándole. Paró y vi su sonrisa. Volvió a bajar y repitió el mismo movimiento — ¡Joder! — Tenía el sexo muy sensible, prieto y muy húmedo, cualquier roce me provocaba un suspiro. Elevó su cabeza otra vez y levantó una ceja —. ¡Te quiero!

Enseñó una amplia sonrisa y restregó su lengua otra vez. En esta ocasión no paró y yo no dejé de decirle que lo quería. Cada vez que lo hacía subía la

intensidad con la que me saboreaba. Iba a correrme en breve. Posé mis manos en su cabeza y le obligué a continuar.

—Oh, sí, vas a matarme... ¡Te amo! —concluí con un orgasmo brutal.

Perdí mi espíritu en aquel momento. Me arrastré a sus brazos y me dejé llevar por la lujuria y la pasión del momento. Hicimos el amor en todas las posturas posibles y usando todo nuestro cuerpo. El sonido del mar y nuestros gemidos eran lo único que llenaba la habitación del hotel.

Jodidamente especial

Era preciosa. Como el amanecer lluvioso que estaba contemplando. El chaparrón cubriendo el mar y el sol que no quería despertarse.

Me di la vuelta para contemplarla. Cubriendo su desnudez con la sábana y mirándome. Sus ojos no estaban abiertos del todo y su pelo estaba enmarañado. Quería despertarme así cada mañana. Nunca había deseado tanto a alguien. Ni a Marie. Y eso me asustó.

En pocos días volveríamos a la rutina y no sabía si lo que se había creado entre nosotros perduraría mucho tiempo. Ese pensamiento negativo se alojó en mi cabeza desde que abrí los ojos aquella mañana. Siempre he pensado que el amor sin dolor no existe, y me aterraba la idea.

Me tendió la mano y fui hasta ella. La abracé tiernamente y me rodeó con sus brazos. Todas mis ideas se esfumaron por la ventana junto a la lluvia. Aquella mujer me hacía olvidarme de las preocupaciones y responsabilidades, era increíble. No quería perder aquello por nada en el mundo.

Nuestra escapada de cuento terminó y el trabajo nos abofeteó en la cara para devolvernos a la rutina. Decidimos junto con Paul grabar el disco en Barcelona. Él se encargó de alquilar un pequeño estudio de grabación en el centro y, cuando entré por primera vez, sentí una sensación extraña. Fue un temblor frío por toda la espalda. Como si mi cuerpo se mimetizara con el entorno e hiciera de aquel recinto mi hogar. Me gustaba aquello.

—Ha aceptado —nos informó Minerva cuando colgó el teléfono—. Ni se lo ha pensado. El único inconveniente es que no va a llegar a tiempo.

—¿Conocéis a alguien de confianza para la batería? —preguntó Paul.

—Sí —respondimos al unísono y nos miramos. Jeff.

La discográfica lo llamó y en dos días lo teníamos con nosotros.

—Vaya cambio de registro, Minerva. Cualquiera diría que estás enamorada...

—Qué cosas, ¿verdad? —dijo mientras se hacía una trenza en el pelo para que no le molestara mientras tocaba la guitarra.

—Sois unos cabrones, pero me alegro.

Yo me limité a sonreír y empecé a ensayar con ellos. La batería y las dos

guitarras. Tocamos la primera canción y nuestras voces cantaban al unísono. Dos voces completamente distintas pero que encajaban a la perfección. Cuando levantaba la vista de la guitarra era para mirarla y pude ver como ella hacía lo mismo conmigo. Aquella situación me recordó a la primera vez que tocamos juntos. En Italia, compartiendo una púa y soledad.

Cuando acabamos de interpretar la primera canción vi como el equipo estaba tras el cristal. Atentos a lo que tocábamos. Paul se acercó al comunicador de la sala con los ojos de par en par.

—¿Dom estás seguro de no querer participar? Es jodidamente bueno, especial.

—Sí, lo tengo clarísimo. Ahora soy muy valiente, pero en cuanto veo a más de treinta personas mirándome, me cago vivo.

—Joder, es una lástima tío —maldijo Paul.

—Siempre se lo hemos dicho, pero el niño es muy tímido. Un alma solitaria —se mofó Jeff.

—Dom, tienen razón —dijo Minerva mirándome a los ojos—. No puedo hacer esto sin ti.

—Y no lo harás sin mí. Estaré a tu lado en todo momento — Dejé la guitarra en el soporte y me acerqué a ella —. He tenido miedo escénico desde que era un crío y soy feliz así.

—Sabes de sobra que lo que hemos creado juntos, tenemos que hacerlo juntos. Si no tocas conmigo estas canciones pierden todo el sentido.

—Eso es lo que te parece a ti — Recogí un mechón que se había soltado de su trenza para ponérselo tras la oreja —. Ya hemos hablado de esto.

—Lo sé —me dijo con una sonrisa.

Me cogió la mano y se la acercó a sus labios. Me aportaba la paz necesaria para hacer todo aquello. Yo era alguien tranquilo, pero toda aquella parafernalia me asustaba. Por suerte ella tenía la experiencia necesaria para aconsejarme y guiarme en aquella aventura.

Una tarde Jeff recibió una llamada inesperada. Por su cara parecía sorprendido. Me explicó que Carlee había cogido un vuelo y una noche de hotel para vernos a los tres. Ya estaba en el aeropuerto cuando lo llamó.

—La muy loca va y se presenta aquí sin avisar antes —se quejaba desde los asientos traseros del coche. Camino al aeropuerto.

—¿Y qué más da? — Intentaba tranquilizar a Jeff desde el asiento del copiloto. Minerva conducía el coche mientras no dejaba de reírse de la

situación —. Quería vernos y ya está, no le des más vueltas tío.

—Está pirada —sentenció.

En cuanto aquella diminuta mujer nos vio corrió hasta nosotros para darnos un enorme abrazo. Repetía sin parar que nos había echado de menos pero la noté distinta. Estaba como más seria y pensativa. Desprendía la misma energía, pero de otro modo.

Fuimos hasta el hotel para que dejara la mochila y se refrescara del avión. No tardó ni media hora en bajar y darnos otro abrazo a cada uno. Seguía repitiendo lo mucho que nos había añorado, aquello me confirmaba algo malo. Solía ser un desconfiado en potencia.

Minerva propuso ir a cenar a un restaurante Tailandés del centro de la ciudad. Ninguno se opuso al plan, a los cuatro nos gustaba comer y probar cosas nuevas.

Carlee nos sometió a un tercer grado en cuanto a la grabación del disco y de nuestra situación. Estaba encantada con lo bien que se nos veía juntos. Hasta que Minerva le preguntó por sus vacaciones. La cara le cambió en un visto y no visto. No suelo equivocarme con mi escrutinio visual.

—¿Qué ha ocurrido?

—Me he enamorado y desenamorado en menos de un mes. Eso es lo que me ha pasado — Cogió la copa de vino y dio un largo sorbo —. Una decepción enorme.

—¿Tú? ¿Enamorada? —dijo Jeff sorprendido —. Si me pinchan no me sacan sangre. Pero si hay que pegarte las bragas al culo...

—Eso es lo que parece, capullo —contestó —. Pero soy una chica que se enamora con demasiada facilidad. En conclusión, una mierda.

—Pero a ver, ¿cómo, cuándo, dónde, por qué?... —interrogó Minerva.

—Después de todo el jaleo que se armó volvimos todos a Londres. Allí nos acabaron de explicar como quedaba todo y en qué situación quedaba el grupo. Nos dijeron que habría un descanso largo que, por lo que veo, será indefinido.

—No si buscan a un sustituto — Minerva tenía las cosas claras respecto a “*Vulcano*” —. Por el momento no entra en mis planes volver a tocar con ellos. No me gusta decir nunca, porque me puedo comer mis propias palabras. Mikkel y Ansgar son parte de mi familia y siento que les he fallado.

—No les has fallado, te entienden perfectamente. Lo que pasó con Chris estropeó por completo la banda. Mikkel lo tenía muy claro. Tienes todo su apoyo.

—¿Tienes algo que explicarme? —preguntó con los ojos medio cerrados a modo de sospecha —. ¿Cómo sabes tanto sobre los pensamientos de Mikkel?

—Me propuso irme con él a su país para descansar. Siempre me había sentido atraída por él, ya sabes, un vikingo en potencia. Y me enamoré perdidamente de él — Volvió a coger la copa para dar otro largo sorbo de vino y crear suspense en el ambiente. Nosotros esperábamos su historia con impaciencia —. Me dijo que desde que nos enrollamos una noche no se había olvidado de mí y, bueno, yo tampoco lo hice. Nunca le dije nada porque no noté ningún tipo de reacción por su parte a mis indirectas posteriores. Así que pasé totalmente de él y seguí a mi rollo.

<<Y, joder, el amor es un grano en el culo — Nos miró y enseguida gesticuló con su manos a modo de disculpa —. Perdonad, al menos en mi caso lo es. Sé que en algún momento llegará el supuesto amor de mi vida y me hará dejarlo todo y volverme tonta. Pensaba que me pasaría eso con Mikkel. Pero no. Soy una persona muy activa, alegre y con muchas ganas de comerme el mundo.

—Mikkel es todo lo contrario —soltó Minerva a modo informativo.

—Exacto. Y eso fue lo que pasó. Somos incompatibles.

A Jeff y a mí nos sorprendió mucho la declaración de aquella diminuta chica, pero nos mostró algo que no conocíamos. Y, durante lo que quedó de cena, noté el cambio en la mirada de mi mejor amigo. Suceso que confirmé rumbo a un Karaoke de la ciudad. Íbamos caminando unos metros por detrás de las chicas y me dijo que se había quedado pasmado con la historia que Carlee nos había explicado. Era como la revelación de que una máquina de alto voltaje se hubiera vuelto humana y llena de sentimientos que desconocías que poseía.

Se me cruzó una idea en la cabeza. Aquella noche mi deber era ejercer de celestino. Haría lo posible para que no olvidaran esa noche y se dieran una oportunidad. Eran compatibles al cien por cien.

Sólo me hicieron falta tres rondas de Tequila y cantar a dúo con Jeff la canción "*From me to you*" de los Beatles. Y le pillé tanto el gusto al micrófono que me animé con otra canción del mismo grupo para Minerva, había notado que su humor estaba cayendo en picado y me veía en la obligación de remontarla. Le dediqué "*I want to hold your hand*" con toda la pasión que pude. Pero aquella noche no estaba siendo como todas las demás, ella tenía la cabeza en otra parte. No quise insistir. Entendí que recordar los sucesos de unos meses atrás no era plato de buen gusto y que estaría

empezando a digerirlos.

La grabación fue sencilla y sin prisas. Todo fue rodado. Las bromas de Jeff, el apoyo del equipo y la realización profesional de grabar un disco propio. Pensaba que aquel era el inicio de nuestra sólida carrera. Pero me equivocaba por completo. Me sentía en la base de una montaña donde no era capaz de ver la cima, solo una subida cada vez más complicada.

Confundida

El día que llegó Kiara, como un torbellino, dábamos comienzo a una extensa sesión de fotos. Hacía años que no la veía y, sinceramente, tenía muchas ganas de nuestro reencuentro.

Habíamos sido compañeras en Noruega y tuvimos una conexión especial. Éramos muy parecidas y pronto nos hicimos inseparables. Aunque los proyectos y las giras pusieron tierra de por medio, aquello no nos impidió mantener el contacto de vez en cuando.

—Bueno, así que ya no estás con el huracán Chris, ¿eh?

—No —le contesté mientras nos tomábamos un café antes de la sesión de fotos—. Se complicó demasiado.

—Y dime, ¿dónde te has dejado a la nueva conquista? ¿Este te deja más libertad?

—¿Dom? Él es diferente — Se me escapó una media sonrisita.

—No cambiarás nunca —me soltó—. Dices lo mismo de todos los tíos con los que acabas enrollada, y no es por malmeter cielo, pero disculpa que no me lo crea.

—Joder, ¡ni que hubiera estado con veinte tíos!

—Eric, Abel, tú querido Carlos, Jensen el dios nórdico, la bestia de Chris y ahora el Lord Dominik.

—Eres una cabrona —le dije riendo—. Dom es diferente, créeme. Estoy realmente pillada por él.

—Mira, cariño. Te entiendo, pero sabes que soy muy sincera y que no puedo retener mis inquietudes. Creo que sois demasiado distintos. Vivís en mundos totalmente opuestos. Tú eres una bomba a punto de explotar y él es una balsa de aceite. Sé que no acabará bien, y te deseo lo mejor, de verdad, pero no quiero que sufras.

—Estás pirada — Me levanté y zanjé la conversación. Lo último que necesitaba era a una persona que me confundiera más de lo que estaba. Me sentía inestable.

Realizamos la sesión de fotos y, a medida que nos iban pidiendo poses, mis pensamientos me atormentaban. ¿Y si Kiara tenía razón? Hasta el momento nunca se había equivocado. Tenía una intuición femenina muy desarrollada. Era como un oráculo.

Cuando acabamos de hacer aquel dichoso paripé me propuso ir a cenar. Quería que acabáramos de ponernos al día antes de embarcarnos en la gira europea. Salir por ahí como lo hacíamos años atrás. Le envié un mensaje a Dominik para que no me esperara para cenar. Me contestó en pocos segundos.

“Vale, princesa. Es probable que me quede embelesado en el balcón mirando el mar. Ya sabes lo que me gusta. Te quiero”

Fuimos por los bares del centro de Barcelona, tapeando y bebiendo cerveza. Estaba muy cómoda con Kiara. Me explicaba sus historias por Estados Unidos y las anécdotas que habían vivido con los diferentes grupos que tocaba.

Éramos dos chicas jóvenes, atractivas y divirtiéndose. No era de extrañar que los tíos revolotearan a nuestro alrededor. Les decíamos que no queríamos ningún tipo de compañía hasta que el alcohol hizo mella en mi compañera de mesa. Puso el ojito en uno de los chicos y le sugirió que nos acompañara. Éste nos trajo otra ronda de cervezas y yo ya tenía la cabeza totalmente ida. Tenía que dejar de beber.

—¿Te lo puedes creer, David? Un tío volviéndose loco porque esta mujer lo deje.

—Lógico y normal, es una auténtica belleza.

—¿Qué cojones os pasa a los tíos? Ahora en serio. ¿Por qué os comportáis como animales? Esa necesidad de marcarnos territorio y esas cosas. De buen rollo, eh...

—Somos animales — Cogió su cerveza y me miró —. Y cuando vemos una preciosa hembra que nos vuelve locos, tenemos la necesidad de hacerla nuestra.

—Oh... dios —exclamé tapándome los ojos. Mi cabeza empezaba a dar vueltas.

—¿Te gustaría montarnos? —soltó Kiara provocando que abriera los ojos de par en par —. ¿A las dos a la vez? ¿Te lo imaginas?

—Kiara... —regañé.

—Montándome a cuatro patas mientras disfruto del fruto prohibido de Minerva. ¿Te gustaría eso?

—Joder... —soltó el chaval excitado.

—Kiara, ¡ya vale! —grité medio borracha.

—Ves lo que pasa, David — No dejaba de mirarme fijamente a los ojos

—. Le han marcado territorio, y ella misma no es capaz de ver que volverá a vivir lo mismo. Todos los tíos sois iguales — Giró su cabeza para mirar al chico y lo miró desafiante —. Ahora lárgate — El chaval estaba petrificado —. ¡Ahora, joder!

Se levantó de golpe y volvió a dejarnos solas.

—¿No te das cuenta? Antes te habrías divertido, ahora ya no. Has cambiado Minerva. Todo te ha cambiado.

—Tuve que reencontrarme a mí misma, y aprendí que ese no era el camino. Me estaba destruyendo.

—¿Qué camino? ¿El de ser tú misma? ¿De hacer siempre lo correcto? ¿De aburrirte? Esta no eres tú. Me han cambiado a la Minerva que yo conocí.

No sé si fue el alcohol, el ser consciente de todo lo que había cambiado mi vida o tener pequeños recuerdos de la última noche que vi a Chris, pero quería volver a casa, así que me despedí de Kiara y cogí un taxi.

Al llegar no fui capaz ni de meter la llave en la cerradura. Dom la abrió por mí. Entré con su ayuda y fui corriendo al baño. Vomité toda la comida y la bebida que me había provocado tal embriaguez.

—Tranquila —me decía Dom mientras me sujetaba el pelo —. Échalo todo.

A continuación me desnudó y se duchó conmigo. Pude recuperar un poco la compostura, pero me sentía avergonzada. Me llevó a la cama y caí en un profundo sueño.

Aquello era el principio.

El principio del fin.

Tengo tu nombre grabado a fuego en mi corazón, y duele

Nuestros compañeros habían cambiado totalmente respecto a la gira anterior. El ambiente laboral era muy desigual. Muchas fiestas. Demasiadas desde mi punto de vista. Minerva no se perdía ninguna. No me importaba que se marchara con sus compañeros a pasárselo bien pero se estaba olvidando por completo de lo que teníamos. Me martirizaba todas las noches con lo mismo, a pesar de que dormía abrazada a mí. Nuestra relación estaba cambiando por completo.

Tenía que admitir que no me fiaba ni un pelo de Kiara. Desde el primer momento en que la vi supe que sería un problema para nuestra relación. Demasiado descarada y con un gran repudio hacia el sexo masculino. Pensamiento que guardé en mi cabeza e intenté convencerme a mí mismo de que me equivocaba con ella.

Los últimos días estaban siendo de locos y yo estaba perdiendo la cabeza. No estaba acostumbrado a aquel ritmo de vida. La tenía a ella pero en ocasiones me sentía totalmente fuera de lugar. Como si no existiese. Notaba que todo lo que pasó con Chris le había afectado más de lo que decía. Escondía su dolor, y lo hacía a través de las fiestas de su amiga.

Kiara y yo teníamos un carácter muy distinto, y no me llevaba igual de bien con ella que mi novia. Estaba celoso. Aquella mujer no paraba de llevarse a Minerva de fiesta en fiesta, haciéndola beber más de la cuenta. Ella era responsable, confiaba en que no volvería a caer en lo mismo de hace dos años, pero me aterraba la situación. No me gustaba quedarme en la habitación del hotel esperando a que llegara a las cuatro de la mañana. No quería sufrir, después de lo de Marie me prometí que no volvería a pasar por lo mismo.

Las sesiones de fotos y las entrevistas tomaron un cariz demasiado sexual. Y aquello fue el colmo. Poco a poco, sesión tras sesión fui enloqueciendo. Hasta que, en cuanto vi que las hacían posar tan juntas e insinuando sexualidad por todos lados, cogí la puerta y me fui. Estaba convencido de que la maldita Kiara disfrutaba con todo aquello. Mientras la tocaba no dejaba de mirarme con aquella jodida sonrisa en su perfecta cara de niña buena con media melena rubia.

Aproveché que no llovía para dar una vuelta por París, solo. Tomé una

cerveza en el bar que casi un año antes visité con ella y el equipo. Pierre, el propietario del bar, me consoló un poco.

—Tío, te veo mal —me decía.

—Lo sé, me prometí a mí mismo no volver a sufrir de esta manera. La quiero, de verdad. Pero me da más dolor que placer.

—Creo que tienes la decisión tomada, amigo. Eres un tío con muchos principios, pero no te los aplicas a ti mismo. Para querer a alguien primero debes quererte a ti mismo. Y ahora mismo estás hecho una auténtica mierda.

—No quiero apartarme de ella, y es lo que me asusta. Siento un amor enfermizo que sé que no acabará bien.

—Date un tiempo, explícaselo. Si te quiere lo entenderá. El amor sin dolor no existe, pero cuando entra la desesperación, se avecina un desastre.

Volví al hotel con las palabras de mi viejo amigo Pierre en la cabeza. Ella ya estaba allí, pero no fue capaz ni de mirarme.

—¿Por qué te has ido así? —preguntó seria sin mirarme.

—No podía soportarlo. Últimamente os veo demasiado juntitas en las sesiones de fotos.

—¿Y?

—¿Cómo que “y”? — Noté que perdía el control, intenté frenarme, pero no lo logré del todo —. ¿Y si te piden que salgas morreándote con Kiara lo harías?

—¿Qué estás diciendo? Los celos te están secando el cerebro Dominik.

—¿Cómo cojones quieres que no esté celoso? ¿Cómo quieres que me lo tome? Cada vez estamos más distanciados. Solo estamos juntos mientras dormimos y apenas compartes dos palabras conmigo, ¿¡Qué relación quieres tener!?! ¡Joder! — Di un golpe en la mesa.

Entre nosotros se creó un silencio muy incómodo. Su mirada era dura e inexpresiva. Nos manteníamos la mirada. Convencido cada uno de sus pensamientos.

—Lárgate —me soltó —. No lo soporto más.

—¿Qué? — Estaba alucinado.

—Se acabó. No estoy dispuesta a aguantar más celos. Yo no le pertenezco a nadie. ¿Te crees que no he notado tus celos desde que todo esto empezó? Es mi carrera Dom, no la tuya, y soy la que decide qué hacer y cómo hacerlo.

—Y no te lo discuto, pero a este ritmo solo falta que os digan que hagáis una porno las dos solas.

—¿¡De qué cojones vas!?! — Se acercó a mí con rapidez —. Nunca en la

vida llevaría esto más lejos que una simple insinuación. ¿Por qué dudáis todos de mí? ¿Acaso te he dado algún motivo para que estés celoso? — Su mirada era severa hacia mí, fría como el hielo —. Lárgate de aquí, no pienso escucharte más. Tal vez la próxima vez que me veas sea en una maldita película porno.

—Minerva, no nos precipitemos — Intenté calmar la situación. Lo último que quería era separarme de ella —. Creo que el tono que está pillando toda la campaña de marketing es demasiado sexual, y que deberíais restringir un poco los límites.

—¿Me estás diciendo lo que tengo que hacer? — Estaba sacando las cosas de quicio. Estaba sacando la fiera que llevaba dentro y supe que habíamos emprendido un camino de no retorno.

—No joder, no.

—Lo último que quiero en mi vida es otro Chris, y últimamente te comportas como él. Por mi parte, te puedes ir a la mierda.

—¡No soy como Chris, nunca en la vida te haría daño! —grité.

—Él decía lo mismo, y mira cómo acabó todo. Se acabó. No quiero volver a pasar por lo mismo — Se dio la vuelta para coger aire. Volvió a mirarme para decirme unas últimas palabras —. Ni contigo ni con nadie. Prefiero estar sola antes de que me hagáis daño. Todos los tíos acabáis siendo iguales.

—¿Y tú no ves el daño que me estás causando a mí? Todas las putas noches os vais de fiesta, las dos solas. Sin avisar a nadie. Me has dejado fuera, y no pienso ir detrás. Tú has tomado la decisión de apartarme de tu vida.

Se acabó. Fui hasta mi maleta y metí todas mis cosas de cualquier manera. No estaba dispuesto a aguantar que me dijera que era igual que el tío que la agredió. Eso nunca. La amaba más que a nada en el mundo, pero no iba a tolerar cargar en mis hombros algo que yo no era.

Salí de la habitación sin mirarla y llamé a un taxi. Mientras lo esperaba hablé con mi amigo Jeff para explicarle lo que había pasado y mi repentina decisión de tomarme unas vacaciones. Estaba decidido a volver a casa de mis padres y evadirme de todo una temporada. Tenía el dinero suficiente para tomarme un largo descanso. El dinero que gané en la gira y los derechos de las canciones me aportaron una base económica estable. Tenía una preocupación menos en mi vida porque, en aquel momento, ya tenía demasiadas mierdas en mi cabeza.

Sentía miedo por Minerva. La reacción que había tenido ante mis celos no

era normal. Entendía que lo que había experimentado con Chris la traumatizara. Pero yo no era como él. No sería capaz de llegar a las manos con nadie por sentir aquella enfermiza sensación.

—No te precipites tío —me decía Jeff desde Londres por teléfono.

—Es lo que ella quiere. No estoy dispuesto a cargar con la culpa de otro. Ya he aguantado suficiente mierda.

—Solo está cabreada Dom, dale tiempo.

—No se trata de tiempo. Esto se estaba volviendo enfermizo y solo tenía un final.

—Te arrepentirás.

—Eso espero, porque querrá decir que todo lo que hemos vivido antes de que empezara esta pesadilla era cierto.

Dije aquello pensando en que lo nuestro había terminado. Algo me decía que todo había acabado y que me iba a doler más que nunca. Nunca había llegado a amar tanto a alguien. Esta vez me dolería de verdad. Convencido de que nuestra conexión, pasión y amor no iban a ser reproducibles con otra persona.

Las horas pasaron con tesón y el camino hacia el que fue mi hogar se hizo eterno. Pero en cuanto estuve entre los brazos de mi madre, volví a sentirme inocente e incrédulo como un niño. Sin embargo, el corazón me dolería. Y esta vez, el dolor, había venido para quedarse una larga temporada.

Sola

Los días fueron pasando y, con su ausencia, mi estado de ánimo se fue deteriorando. Parecía un maldito zombie. De las entrevistas al hotel y del hotel al escenario. Donde más dolor sentía. Interpretar las canciones que tanto amor profesaban me estaba destrozando. Cada nota y palabra me recordaba a él.

Kiara intentaba ayudarme pero no era suficiente. Las ganas y la motivación con las que empecé el proyecto se marcharon la misma tarde que él se fue. Estaba volviendo a perder el norte. El descontrol y el alcohol habían vuelto a mi vida sin darme cuenta. Dejé que tomaran el volante y, por segunda vez, descarriló mi vida. Esta vez consciente de que había perdido algo más.

—Venga Minerva, esta noche nos vamos por ahí —repetía Kiara noche tras noche—. Tienes que animarte. Sabías que, a la larga, lo nuestro terminaría.

—Joder Kiara, ¿crees que así vas a animarme?

—Tienes que pasar página, cielo — Se sentó a mi lado en el sofá. Muy cerca, demasiado diría yo—. Además, yo estoy aquí contigo.

Nos quedamos las dos en silencio y vi como me miraba. Sus ojos color miel enormes estaban próximos a los míos. No era capaz de apartarme para evitar lo que se proponía. Nuestras mejillas se rozaban hasta que sus labios abordaron los míos. Me aparté de golpe.

—Kiara, ¿estás loca? — Me puse de pie. A un metro de distancia.

—Minerva, siempre te he querido.

—No me jodas...

—Tarde o temprano tenías que saberlo. Me jodía tanto verte con otro y tan cambiada.

—Joder, joder, joder... — Me senté en una de las sillas que estaban en frente del sofá. Mi cabeza no dejaba de dar vueltas y estaba a punto de estallar. Todo me encajaba.

Las sesiones de fotos subidas de tono. El vacío que le había realizado a Dom. Aprovechó mis debilidades para incrustarme ideas erróneas en mi cabeza. Ella no tenía la culpa, la única responsable era yo. Yo sola me había ganado todo aquello.

No supe ponerle freno y, como un huracán, todos aquellos sucesos me habían arrastrado a la soledad. Me lo había ganado a pulso.

—Lo siento —me dijo—. Ya veo que no es mutuo.

—Kiara, ¿dime que no te has aprovechado de la situación?

—Minerva... — Supuse que era un sí.

—¿Por qué? — No fui consciente de que dos lágrimas enormes empezaron a deslizarse por mis mejillas.

—Tú no eras así, no eras la Minerva que yo conocí.

—La que tú conocías tenía dieciocho años, una cría que solo pensaba en tocar la guitarra encima de un escenario y en salir de fiesta todas las noches. Ahora tengo casi veintisiete y mi estilo de vida ha cambiado — reflexioné sobre mis palabras —. No he cambiado, he crecido. Algo que deberías aplicarte.

—No pienso convertirme en lo que se supone que eres ahora. Que será lo próximo, ¿casarte y cuidar de la casa?

—¿En serio? ¿De qué coño vas? — Mi tono de voz subió dos escalas —. ¿Y emborracharte todas las noches y tirarte a todo lo que se te ponga por delante es vivir la vida? Yo no soy así — Me levanté para salir de allí y volver a mi habitación de hotel. Antes de abrir la puerta me di la vuelta para dejarle claro algo —. Entre tú y yo ya no hay nada Kiara. Solo nos une esta pequeña gira. Crece y madura. Yo lo hice y, por gilipollas, lo he perdido.

—Joder Minerva, no te pongas así — Se levantó para venir hasta mi. Subí mi mano para que no se acercara más —. Yo he sido responsable de parte de lo que ha sucedido, pero yo no te he puesto una pistola en la cabeza para que tomaras las decisiones que has tomado.

—Lo sé, todo es culpa mía. Pero no quiero compartir mi vida con gente que me la dificulta. Los amigos están para apoyarte, para aconsejarte y aceptarte. Y tú solo has mirado tu propio interés. Pensaba que la amistad que teníamos era sincera — La miré a los ojos, con una fuerza escrutadora —. Veo que no.

Giré el pomo de la puerta y salí del camerino. Necesitaba tomar el aire. Echaba de menos a Dom y ya era tarde. Estaría en su piso, olvidándome y buscándose la vida. No podía pedirle que viniera a rescatarme después de cómo lo había tratado. Había sido una egoísta.

En ningún momento me dejó sola. Lo abandoné todas las noches y, muchas de ellas, llegaba borracha. Me imaginaba la escena en ese momento y me avergonzaba por mi comportamiento. ¿Qué había hecho? ¿Qué me había

pasado? Debía armarme de fuerza y paciencia para terminar el trabajo que empecé y volver a reencontrarme por tercera vez.

Cuando la pequeña gira europea terminó, volví a mi piso en Alemania. Dispuesta a volver a construirme y encontrarme a mí misma. Preguntarme qué quería en la vida. Si mis prioridades habían cambiado o simplemente se debía a una etapa. Sí, me estaba planteado que el paso de Dominik por mi vida había sido una etapa. Tal vez vivimos el amor demasiado rápido. Desde el primer minuto en que empezó lo nuestro ya convivíamos. Es cierto que en una gira convives con todo el equipo, pero no con la persona que amas. No nos dimos esa intimidad y, probablemente, fue lo que me ahogó. Quemamos nuestro amor.

Ansgar venía a verme a casa muchos días. Hablábamos, me hacía reír y me analizaba. Era como mi hermano.

—Tienes que aclararte —me dijo—. O pasar página o luchar por volver con él. No puedes encerrarte en tu piso y no querer saber nada de nadie.

—Lo sé.

—Siento tener que decirte esto pero, ya ha pasado casi un año de lo que sucedió con Chris — Abrí los ojos de par en par porque captó mi atención —. Y es una espinita que tienes que sacarte. Parte de lo que te ha sucedido viene por el quiste que has dejado crecer en tu interior. Chris ha pasado página — Me dio un vuelco el corazón al oír aquella noticia —. Tuvo a su hijo, se ha rehabilitado y se ha dado cuenta de los errores que cometió pero necesita que lo perdones.

—Y yo necesito tantas cosas...

—Minerva, deja de pensar en ti —me reprochó—. Tú también le has destrozado el corazón a alguien. ¿Cómo crees que debió de sentirse Dominik cuando lo apartaste de tu vida? Te tragaste su corazón y lo vomitaste en sus pies.

—Ansgar... Hoy no.

—¿Y cuándo? ¿Cuándo será eso? Hay que aprender a perdonar y a ser perdonado. Chris se ha equivocado muchísimo, pero tú también. Se merece que le dejes explicarse y verte. Es más por ti que por él.

Ese jodido cabrón sabía convencerme. No quería ver a Chris. Me aterraba la idea de ver su cara y enterarme de lo bien que estaba. Yo, sin embargo, estaba hecha polvo.

A lo único que me dedicaba era a pasear sola por la ciudad, tocar el piano,

visitar a mis padres y dormir. Era cierto que no quería saber nada de nadie. Estaba encerrada en mi fuerte y no quería salir. La chica fuerte que fui hace un año estaba en Cadaqués. No dejaba de pensar en aquellas idílicas vacaciones. Me reprendía a mí misma convenciéndome de que tenía que levantar cabeza.

Llamé a mis padres y quedé para cenar con ellos. Hacía tiempo que los tenía bastante abandonados y necesitaba volver a ser la que era antes. Fuerte, familiar y con carácter. Ellos eran el comienzo. Sabía que mi padre me echaría un sermón de los suyos, pero lo necesitaba.

—Estamos contigo, cariño —me consoló mi madre—. Llevas mucho tiempo fuera de casa, y eso pasa factura. Tómate un tiempo de descanso y piensa bien en construir un futuro.

—Le necesito mamá — Mi madre era la persona que más me había apoyado en la vida. Ambos eran unos padres excepcionales —. Me he portado fatal con él. El miedo y la rabia cegaron el amor que sentía por Dominik. Ahora he recuperado la visión de la realidad y sé que lo he perdido. Yo sola.

—Minerva, todos cometemos errores. Si realmente te quiere, sabrá perdonarte.

—Ha pasado mucho tiempo.

—No, cielo. Cuando quieres a alguien con tanta intensidad, no lo olvidas jamás. Por mucho que pasen los años.

Quién mejor que mi madre para darme tal consejo. Mis padres estuvieron separados diez años. Y aún así seguían queriéndose. No habían sido capaces de olvidarse.

Campesino

—Hijo, me alegro de que hayas vuelto —dijo mi padre.

Le sonreí. Yo me alegraba de estar con ellos, pero habría preferido que las cosas hubieran sido de otra manera.

Acabar aquella gira. Que mis padres hubieran conocido a Minerva. Seguir despertándome por la mañana a su lado. Hacer del mediterráneo nuestro hogar. Montar mi propio estudio de grabación. Formar una familia junto a ella.

Aquello era imposible. Debería haber sabido desde el principio que teníamos caminos distintos. Demasiado diferentes para unir nuestras vidas. Yo tan tranquilo y tímido y ella tan explosiva y creativa. Era de esperar, pero dolía demasiado. El sufrimiento era más fuerte que el que experimenté con Marie. Estuve mucho más tiempo con ella que con Minerva, pero el amor que sentía hacia ella era mucho más intenso.

—Debes animarte —decía mi padre mientras quitábamos hierbas del huerto—. Hay un montón de mujeres por ahí. Mírate. Cualquiera mujer se fijaría en ti.

—Papá, necesito tiempo. No soy capaz de olvidar con tanta facilidad.

—La hija de la señora Bell sigue soltera.

—Por favor,...

—Vale, no insisto más.

Seguimos arreglando el huerto y cuando acabamos fuimos a preparar la comida. Mi madre estaría a punto de llegar del trabajo. Era profesora de música en la escuela del pueblo. Era feliz trabajando allí. Podría haber sido una gran artista, pero yo heredé de ella algo más que la pasión por la música, el miedo escénico.

La vida en el pueblo que me vio nacer era simple. Pero no había nada de futuro para mí allí. En breve debería volver a Londres y buscar trabajo. Tenía dinero pero quería volver a tener una rutina. Recuperar la penosa vida que tenía antes de que me uniera a la mujer que arrancó un trozo importante de mi corazón.

—¡Por fin das señales de vida! —contestó Jeff nada más descolgar el

teléfono.

Desde que llegué allí no quise saber nada de nadie. No consulté la prensa, ni internet e incluso mi teléfono móvil estaba más tiempo apagado que encendido.

—¿Qué tal? —le pregunté.

—¿Encima tienes los santos cojones de preguntarme como estoy? ¿Tú qué crees? Unos de mis mejores amigos desaparece de la faz de la tierra y, un día, vuelve a aparecer.

—Sabes dónde estoy. ¿Qué tal con Carlee?

—Claro que lo sé, pedazo de cabrón. Pasito a pasito con la canija. ¿Y tú cómo estás?

—Estoy —dije—. Pronto volveré a Londres. A mi ratonera. Volver a buscar trabajo y esas mierdas.

—Te ayudaré.

—No. Esta vez quiero hacerlo solo — Era la verdad. Jeff ya me había ayudado bastante —. Te he llamado porque te debo una disculpa. Después de todo lo que has hecho por mí debías ser el primero en tener noticias mías.

—Vaya, estás más jodido de lo que pensaba.

Me sinceré con mi amigo. Le dije que no podía quitármela de la cabeza. Que necesitaba reposar una temporada más en casa de mis padres para enfrentarme a mi antigua vida. Había depositado demasiado en aquella relación y me había arrasado dejando un desierto arenoso y ácido en mi interior. Minerva se olvidó de mí por completo.

Kiara. Desde que ella apareció la actitud de Minerva fue cambiando día a día. No la culpo, pero si es responsable de que estuviera en aquella situación. Lo que no me esperaba era la actitud de la persona que amaba.

Me sentía estúpido por haber aguantado sus vueltas de fiesta completamente ebria. Me prometí a mi mismo que no volvería a sufrir por amor. Y me traicioné. No fui capaz de mantener la palabra que me hice al finalizar mi relación con Marie. ¿Cómo iba a poder ser leal a alguien si no era capaz de hacerlo conmigo mismo?

Volví a casa de mis padres para castigarme. Estando allí recapacitaría y escarmentaría. Dedicándome al huerto de mi padre para mantenerme ocupado y no pensar en ella. Pero por las noches recuperaba todos los pensamientos que durante el día no tenía. Era incapaz de conciliar el sueño.

Subía a la azotea, con una cerveza en la mano y miraba hacia las estrellas. Y pensaba, preguntaba y maldecía.

¿Volveríamos a vernos? Ojalá.

¿Lo nuestro fue real? Por supuesto que lo fue. De eso no me cabía duda.

¿Sería capaz de olvidarla? Jamás.

Me engañaba a mí mismo. Pensaba que estando allí volvería a ser el que era. Recuperar mi vida. Y era algo imposible porque ya no volvería a ser el mismo. Me convencía de que conseguiría olvidarla cuando en lo más profundo de mí ser sabía que nunca lo haría.

Jamás la olvidaría.

Abre los ojos

Justo cuando estaba entrando en el restaurante me sentí fuera de lugar. Ansgar me habló de la mejoría de Chris y lo importante que era para él pedirme perdón. Pero yo no acababa de sentirme bien. Desde que Dom y yo ya no estábamos juntos me volví mucho más asocial. No quería saber nada de nadie ni conocer gente nueva. Era una etapa. Una etapa que volvería a superar. Como la que viví con el hombre que iba a compartir cena.

Miré por las mesas y me costó identificarlo. Había pasado casi un año, pero no me esperaba verlo tan cambiado. Pelo corto, en forma y con aspecto saludable. Me alegré.

—Hola —le saludé con una tenue sonrisa.

Me miró sorprendido y se levantó de su asiento. Me abrazó fuerte. Como hacía tiempo que no lo hacían. Mi estómago me jugó una mala pasada. Su contacto me confundió. ¿Era el mismo Chris? No.

—Gracias por venir —me dijo sin apenas acabar nuestro abrazo.

—Se te ve muy bien.

—Sí, durante todo este año he estado sobrio y, el nacimiento de mi hijo me cambió la vida. Tenías razón en lo que me dijiste.

—¿Tuvisteis un niño? —pregunté con mi mejor sonrisa.

—Bastían — Vi cómo se le humedecían los ojos —. Es lo más bonito que me ha pasado en la vida.

—¿Y Claudia?

—Compartiremos la custodia del crío. Me compré un piso para poder cuidar de mi hijo. De momento Claudia está allí con el niño. Cuando sea un poco más grande ella estará quince días y yo los otros quince.

—Eso es muy bueno — Mi alegría era sincera, pero me dolía mi situación. Estaba sola, y verle tan bien me hacía sentir aún más vacía —. Lo que estáis haciendo por el niño es admirable. Que dejéis todos los problemas que teniais por él es un gesto precioso.

—Consideré que él no es el culpable de los errores de su padre. Quiero darle un techo estable y la mejor educación que pueda — Me fascinaba oírle, tanto me alucinaba que me rompía el corazón en mil pedazos —. No ha sido fácil, pero nada es imposible.

Me siguió explicando todo su proceso de superación y rehabilitación.

Había tenido tiempo suficiente para perderse, encontrarse, volver a perderse y renacer al ver la cara de Bastián. Me enseñó una foto de su hijo y era precioso. Pude contemplar perfectamente cuanto había cambiado gracias a aquella pequeña criaturita.

Comíamos, recordábamos nuestros inicios en la banda, nos reíamos y estábamos tranquilos. Hasta que le cambió el rostro.

—Perdóname — Sus ojos verdes derrochaban culpa y sinceridad a raudales —. Perdona todo el daño que te he causado, como me he comportado contigo y, sobre todo, lo que te hice aquella noche. Sin ti, hoy no estaría aquí — Me cogió la mano que tenía encima de la mesa y me la apretó —. Nunca he querido a nadie como te quiero a ti. Eres única para mí.

Un nudo en el estómago se me instaló. Sentía como mariposas en él. Pero era ácido y no el revoloteo típico de aquellos hermosos insectos. Tenía claro que había cambiado, pero tenía lo de Dominik demasiado reciente y no era capaz de olvidarle como lo hice con él.

—No tienes que disculparte, mírate — Le apreté la mano, consciente de que necesitaba oír mis palabras y transmitirle mi apoyo —. Vas a ser un padre estupendo, no me cabe duda. Me alegro muchísimo de tu recuperación, de verdad. Todo lo que tú y yo hayamos vivido solo quedará en nuestra memoria. Y recuerdos buenos, lo prometo. No defraudes a ese pequeño, hazlo por él y dale todo tu amor. Él es el único que te necesita — Solté su mano.

—¿Y qué necesitas tú?

Aquella pregunta me descolocó. En mi corazón solo había el rostro de una persona. Y en mi cabeza solo quedaba soledad y dolor. Le echaba de menos, pero no quería volver a pasar por lo mismo. Y menos con él. Celos, posesividad e histeria. No lo soportaría una segunda vez y acabaría conmigo.

—Ansgar me lo ha explicado todo — Consiguió que le prestara otra vez atención —. Me ha contado que te has encerrado en ti misma. No quieres saber nada de nadie. Del concierto al hotel y del hotel al avión, del aeropuerto al hotel y así sucesivamente. Así hasta hoy. Y yo te pregunto, ¿qué necesitas? ¿Qué te falta?

—Me cuesta bastante hablar de eso contigo, no te lo tomes a mal.

—No, te entiendo. ¿Pero quién mejor que yo para decirte que estás enamorada hasta las trancas de ese tío? ¿Por qué lo has apartado de tu vida? Sé la respuesta — Parecía que se había vuelto un psicoanalista durante aquel año —. Los celos — Moví mi cabeza afirmativamente —. Minerva, tienes

que empezar a entendernos.

—Explícate.

—Eres una persona tan fuerte, con tanto carácter y tan segura de ti misma, que nos da miedo perderte. Correr el riesgo de que aparezca alguien mejor y nos dejes. Obviamente no tienes ningún tipo de problema en dejar a la persona que tienes a tu lado incluso amándola profundamente.

—¿Eso fue lo que crees que te pasó a ti? —pregunté atropelladamente.

—No, yo fui el culpable de que me dejaras. Soy el único responsable de que dejaras de quererme, pero con Dom no ha sido lo mismo. Lo has apartado de tu vida tú sola y te estás equivocando — Sus palabras me sorprendieron —.Créeme, no es fácil para mí decirte esto, pero si le quieres, ¿qué coño estás haciendo? ¿Quieres continuar con la vida que llevas? ¿Conocer a otra persona, mantener una relación y no dejar de acordarte de él? De mí te acordarás, pero no como lo harás con él. No permitas que tu futuro se llene de arrepentimiento por lo que dejaste escapar.

Las palabras de Chris fueron el carburante necesario para mi alma. No hacía falta quedar con él para darme cuenta de que echaba de menos a Dominik, eso ya lo sabía, pero sí que me hacía falta el empujón de alguien para dar el paso. Para abrir mis ojos. Decidirme a coger un avión y volar hacia sus brazos. Aunque me aterraba su reacción. No sabía si me había olvidado o si estaría lamentándose como yo. Me lo merecía. Apenas le di opción aquel día.

Chris y yo volvimos a darnos un abrazo. Esta vez fue cálido y claro de sentimientos. Quedamos en que me presentaría a su hijo y que volveríamos a reunirnos los cuatro pronto. Volví a sentir aquella calidez en mi pecho, no era total, pero era un avance.

Miré mi móvil cuando me monté en mi coche y llamé a Jeff. Mi relación con él se estropeó un poco por las formas en que traté a Dom, pero sabía que me respondería.

—¿Qué necesitas? —preguntó al descolgar.

—Enmendar un error. Para arreglar los fallos gordos hay que hacer locuras.

—Quieres volver con él, ¿no? — Oí un soplido —. Pues no sé cómo cojones vas a hacerlo.

—Voy a ir a Londres, quiero volver a verle y pedirle perdón.

—No está en Londres y no coge el puto teléfono. Los dos os habéis dedicado a hacer lo mismo durante este tiempo —me reprochaba —. Os

habéis encerrado en vuestros jodidos ombligos sin daros cuenta de la preocupación que teníamos el resto. Le has hecho mucho daño.

—Lo sé, pero necesito explicárselo.

No conseguí nada, solo que tenía la intuición de que podía estar desconectado del mundo en casa de sus padres. Dom siempre me había hablado de que sus padres vivían en un pueblo a unos cien kilómetros de Londres, y de las ganas que tenía de visitarlos. Solo había naturaleza y animales, así que era el sitio perfecto para perderse.

Decidí que en cuanto llegara a casa me compraría un billete de avión e iría en su busca. Le necesitaba.

Arranqué mi coche y fui por el camino corto. Había muchas curvas y era de noche, pero me encantaba ir por allí. La naturaleza no dejaba ver la ciudad y provocaba que el paisaje fuera más oscuro. Mi pequeño, pero veloz coche, obedecía todos mis movimientos. Solo estábamos él, yo y mis pensamientos.

No dejaba de pensar en Dom. El amor dolía, pero compensaba. Se trataba de mantener el equilibrio entre el daño y el placer. Mantener los sentimientos en armonía para uno mismo y, lo más importante, entender y comprender las sensaciones de la persona a la que amas. En ocasiones nos encerramos en lo que sentimos nosotros, y no pensamos en el dolor que causamos a nuestro compañero de batalla en la vida. Esa persona que la naturaleza ha hecho que escojas entre millones para superar el día a día de la vida. Y tenía claro que esa persona era Dominik.

Iría en su busca y haría lo que hiciera falta. Estaba segura de que él me correspondería. No sería fácil al principio, pero lograríamos recuperar lo que teníamos o incluso superarlo. Quería volver a sentir su calor, sus brazos y sus tiernos labios.

Alguien venía a lo lejos por la carretera. Vi que su curso no era muy estable, pero no lo tenía claro. Me rasqué los ojos para ver si lo que veía era cierto, pero las potentes luces del coche me cegaban. Seguía por el carril sin desviarme de las leves rayas. El coche se acercaba a una velocidad asombrosa. Tan asombrosa como lunática.

Justo cuando nos aproximábamos vi claramente que iba a colisionar con el mío. Intenté esquivarlo.

Y digo intenté porque no lo logré.

Pocos metros después de ser arrollada por aquel coche el mundo se apagó para mí.

No me dejes

—Hijo, tienes visita —me informó mi padre desde el teléfono—. Es importante.

Me despedí de la señora Bell y me puse el casco. Subí a la motocicleta de mi padre y fui hasta casa.

Desde que Minerva me dejó fuera de su vida he estado incomunicado. Lejos de todo y de todos. Sin importarme nada ni nadie. No quería que interrumpieran mi impuesta soledad. Nunca pensé en que lo nuestro fuera perfecto, sabía que algo nos pasaría y que volvería a sufrir, pero nunca antes había experimentado un sufrimiento tan abrasador. Me dolía su recuerdo y necesitaba purgarme. En casa de mis padres lo lograría. Era consciente de que necesitaba un tiempo, para recomponerme y volver a ser el de antes, porque pronto debería volver a trabajar.

Gracias a los derechos de las canciones el dinero dejó de ser un problema, pero me recordaba demasiado a ella. Era un jodido vínculo que nunca me quitaría de encima. Me planteé renunciar a ellos, pero también era algo mío. Suyo. Nuestro. Me dolía pero era la realidad.

Llegué a la casa y metí la moto en el garaje. El casco lo solté con rapidez y fui directo hacia la entrada principal. Entré y no me sorprendió ver a Jeff. Era el único que sabía dónde estaba. Su cara estaba seria y esperaba sentado en el sillón.

—¿Qué pasa? —pregunté asustado.

—Siéntate —me dijo cerrando los ojos—. Hay algo que debes saber. Tú decides qué hacer después de saberlo. Nadie te juzgará ni te avasallará — Volvió a abrir los ojos para mirarme. Me estaba poniendo nervioso—. Considero que te mereces más que nadie saber lo que está sucediendo, porque aunque lo neguéis, os necesitáis. Y más ahora. No me lo perdonaría.

—¡Ves al grano joder! —solté. Noté que mis padres estaban igual de nerviosos que yo.

—Es muy difícil dar una noticia así, tío. Sobre todo porque no sé cómo vas a reaccionar — Le puse una mano en el hombro y apreté, avisándole de que se estaba volviendo a enrollar—. Minerva ha tenido un accidente de coche y está en un hospital de Berlín — En ese preciso momento noté como mi sangre se congelaba. Mis latidos se paraban e iba directo a un estado de

ansiedad terrible. Necesitaba saber más —. Está en cuidados intensivos. He hablado con sus padres antes de presentarme aquí, no ha despertado todavía.

Empecé a dar vueltas como un loco. Mi madre intentaba agarrarme para que me tranquilizara. ¿Cómo querían que estuviera? La persona a la que amaba había tenido un accidente y mi deber era estar cerca de ella.

Me paré en seco y los miré.

—Búscame un vuelo a Berlín —le dije a Jeff—. Voy a hacerme la maleta, lo siento. Necesito estar con ella.

Mis padres me entendieron perfectamente. Sabían que estaba enamorado. Todo el tiempo que estuve allí intentaron convencerme de que luchara por volver con ella. Y mi orgullo no me lo permitía. Tal vez no era orgullo, sino miedo a enfrentarme a la realidad de que era la mujer de mi vida. Y había tenido un accidente.

La despedida con mis padres fue dura, pero más terrible era pensar en que le pasara algo a Minerva.

Mi viejo amigo y yo nos pusimos en marcha en menos de una hora. No lograba centrarme y no era capaz de articular palabra.

En el aeropuerto no paraba quieto y Jeff fue paciente conmigo. Mantuvo la calma en todo momento y me arrastró por todos aquellos controles y registros. No era capaz de mantenerme sereno. Al mediodía cogimos el avión y en dos horas llegamos a Alemania, pero tuvimos que esperar la salida de las maletas

Jeff mantenía el control, pero yo cada vez estaba más ansioso. Sentía como parte de mi vida se podía esfumar por idioteces. Porque eran tonterías. El verdadero problema lo teníamos en aquel momento con Minerva debatiéndose entre la vida y la muerte. Me di cuenta de que hay cosas muchísimo más graves que un simple ataque de celos. Me sentí estúpido, asustado e inútil.

—Cogeremos un taxi hasta el hospital —me dijo Jeff en cuanto colgó el teléfono—. Su madre me ha dicho donde está y a qué hora podemos visitarla.

No le respondí con palabras, solo con un movimiento de cabeza. Afortunadamente el hospital no estaba lejos y solo me separaban veinte minutos de trayecto para volver a verla. Estaba nervioso. No pensaba en lo que me encontraría allí, solo quería verla.

El hospital era blanco y aséptico. Lo que se esperaba de un recinto así. Las luces estaban encendidas por la oscuridad del exterior porque era casi de noche. Jeff preguntó en recepción por la unidad de cuidados intensivos y, como hizo en el aeropuerto, me arrastró por todos los pasillos y escaleras hasta que vi a dos personas enfrente de nosotros. Dos individuos que no conocía de nada, pero a la vez, conocía muchísimo. Los dos responsables de que la persona que amaba con todas mis fuerzas existiera.

—Dom, te presento a los padres de Minerva. Sheena — Señaló a una mujer de mediana edad con melena caoba y muy menudita —. Y Matthew — Un hombre grande, ancho y robusto. A pesar de su pelo canoso se podía intuir su pelo negro como el carbón y una tez como la nieve. Sin duda era el padre de Minerva, físicamente eran iguales. Podía ver el dolor y el horror en sus ojos — Él es Dominik.

Aquella mujer soltó a su marido y se acercó a mí. Me abrazó. No me esperaba que fuera a actuar de ese modo. Aquel fuerte abrazo me conmocionó.

—Gracias por venir —me dijo mientras se separaba de mí entre lágrimas.

Matthew y yo nos saludamos con un apretón de manos. Su fuerza en aquel gesto me demostró que estaba igual o más dolido que nadie.

—¿Cómo está? —preguntó Jeff.

—Sigue igual —dijo aquel imponente hombre —. El médico nos ha pedido paciencia. ¿De dónde quieren que saque paciencia si mi hija está entre la vida y la muerte? — Se le veía malhumorado.

—Tranquilo Matt, ella es fuerte —decía Sheena —. Saldrá de esta.

—¿Podemos verla? —pregunté ansioso.

Era lo único que quería en ese preciso momento. Sheena me informó sobre los horarios de visitas y justamente antes de cenar podíamos entrar.

Mientras esperábamos a que las enfermeras nos llamaran para entrar a verla, Jeff se encargó de coger una habitación para los dos, pero Sheena insistió en que podíamos ir con ellos. Tenían espacio de sobra en casa y no les importaba acogernos unos días. Era bastante incómodo, pero Sheena me obligó. No pude decirle que no.

—¿Familiares de Minerva Cooper? —llamó una enfermera.

Me levanté de un salto y no perdí el tiempo. Me seguían sus padres y Jeff. Mi corazón iba a una velocidad desmesurada. La enfermera paró delante de un ventanal para indicarnos que para entrar debíamos ponernos una bata y unos peucos verdes, y que debíamos entrar por la puerta que había al lado del

ventanal, que estaba tapado por una cortina del mismo color que aquella indumentaria.

Me dejaron entrar primero. Giré el pomo de aquella puerta y solo pude oír un pitido. El pitido de su corazón a través de la máquina. Miré hacia la cama y allí estaba. Con su piel más blanca de lo normal y su pelo negro como el carbón recogido en una trenza. Sus ojos estaban cerrados y estaba entubada. En uno de sus brazos había conectada una vía donde entraban un montón de tubos de diferentes bolsas.

Acerqué mi cara hasta la suya y la besé en la mejilla. A pesar de las magulladuras era lo más hermoso que había visto nunca. Me apoyé en la cama y con mis manos rodeé su cara.

Dormía profundamente. Como cuando dormíamos acurrucados en la otra punta del mundo. Cuando me pedía que no la soltara en toda la noche y dormía con la cabeza en mi pecho. Su respiración erizándome el vello del torso y mi brazo rodeándola. Pero esta vez no despertaría a la llegada del amanecer.

Junté mi cara a la suya y perdí la noción del tiempo. Hasta que noté una mano apretarme el hombro. Levanté la mirada y era Sheena.

—Te quiere con locura, ¿lo sabes? —me dijo—. A veces es igual o más terca que su padre. Tan temperamental que a veces no es capaz de razonar — Vi como sus ojos se humedecían y empezaba a llorar —. El miedo habló por ella aquel día. No quería revivir el sentirse dominada por alguien, sentirse anulada y dejar de ser libre. Tenía miedo de que vuestra relación siguiera los mismos pasos que la anterior, y se precipitó — Se acercó a Minerva y le acarició la frente —. Acabó ella antes con lo vuestro por miedo, porque no quería verte como otro Chris.

—Me puse demasiado celoso y yo la llevé a tomar esa decisión —le dije—. Los celos me cegaron.

—No — me miraba fijamente —. Tus celos no te cegaron a ti, la cegaron a ella. Los celos son traicioneros, pero no son malos. Obviamente lo de Chris era enfermizo, aquello rozaba la privación de libertad y de decisión. La controlaba a todas horas, con quién iba y qué hacía. Tanto era su ansia de control que se enfrentó a ella.

—Lo sé, yo estaba allí aquel día.

—Me cuesta creer que tú fueras capaz de hacerle algo así. No te conozco, pero no me hace falta. Solo por ver como Minerva habla de ti sé perfectamente que os queréis, y que ella está vacía sin ti — Volvió a poner su

mano izquierda en mi hombro —. Algo me dice que lo primero que querrá ver en cuanto abra los ojos es a ti.

No pude contener más las lágrimas. Necesitaba tomar el aire, además de que teníamos un tiempo para estar allí y supuse que su padre y Jeff querrían verla.

Matt entró en la habitación a mi salida y mi amigo me miró. Me abracé a él y seguí llorando. Tan cerca y tan lejos. Es lo único que podía pensar.

Minerva contra los gigantes

El calor. El sol. El mar. La fina arena entre mis diminutos dedos. Mis manitas haciendo castillos en la orilla con mi padre. La sonrisa de mi madre mientras nos observa desde el parasol. El sonido de las olas a nuestro alrededor. La salinidad del ambiente. Mi madre y yo cantando en el coche al volver de la playa. Las toallas tendidas en la baranda. La quemazón del mañanero sol en la piel al atardecer. Mi padre solo puede reír a carcajadas mientras conduce. Felicidad.

Los paseos por la montaña. El canto de las cigarras nos envuelve entre los árboles de nuestro recorrido. Mamá me enseña canciones divertidas por el camino. Su voz me encanta. Quiero ser como ella. Poseer su belleza, arte y talento.

Los sándwiches de papá y mi glotonería. Nuestros pequeños asaltos secretos a la nevera. Evitando que mamá se entere. Papá cocina y mamá lo mira de reojo. Le regaña por crear a una glotona en potencia. En cuanto se da la vuelta me guiña el ojo y volvemos a asaltar el frigorífico.

Volvemos a casa. Me rodeo de un montón de niños de mi estatura. No conozco a nadie. Una chica muy simpática me da un beso y me sienta al lado de otros niños. Jugamos, pintamos, cantamos canciones y dormimos.

Piano. Guitarra. Natación. Motociclismo. A medida que crezco aborrezco unas pero me apasionan otras. Voy creciendo y voy aprendiendo cosas. Lo que está bien y lo que está mal.

Mi papá es un superhéroe, su pie derecho es de metal. Así que debe ser alguien especial. Se lo digo y me explica que se puso muy malito y para poder sobrevivir tuvieron que quitárselo. Quería estar con mamá para casarse con ella y darme vida.

Un acorde en tu oído

Intenté mantenerme aquella noche cerca de ella pero, tanto los padres de Minerva como las enfermeras, me notificaban que en aquella unidad no podían quedarse los familiares. Me decían que ya tendría tiempo de pasar noches enteras con ella en cuanto la trasladaran a planta. Antes de irnos del hospital volví a entrar para decirle “*buenas noches*”.

Los cuatro nos fuimos con el cuerpo desencajado hasta el coche de Matthew. Me sentía muy incómodo. No era por ellos, fueron de las personas más cercanas y hospitalarias que me había encontrado en mucho tiempo, pero yo no dejaba de ser una de las parejas de su hija. Unos padres que tenían a su única hija en un sueño profundo.

Durante todo el trayecto no dijimos ni una palabra. Matthew conducía, Sheena miraba por la ventana con la mirada perdida y Jeff miraba su teléfono. No sabía ni dónde meterme. Solo pensaba en que mi sitio allí era estar a su lado, no en casa de sus padres. Los que se supone que habrían sido mis suegros si yo no hubiera sido un histérico celoso.

¿Si hubiera sido paciente seguiríamos juntos? ¿Habríamos tenido otro final? Todas aquellas preguntas me bombardeaban y necesitaba salir de aquel coche. Me sentía desubicado y confundido. Lo único que tenía claro era que la quería más que a mi vida.

Diez minutos más de trayecto hasta que llegamos a una casa a las afueras de la ciudad. Aparqué en el garaje y salimos del vehículo. Cogimos las maletas y Sheena nos guió hasta la habitación de invitados, donde informó a Jeff que él se podía quedar en aquel cuarto. A mí me llevo hasta el final del pasillo y abrió la única puerta que había.

—Tú te puedes quedar en esta —dijo mientras entraba. Miré a mí alrededor y fue como ver la personalidad adolescente del amor de mi vida. Era su habitación —. Sé que no es el mejor momento para conocernos y que preferirías dormir incluso en el sofá por no dormir en su dormitorio, pero creo que es necesario — Volvió a abrazarme y yo la consolé —. Entiendo que te sientas incómodo, pero lucha por ella.

—Lo haré, por eso estoy aquí —contesté mientras finalizaba nuestro abrazo. El contacto con aquella mujer era demasiado familiar, me daba el oxígeno suficiente para seguir allí, sin embargo con Matthew no era igual —.

Quiero causaros las mínimas molestias posibles, de verdad.

—No nos molestas, todo lo contrario. Eres parte de esta pequeña familia, solo por el hecho de que cuidaras a mi niña de la manera que lo hiciste. Estaba en su peor momento y tú la apoyaste y la mantuviste a salvo. Nunca nadie había hecho eso por ella, y lo sabía. Se enamoró de ti y se dejó llevar. No creas que cuando amas a alguien así se olvida fácilmente, es imposible. Jamás olvidas. Y cuando sientes que lo has perdido para toda la vida, duele. Es un dolor insoportable — Volví a llorar y me acerqué para reconfortarla —. Créeme, sé de lo que hablo.

—Minerva me lo explicó, tenéis una historia muy intensa.

—Haz que vuelva con nosotros — me abrazó una vez más con fuerza —. Volver a sentir ese dolor acabaría conmigo.

Aquella mujer era una luchadora, pero estaba desesperada. Matthew apareció y su serio rostro me volvió a incomodar. Se acercó hasta nosotros y nos rodeó a los dos. Nunca antes me había sentido tan incómodo.

—Volverá —dijo—. Lleva mis genes — Esbozó una leve sonrisa.

Después de aquel momento tan incómodo saqué la ropa de mi pequeña maleta y tomé una ducha rápida. Cuando salí de la habitación olía a comida. Olía igual que en nuestras vacaciones; agua salada, arena, sol y a ella. Me dolía estar en aquella casa sin ella a mi lado. La manera en que tendría que haber ido todo.

Jeff estaba hablando con Sheena en el salón y en la cocina estaba Matthew. Debía acabar con aquella incomodidad entre su padre y yo, así que decidí echarle una mano.

—Me aterra esta situación —me dijo de repente—. Ahora entiendo lo que sintió Sheena cuando me perdió. Es horrible — Seguía cocinado —. Estoy convencido de que volverá, pero no se me da bien esperar. Soy un impaciente de cojones.

—Entiendo... — Fue lo único que me salió. Claro que lo entendía, era la mujer que amaba la que se podía quedar durmiendo eternamente.

—Qué cojones voy a contarte a ti — Soltó asustándome —. Tú estás en esa jodida situación — Cuando dijo aquello pude volver a coger aire. Por un momento pensé que iba a estamparme la sartén en la cabeza —. ¿La quieres?

—La amo, que es distinto —confesé mirándole a los ojos—. Desde el momento que la vi en el escenario quise estar con ella.

—Todos los hombres con buena vista querrían estar con ella, ¿qué te hace diferente al resto?

—No lo sé, lo único que sé es que ahora mismo estoy profundamente dormido con ella. Ella me ha dejado incompleto. Siento un vacío demasiado doloroso desde que nos separamos — Llevé mi mano derecha al corazón. Me dolía de verdad. Aunque me dolía todo el cuerpo.

—La he visto sufrir muchas veces, pero vuestra separación la dejó hundida. Sé que has cuidado de ella y que la has protegido, y ahora te necesita más que nunca. No le falles.

—No lo haré, Señor Cooper.

—Que sea la última vez que me llamas así, para la familia soy Matt.

Y le tomé la palabra.

Aquella pareja nos trató como dos miembros de la familia, me hicieron sentir como un hijo más. Cenamos en tranquilidad y con una conversación relajada, queríamos mantener la calma pero sin apartar la mirada del teléfono. Si sonaba solo podían ser dos cosas; o que había despertado o que no lo había logrado.

Entre todos recogimos la mesa y nos fuimos a descansar.

Al entrar por la puerta de aquella habitación su recuerdo fue inevitable. Registré con la mirada las cuatro paredes empapeladas de pósters y de recuerdos. Miré todos y cada uno de ellos. Había fotos que iban desde su niñez hasta su adolescencia, siempre con una sonrisa en la cara. Me desplomé en la cama y solo miré el techo. Era incapaz de dormir.

Ya lo hacía Minerva por mí.

Al amanecer, había logrado dormir un par de horas. Incluso con el cansancio del viaje y la ansiedad de la noticia fui incapaz de descansar lo suficiente. Estaba destrozado. No había nadie en pie, preparé café y me senté en una de las sillas que había en la cocina.

—¿Has dormido? —me preguntó Jeff desde la puerta.

—Muy poco.

—Se te nota —dijo poniéndose una taza de café —. Se pondrá bien, pero tú deberías descansar. Lo último que necesitas es que también te tengan que ingresar a ti.

—Lo sé, voy a llamar a mis padres —me levanté de golpe y me fui de allí. Ya sabía lo que tenía que hacer, pero era incapaz de hacerlo con Minerva en aquel estado.

Cogí mi móvil y los llamé.

—¿Cómo está? — Fue lo primero que me preguntó mi madre.

—Sigue en coma. En principio hoy el médico hablará con sus padres para

ver qué posibilidades hay.

—¿Y tú cómo estás?

—Hecho una verdadera mierda. Nunca me había visto en esta situación y me viene muy grande. Me jodió perderla hace dos meses, pero lo de ahora es diferente — Estaba en el jardín, dando vueltas como un loco —. Cuando nos separamos noté que no era un adiós, lo dejamos por la situación que estábamos viviendo, pero esto es distinto. Es tener la posibilidad de perderla para siempre.

—Tienes que ser positivo Dominik. Sé que es muy fácil decirlo, pero tienes que luchar por ella y por mantenerte a su lado. Y te recuerdo que los problemas no vienen solos, sé fuerte.

Los consejos de mi madre me animaron un poco. Tenía mucha razón en todo lo que me decía, y no tenía alternativa. Si seguía siendo negativo lo único que iba a conseguir era un trágico final. Y deseaba todo lo contrario.

Volvimos al hospital, Jeff y yo esperábamos en el pasillo mientras Matt y Sheena estaban reunidos con el médico. Yo hacía lo único que había hecho hasta ese momento, un surco en el suelo de un lado a otro.

—¡Dom, tranquilízate joder! —me soltó Jeff.

—¿Cómo cojones quieres que me tranquilice?

Salieron de la consulta. Me quedé sin respiración por el ansia de escuchar el diagnóstico.

—Saldrá de esta — Matt tenía una pequeña sonrisa en su cara, por fin una buena noticia —. Lo único que no sabemos es cuándo.

—El médico nos ha dicho que hoy la subirán a una habitación y que hagamos lo posible por traerle recuerdos de su vida cotidiana. Eso la puede ayudar a volver antes —nos informaba Sheena —. Antes de comer nos dejarán volverla a ver antes de que la lleven a planta. Por la tarde ya podremos estar con ella todo lo que queramos.

Al fin venían buenas noticias. La visita que hicimos no fue como el día anterior, estábamos todos más animados y mucho más tranquilos. Mientras Matt y yo esperábamos en el pasillo me sugirió volver a casa para prepararle la habitación del hospital. Se había propuesto trasladar gran parte de sus recuerdos a la estancia donde permanecería ingresada. Me confesó que era un impaciente y que quería de vuelta a su niña cuanto antes. No me pude negar a ayudarlo. Nos fuimos directos a su casa y una vez en la habitación empezó a descolgar algunos posters. Yo, mientras, volvía a mirar a mi alrededor. Una guitarra y un reproductor portátil de música. Ese sería mi aporte. Me había

propuesto traerla de vuelta a través de lo que nos había unido, la música.

Aquel hombre y yo volvimos como un rayo al hospital. Comprendí de quien había heredado el amor por la dichosa velocidad, de su padre. Cuando llegamos ya la habían instalado en una habitación pequeña, para ella sola. Tanto su padre como yo no perdimos el tiempo en hacer suyo aquel recinto. Colgamos los pósters, pusimos algunos muñecos de su infancia en el cabezal, su guitarra enfrente de ella y el reproductor de música en la pequeña mesa que había al lado de la cama. Sheena se reía de nosotros y Jeff nos ayudaba en lo que le mandábamos. Cuando acabamos de adecantar aquella habitación me acerqué para verla.

—Creo que vamos a ir los tres a tomar un café —propuso Sheena para dejarme a solas con ella—. Ahora volvemos — Me miró y me guiñó el ojo.

Me senté en la cama, cerca de su cuerpo y besé su mejilla. Estaba suave y ausente, pero era ella. El médico nos había dado buenas noticias y un atisbo de esperanza apareció en mi consciencia. Necesitaba pedirle perdón.

—Lo siento, he sido un gilipollas —empecé—. Los putos celos me hicieron perderte, pero es que joder, entiéndeme. No era una cuestión de posesividad, es una cuestión de integridad — No sabía si me escuchaba, pero me quedaría más tranquilo si lo soltaba de una vez—. Éramos dos extraños. Me apartabas de todo y me mantenías lejos. Las fiestas, el alcohol... Todo aquello era una locura. La manera en la que me echaste de tu vida me hizo tanto daño que no encontré la manera de seguir a tu lado. Perdóname. Te quiero, y esperaré lo que haga falta.

Fui hasta la guitarra. Volví a sentarme con ella en la cama y la afiné. Los primeros acordes de "*Little black submarines*" de los Black Keys sonaron, al tiempo que mi voz cantaba aquella canción. Usaría lo que nos unió en el pasado para traerla de vuelta. Por eso estaba allí.

Minerva luchando con Neptuno

Mis Tíos, Joel y Paolo, cocinando el día de navidad. El estómago me va a explotar. Mi madre y mi padre se besan cada vez con más amor. Descubro el significado de aquel sentimiento. Abro mis regalos de navidad al lado del árbol. Una nueva guitarra, esta vez eléctrica. Encuentro mi vocación y talento. Mamá lo consiguió y papá se conformó. Mi nueva mejor amiga, la guitarra eléctrica.

Crezco. No quiero. Me enfado. Estallo en un mar de hormonas. Mi madre me explica que ya soy una mujer. Solo puedo decir que es horrible. Me duelen los pechos. No para de salir vello. Me vuelvo más impaciente. Los ensayos cada vez son más duros. Odio crecer. Los chicos no dejan de acercarse. Pienso que no está del todo mal crecer.

Conozco al abuelo. El abuelo Matthew. Papá está tenso y mamá lo consuela, le anima. No se sueltan de la mano hasta llegar allí. Mi abuelo abraza a mi padre nada más verlo. Se disculpa entre lágrimas. Mi madre me rodea con el brazo. Aprendo el significado de perdonar.

Momentos difíciles para mis padres. Elementos de su pasado azotan su estabilidad. Una mujer rubia, esbelta y guapa. Ha venido a por su redención. Nunca había visto a mi madre así. Su mirada no es dulce. Se nota el dolor y el rencor en su expresión. Las palabras que oigo son dolorosas al igual que los sollozos de aquella mujer. Vera es su nombre. Y con el tiempo me explican quien fue en la vida de mis padres.

Mi primer beso. Dulce e inexperto. Deseado y jugoso. Excitante y esperanzador. Mi corazón palpitando sin parar. Mi corazón roto en mil pedazos por primera vez. Primer desengaño, pero no el último.

Mi primer viaje con el conservatorio. Noruega. Conozco a Ansgar y Mikkel. Nuestra afinidad es inmediata. Tengo claro que quiero permanecer cerca de ellos. Son los hermanos que nunca he tenido.

Mi único y verdadero amor

En cuanto me enteré de que Minerva estaba ingresada en el hospital no dudé ni un minuto en ir hasta allí. Claudia insistió en acompañarme con el crío, al fin y al cabo, habían sido compañeras de trabajo y eso es imposible de olvidar.

La recepcionista nos dijo la planta y la habitación y fuimos directos hasta el ascensor. Metimos el cochecito del niño y subimos. Estaba nervioso. Enfrentarme a sus padres después de todo lo que pasó me daba pánico, pero más me aterraba ver a Dominik. A él no lo veía desde la noche en la que me descontrolé.

Entramos sin llamar a la puerta y solo nos encontramos con él y Minerva. Su rostro estaba magullado y toda su imponente física se había esfumado. Estaba totalmente vulnerable.

—Hola Dominik —le saludé mientras empujaba el cochecito de Bastián—. ¿Cómo está?

—El médico nos ha dado buenas noticias, el coma es reversible. Lo que no saben es cuando despertará.

—Menos mal — Me quité un peso de encima. Un sentimiento de culpabilidad me había invadido desde que me habían dicho que tuvo el accidente la misma noche que cenamos juntos. Me acerqué hasta ellos y le cogí la mano a Minerva. Estaba fría y sin su característica energía. No se merecía estar en aquella dolorosa situación. Noté la mirada de Dominik fulminarme —. Creo que debería pedirte perdón. ¿Puedo invitarte a un café y hablamos?

—No tengo nada de qué hablar.

—Dominik, hagámoslo por ella. Os debo una disculpa a ambos, y a ella ya se la di.

Suspiró y cerró los ojos. Se tomó un tiempo para darme una respuesta. Volvió a mirarla, acarició su mejilla y repitió el suspiro. Me miró fijamente.

—De acuerdo —dijo a la vez que se levantaba. Se acercó a Minerva y le dio un beso en la mejilla.

Claudia se quedó allí con el crío. Cuanto antes tuviera esa conversación con él, mejor. Quería que supiera que deseaba arreglar las cosas. No buscaba en ningún momento hacerles daño, todo lo contrario.

Seguía queriendo a Minerva con locura, pero perdí mi oportunidad. Y la perdí yo solo. Sin ayuda de nadie. Mis adicciones y mi manera de actuar nos llevaron a tomar caminos separados. Por desgracia, nuestro final fue demasiado amargo y violento, pesaba en mi consciencia.

Guié a Dominik hacia una cafetería que había cerca del hospital que conocía. Al menos quería que el café fuera bueno, en los hospitales no solía tener buena fama. Nos sentamos en una mesa cerca de la ventana y no dijo nada. Pedimos dos cafés y siguió con el mutismo.

—Lo siento —empecé—. Siento muchísimo lo que pasó aquella noche y todo lo demás que tuviste que presenciar — Me miraba fijamente, con la boca cerrada —. Pero quiero que sepas esto por mí. La noche que Minerva tuvo el accidente cenamos juntos — Su mirada fue más intensa, si cabe —. Quería disculparme con ella por lo que le hice. Mantuvimos una amistosa charla y nada más. Te quiere — Sus ojos seguían impassibles —. No te voy a mentir, la sigo queriendo. Pero no es recíproco tío. Sin ti está perdida.

Un camarero nos sirvió los cafés y pausó aquel frío ambiente. Dominik era un bloque de hielo.

—Mi único objetivo ahora mismo es cuidar a mi hijo. Mantenerme sobrio y darle a ese pequeño todo lo que necesite.

—Bien — Esa fue su única respuesta. Cogió la pequeña taza y, de un sorbo, se acabó el café —. ¿Has terminado?

—Dominik, entiendo tu postura, pero necesito que me perdones. No puedo cargar con esta culpabilidad el resto de mi vida.

—Por mí no cargues nada. Limitate a no volver a hacerlo y educar a tu hijo como dices que lo quieres hacer. Lo único que me importa a mí ahora mismo es Minerva — Sus palabras eran duras, pero al menos eran palabras —. Si ella te perdonó es cosa suya — Cruzó los brazos —. Somos distintos, y yo, por desgracia, soy difícil de convencer.

—Lo entiendo, y no te estoy pidiendo que seamos amigos porque no lo seremos nunca — Apoyé los codos en la mesa —. Pero nos une ella. No he renunciado a su amistad, y no pienso renunciar a eso.

—¿Por qué deberías hacerlo? ¿Por mí? — Abrió sus ojos de golpe —. No soy ese tipo de persona. Minerva puede tener las amistades que le apetezca, no soy posesivo. Además —añadió—, no estoy seguro de que cuando despierte quiera volver a verme.

—Eso no es cierto — Por sus palabras supe que no le había dado tiempo a hablar con él —. Durante la cena hablamos de ti. Iba a ir en tu busca antes de

tener el accidente.

Supe que aquello lo dejó trastornado, pero era necesario. Tenía que saber que él estaba allí para completarla. Ella lo había elegido de manera inconsciente. Su corazón lo escogió a él sin imponerse nada.

Volvimos a la habitación y estaban todos. Saludé a Jeff y al que fue mi suegro. Me felicitaron por mi aspecto y por mi paternidad. Sheena sostenía a Bastián en los brazos y mi pulso se aceleró. Me encantaría que ese niño fuera de Minerva y que ella fuera su abuela. Ya no había posibilidad.

—Tienes un hijo precioso —dijo con una sonrisa mientras me daba al niño—. Cúidalo. Tus prioridades han cambiado y, si es necesario, le tendrás que dar la vida.

Sólo asentí con la cabeza y miré a mi hijo. Él era el motivo por el cual me había rehabilitado. Mi único motivo para convertirme en el hombre que debía ser, luchar por darle lo mejor y ayudarlo a crecer por el buen camino. Podía hacerlo. Conocía el camino de aquella destrucción y, si se daba el caso, le daría la protección y el apoyo necesario.

Nos quedamos un rato en la habitación. Dominik no se separaba de Minerva ni un minuto. Matt y Sheena permanecían sentados uno cerca del otro. Y Jeff estaba desubicado. Creí que debía hablar con él y me lo llevé al pasillo, no quería molestar al resto.

—Te veo muy bien tío, me alegro —me dijo en cuanto cerré la puerta.

—Sí, ese pequeñajo me ha dado el empujón necesario. ¿Cómo estás?

—No lo sé —dijo bufando—. Estoy muy preocupado. Sé que el médico ha dado buenas noticias, pero si algo sale mal, se hundirá. Conozco desde hace muchos años a Dominik, y está enamorado hasta las trancas de ella. Si algo malo sucediera lo perdería para siempre.

—Minerva es la tía más fuerte que he conocido, saldrá de está.

—Aún no he podido ni decirle a Dom que me llamó horas antes del accidente.

—¿Te llamó a ti?

—Sí, quería que le dijera dónde estaba su Romeo. Le dije lo único que sabía, no me explicó nada más. Salvo que quería volver a estar con él. Putas casualidades, justo cuando se había decidido a recuperarlo le pasa esto.

—Yo no creo en las casualidades. ¿Qué habría pasado si Minerva se presenta delante de Dominik por sorpresa? Es un tío muy frío.

—Lo sé, es uno de mis mejores amigos, lo conozco demasiado. Habría sido difícil al principio, pero habría acabado cediendo. La ama.

—El destino lo ha hecho así por algo. Para poner a prueba su amor y para que se den cuenta de que lo más importante es liberar el amor. No hay que retenerlo.

—¿Te has vuelto poeta o qué? —me soltó con una leve sonrisa.

—Se podría decir que he tenido mucho tiempo libre últimamente.

—Me alegro de verte bien, de verdad — Me dio unas palmadas en el hombro —. ¿Volverás a tocar?

—Supongo —soñé —. Sé que Ansgar y Mikkel siguen sin guitarrista ni batería, y ellos quieren seguir tocando.

—Vuelve con ellos. Volved a tocar juntos. Hacedlo bien esta vez.

Sus palabras me transmitieron la esperanza que necesitaba. Anhelaba volver a tocar en un grupo, y qué mejor que en el que me lo había dado todo.

Era pronto, pero volvería.

Minerva en la guerra de Troya

Soñamos con formar una banda. Ansgar me reta con la guitarra. Imposible. Mi mejor amiga y yo somos inigualables. Componemos sin parar. Experimentamos riffs y distorsiones. Pronto salimos a la palestra. Nos falta algo. Nos falta alguien.

Chris. Una bestia en la batería. Las baquetas parecen palillos en sus manos. Ansgar y Mikkell me retan a que consiga que sea nuestro batería. Lo consigo en el lavabo de aquel bar. Es un auténtico torbellino. Pura bestialidad amorosa. Es mi hombre. El torbellino que he estado esperando todo este tiempo.

Un torbellino delicioso que se amargó con el tiempo. Arrasando mi vida. Gritos, drogas, descontrol, situaciones enfermizas y engaños. Dolor. La imposible tarea de germinar lo que está muerto. No puedo continuar. Mi corazón no se mueve cerca de él. Ha dejado de latir por él.

Dominik. Noto un hormigueo por todo mi cuerpo. Su recuerdo ha provocado esa reacción. Los felices días a su lado. Noto como si una aguja me atravesara el cerebro, duele. Su tranquilidad me completa. Mi inspiración aumenta a su lado. Es un estallido de creatividad cada vez que me toca. Vuelve a apretarme el cráneo. Gritos. Lo echo de mi vida. Celos. Me quedo sola y me encierro. Le quiero, pero no quiero volver a pasar por lo mismo.

Chris vuelve. Rehabilitado. Confusión. Está muy guapo. Ha vuelto el torbellino dulce. Me engañó con otra. La gente no cambia, volvería a hacerte daño. Sus ojos me atrapan y sus manos me cautivan. Sus celos y posesividad acabaron conmigo. No le quiero, no le amo. Es padre. Me sigue queriendo, pero tiene un bebé. No puedo. Mientras me prometía cambios dejó embarazada a Claudia. Es tarde. Muy tarde.

Mi corazón solo baila al son de un hombre. Lo necesito.

Tres

Me desperté en la habitación del hospital. Miré el reloj y calculé que había dormido solo tres horas. Y esas tres horas no me sirvieron para descansar. Tres horas de sueño, tres días sin Minerva y tres cafés para el desayuno. Nunca me gustó ese número.

Fui hasta el reproductor de música e hice una lista de canciones mientras me ausentaba para desayunar. La primera noche me quedé con ella. En aquel minúsculo aparato tenía música de todo tipo, pero las canciones que escogí tenían un significado especial entre nosotros. Canciones tranquilas que sabía que le habían dejado huella en el pasado.

Desayuné como un rayo y no tardé en volver a subir. No había llegado nadie todavía, así que me tumbé a su lado en la cama. Sonaba “*Heroes*” de Bowie. Le cogí la mano y me aferré a ella. Empecé a cantar. De pequeño me encantaba aquella canción. La voz de Bowie me empujó a aferrarme más a ella y darle tiernos besos.

La mano que yo tenía agarrada tuvo un pequeño espasmo. Me sobresalté. En aquellos tres días no había dado ningún tipo de señal. Aquello tenía que ser importante. Me incorporé y seguí haciendo lo que había empezado. Le cantaba, le daba besos y la acariciaba. La estrella de Bowie me estaba ayudando desde donde estuviera. Aquel hombre era mágico. Lo peor fue cuando empezó a sonar “*Lady Stardust*”. El destino era curioso. No había una letra mejor que la describiera. Bowie y yo la haríamos volver de su eterno sueño.

Me fijé en sus ojos y pude ver como se movían bajo los párpados.

Sus padres aparecieron por la puerta y vieron lo que estaba ocurriendo. Nos miramos y, solo con ese gesto, supimos lo que teníamos que hacer. Rodeamos la cama y la ayudamos a volver. Yo seguía cantando y su madre hacía lo mismo. Matthew se puso al lado de su cabeza y no se apartaba de allí ni un centímetro.

Sus ojos y labios se movían en pequeños tics.

—Vamos princesa, eres fuerte —decía su padre constantemente.

Sheena temblaba y buscaba nuestro contacto. En tan solo tres días me había unido muchísimo a ellos. Me trataban como a uno más de la familia y yo les devolvía el trato. Éramos el apoyo que necesitábamos y que nos hizo

crear un fuerte vínculo.

Seguíamos cantando hasta que algo nos hizo parar. Era como si sus ojos se intentaran abrir, y creí ver como se abrían de par en par. A la vez, sus manos se movían mucho más. La teníamos de vuelta. No podía ser otra cosa. Mis dedos temblaban e intentaba calmarlos aferrándome a ella. Los nervios me estaban paralizando, pero debía continuar.

Mi corazón palpitaba a mil por hora. No podía creerme que estuviéramos tan pronto en aquella situación, pero la necesitaba. Mucho. La quería, como nunca antes había amado a nadie. Dolor, placer, sufrimiento y gozo. Una mezcla de sensaciones que convivían dentro de mi pecho y de mi cabeza. Debía aferrarme a lo que mi corazón me decía. No era capaz de soportar otra vez el malestar que se había instalado en mi alma con nuestra separación. Jamás la olvidaría.

Minerva guiando a Ulises

Conduzco. A lo lejos veo un coche descontrolado y a una velocidad desmesurada en el carril contrario. No me da tiempo. Oscuridad. Dolor. Otro agujonazo en mi mollera.

...Yo no quiero ser tu amigo, solo quiero ser tu amante... Dolor. Me duele la cabeza.

...Nena, estoy aullando por ti... Dolor. Los pinchazos en la cabeza son constantes. Tengo náuseas. Me siento como si estuviera en el fondo del mar y nunca llegara a la superficie. Necesito un salvavidas. Que alguien me saque de la profundidad. Quiero respirar.

Presión en mi cerebro. Duele. Noto un hormiguelo en mis dedos. Me zumban los oídos. Me pesan los ojos. Quiero abrirlos. Quiero verle. Solo quiero verlo a él. Quiero volver a ver sus ojos azules. Vuelve a mí. Perdóname.

Mis oídos no dejan de zumban, y cada vez se vuelve más nítido. Oigo a mis padres. Mi corazón palpita fuerte. Me siento en una eterna taquicardia. Todo mi cuerpo está a punto de estallar. Empiezo a ser consciente de mi entorno, sin abrir los ojos.

Un contacto suave en mi mano me provoca un estremecimiento. ¿Adónde se dirigía mi cuerpo? Me sentía como si caminara por un camino que había llegado a una bifurcación. Donde había dos carteles enormes que indicaban el nombre de sendos caminos. Sueño y realidad. Tenía que elegir.

...Yo no quiero ser tu amigo, solo quiero ser tu amante... Dominik. Su voz provenía del camino de la realidad. Y no dudé ni un instante en tomarlo. Dolía. Pero merecería la pena.

Quería volver a verle. Volver a él.

El estribillo de tu vida

Estaba luchando por volver. Sus dedos empezaban a moverse sin parar, asustándonos a los tres. Necesitaba su vuelta. No volvería a separarme de ella nunca más.

Su mano derecha cada vez se zarandeaba más y más. Se la rodeé con la mía al igual que su madre lo hizo con la otra. Su padre tenía su cabeza entre sus manos. Los tres le pedíamos que volviera con nosotros. Todos la necesitábamos. No podía perderla. La quería demasiado.

—Cariño, no nos abandones —susurraba su madre—. No puedo dejarte ir, ya he vivido esto muchas veces, no lo hagas. Por favor.

—Shee, volverá —dijo Matthew sin perder el contacto con sus dos mujeres.

Oírles me hacía estremecer. Deseaba lo mismo que ellos. Me impacientaba. Busqué aún más su contacto. Acerqué mis labios hasta su mano y la besé. Mi roce contra su piel hizo que me apretara la mano. Mi instinto me condujo a no parar. Sus padres vieron como respondía Minerva a mis estímulos y me dejaron más espacio saliendo de la habitación. Me propuse traerla de vuelta. El médico nos dijo que sería complicado, pero que no había nada imposible. Nos aconsejó que le habláramos, la mimáramos y le trajéramos recuerdos. Intentar con elementos de su vida traerla de vuelta. Tuve una idea.

Me acerqué hasta su oído y le canté flojito. Arrugó la nariz. De vez en cuando apretaba los ojos o los puños, y aquello me animaba a seguir haciendo.

Acariciaba su cabeza mientras tarareaba suave. Dormía profundamente, pero en cada reacción me sobresaltaba. Debía continuar. No podía parar.

—...*I don't want to be your friend, I just want to be your lover...* — Su brazo derecho me agarró. Muy fuerte. No dejé de cantar. Su pulso se aceleró. Su boca emitió un gruñido y no paré en ningún momento.

El aparato que estaba conectado a Minerva empezó a pitar. De repente, sus ojos oscuros se abrieron y me miró fijamente. Sus pupilas parecían dilatadas, pero quise pensar que me conocían. Aquello no tardó en llenarse del personal sanitario y me echaron de la habitación. Sheena y Matthew se levantaron nada más verme salir, con los ojos abiertos de par en par. Me preguntaban

qué había ocurrido, que a qué se debía el jaleo que se había formado. Y les comuniqué lo que tanto deseábamos.

—Minerva ha vuelto —dije en un suspiro de alivio.

Solo recuerdo verme rodeado por aquella pareja. Me apretaban entre lágrimas. Me decían que era un ángel. Un salvador. Que alguien me había enviado cerca de su hija para protegerla. No paraban de decir el nombre de “*Michael*”. Tendría algún significado, pero no era el momento. Solo queríamos saber cómo estaba y en qué situación nos encontraríamos.

Desde la puerta mirábamos hacia la cama. Había demasiado personal médico, nos era imposible distinguir algo. Era desesperante. Hasta que de pronto dejaron de moverse todos y fueron despejando la habitación. El médico nos miró y vino hacia nosotros. Con un ritmo tranquilo.

Salió de la habitación y cerró la puerta con cuidado. Nos enseñó una amplia sonrisa.

—Está estable, pero necesita tiempo. Volver del coma no es fácil. Los próximos días irá despertando y veremos que síntomas padece. Ahora permanecerá dormida, pero con la certeza de que se quedará con nosotros. Su visión puede ser reducida y no podrá apenas hablar. Paciencia. En estos casos solo se trata de tranquilidad —explicaba el doctor mientras tenía su mano apoyada en mi hombro—. Buen trabajo —me dijo mostrando la misma sonrisa con la que había salido de la habitación.

Seguía rodeado por Matt y Sheena. Abrumado y eufórico. Después de unos largos casi tres meses, la calma volvía a mi cuerpo. Necesitaba volver a verla. Hablar con ella. Mantener contacto visual.

—¿Podemos verla? —pregunté ansioso.

—Por supuesto —me contestó el médico—. En cuanto el personal sanitario acabe de prepararla podrán entrar.

Me derrumbé. Literalmente. No en el sentido de estar hundido, sino de agotamiento. Deslicé mi espalda por la pared hasta sentarme en el suelo y hacerme un ovillo con mis propias piernas.

No supe cuanto tiempo tardaron las enfermeras en notificarnos que podíamos entrar. Pero se me hizo eterno.

—Pueden entrar a verla. Lo único que deben dejarle tiempo para recuperarse. Es demasiado pronto para que pueda hablar con claridad y moverse —notificó una enfermera menudita.

—Lo importante es que ha vuelto —dijo su padre.

—Eso sí, pronto la volveremos a tener encima de un escenario aporreando una guitarra —nos animó una de las enfermeras.

Les cedí el paso a Matthew y Sheena, pero se negaron.

—Creemos que deberías entrar tú primero. Sin ti ella no habría vuelto — me comunicó Sheena.

—Gracias —dije con un hilo de voz.

Entré a la habitación despacio. Sin apenas hacer ruido. Cuando la vi ya no estaba entubada. Seguía moviendo los ojos, incluso los abría un poco para volverlos a cerrar.

Me acerqué con movimientos felinos y me senté a su lado en la cama, con mucho cuidado.

—Minerva... —susurré cerca de su oído.

Me respondió volviéndome a agarrar con su mano derecha. Abrió sus labios para coger aire y emitió un leve gruñido. Era incapaz de hablar.

—No... Tranquila... —se me encallaban las palabras, pero su mano seguía agarrando mi brazo —. No podía perderte — Se me humedecieron los ojos.

Luchaba por mantener los ojos abiertos. Pero no era capaz de aguantar los párpados. Pasé mi mano por su frente y noté como soltaba su agarre de mi brazo para volverlo a apretar. ¿Quería decirme algo?

—¿Me oyes? — Volvió a soltar y a apretar. Supuse que era un sí —. ¿Me ves? — Me apretó dos veces —. ¿Es un no? — Apretó solo una vez. Vale, ya nos empezábamos a entender —. Joder, lo siento mucho —solté sin pensar —. Debería haber hablado contigo antes, me encerré en mi puto mundo y... — Su constante apretón me cortó la conversación —. No sé ni que decirte — Me soltó e intentó hablar, pero todo quedó en un suspiro, no fui capaz de entenderla.

Me acerqué a sus labios para oírla y, ver su boca tan cerca de mí me hizo perder la cabeza. Pero debía comportarme. Debía recuperarse de todo aquello y ser consciente de lo que queríamos hacer. Era muy probable que me enviara a la mierda.

Volvió a coger aire y presté mucha atención.

—No... —dijo en un hilo de voz —. Vuelvas... — Abrí mis ojos de par en par, ¿qué iba a decirme? ¿Qué no volviera a su lado? Cogió un poco más de aire y... —. A dejarme...

Cerré mis ojos y suspiré aliviado. Dejé caer mi cabeza entre la suya y su cuello y rompí a llorar como un crío.

—Te quiero, joder, no pienso dejarte nunca más — Noté su brazo encima

de mi espalda y seguía sollozando —. Jamás, repito, jamás te dejaré ni olvidaré.

Lady Stardust

Había pasado una semana desde que Minerva se despertó. En cosa de dos días recuperó la voz y el apetito, pero sus piernas y la vista seguían durmiendo. Habíamos conseguido que se levantara un poco todos los días e intentara caminar, pero se cansaba enseguida.

El médico nos aseguró que era totalmente normal. Aunque habían sido pocos días los que estuvo en coma, eran suficientes para que causara tales efectos secundarios. El diagnóstico era muy optimista. Y todos estábamos contentos, sobre todo yo. No me había separado de ella desde que llegué a Alemania, y no pensaba hacerlo. Una noche nos dejamos bien claro el uno al otro lo que pensábamos. Y, porque estaba en el hospital, que si no le hubiera hecho el amor de todas las maneras posibles.

—Nunca más Dominik —me decía—. No voy a hacerte sufrir nunca más. Perdí el norte — Sus manos siempre me acariciaban la cara. Como no veía con claridad al menos podía sentir mi rostro —. No tiene justificación alguna mi comportamiento.

—Tranquila, ambos hicimos cosas que no estuvieron bien. Yo me callé todo lo que pensaba. Sé que si te hubiera dicho que íbamos a acabar así, podría haber frenado todo aquello.

—Dom, la vida me ha dado una segunda oportunidad. He tenido tiempo para volver a vivir mi infancia y ser consciente del ritmo de vida que he llevado tanto tiempo. No puedo seguir así. Acabaría conmigo.

—Estaremos juntos. Pase lo que pase.

Aquella noche dormimos en la cama de la habitación del hospital abrazados. Pronto le darían el alta y volvería a su casa. Al menos eso esperaba yo.

Familiares y amigos se acercaban al hospital constantemente, pero hubo una visita que la animó más que ninguna. Ansgar, Mikkel y Chris se acercaron hasta aquellas cuatro paredes con la finalidad de hacerle pasar un buen rato. Habían cargado con un par de guitarras y con ganas de inyectarle a Minerva una buena dosis de música. La medicina que mejor le estaba funcionando.

Los dos hermanos se sentaron en dos asientos y pusieron las guitarras en

marcha.

—¿Qué te apetece oír? —preguntó Mikkel sonriente.

—Sorprendedme. Me conocéis muy bien —contestó sentada en la butaca en la que solía pasar parte de la tarde. Desde que era capaz de sostenerse sola se había convertido en un símbolo de su mejoría. El hecho de no estar tumbada en la cama era un gran avance. Cada día me recordaba lo mucho que quería volver a su piso, conmigo. Recuperarse de aquella pesadilla y replantearse una vida a mi lado. Sus palabras me llenaban tanto que me hacía volar hacia una nube de la cual no quería bajar nunca.

Las primeras notas de “*Here comes the sun*” de los Beatles aparecieron en la guitarra de Ansgar. Se me hacía muy raro oírles tocar algo tan diferente a su estilo, pero sin darnos cuenta estábamos cantando los cuatro. Chris, totalmente renovado, seguía el compás con las manos picando en una de las mesas. Mikkel hacía la segunda guitarra y yo me uní a ellos en la voz. Mereció la pena aquel despliegue solo por ver su enorme sonrisa en la cara.

Enfermeros, auxiliares y algunos pacientes se acercaron hasta allí para disfrutar de la pequeña e improvisada actuación acústica. No todos los días tienes la suerte de ver a uno de los grupos que, en poco tiempo, se había colocado en un puesto importante en la música. Aunque su futuro era indeterminado. Minerva tenía que tomar una decisión, y no por falta de proposiciones.

—Sin ti el grupo ya no es el mismo —decía Ansgar. Él era el que estaba más unido a ella y, como yo, la necesitaba para seguir adelante —. Eres la esencia de “*Vulcano*”. Obviamente, si dices que sí, te esperaremos todo el tiempo que haga falta.

—Ansgar, no puedo —soltó tajante —. No hay nada que me haya reconfortado tanto como compartir escenario, canciones y creatividad con vosotros, pero no puedo —decía después de recomponerse de la llorera con las canciones acústicas que le habían tocado —. Os quiero a todos, muchísimo, pero ahora no puedo.

—Te entendemos, nena —dijo Chris. El “*nena*” me pilló algo descolocado, me cabreó, pero no tenía de qué preocuparme. Minerva quería estar conmigo y me lo decía a todas horas. Los celos no tenían ningún sentido —. Ahora necesita descansar —habló a los dos hermanos —. Siempre estaremos a tu disposición, ¿vale? Nunca te cerraremos la puerta.

—Gracias, Chris — Le mostró una sonrisa de agradecimiento —. Es justo lo que necesito, volver a mi casa. Tener una vida normal y, a partir de ahí,

mirar hacia el futuro con mi cuerpo al más alto rendimiento — Me miró y me agarró la mano. Me acerqué a ella y me senté en el brazo de la butaca, rodeándola.

—Te voy a echar mucho de menos —dijo Ansgar—. Nuestra historia, nuestros sueños y nuestras metas ya no son los mismos —suspiró cabizbajo—. Va a ser imposible.

—Podrás hacerlo. Debes hacerlo —pronunció Minerva con fuerza—. Hazlo por mí. Recuerda todo lo que nos ha unido y hemos sufrido para llegar a ser un grupo reconocido. No me importa que me pongáis un sustituto o una sustituta, de verdad.

—No puedo hacer algo tan personal con alguien que no conozco — Se le veía muy afectado—. Lo sabes.

—A mí no me conocías la primera vez que tocaste la guitarra en el campus, ¿recuerdas? — Veía en sus palabras que intentaba animarlo y pude percibir que tenía una decisión tomada, pero que no quería mostrarla delante de ellos.

Cuando se fueron, cogí la guitarra de Minerva, que la había acompañado en aquella habitación desde que entró, me senté en una de las sillas y empecé a rasgar las cuerdas. Me había dado un poco de envidia y quería animarla. La visita le sentó bien, pero la tristeza de comunicarles que necesitaba tiempo le hacía daño.

—¿Te acuerdas de Italia?

—Sí — musitó curiosa.

—Tú, yo, un escenario a oscuras, una púa y nuestras guitarras — Empecé a tocar—. Ese día me di cuenta de que lo nuestro no era un capricho. Me había enamorado profundamente de ti. Y no había una canción mejor para definir aquello.

“*Creep*” de Radiohead volvía a envolvernos. Esta vez era yo el que se la tocaba y cantaba. Me miraba llorosa y yo le sonreía desde el asiento sosteniendo y tocando la guitarra.

Era una canción triste, pero a veces el significado de una letra no tiene porque serlo. Lo importante es lo que te hace sentir. Sus recuerdos. Y esta nos traía a ambos nuestro inicio. Lo que sentimos en aquel escenario fue increíble. No hicieron falta palabras para darnos cuenta de que entre nosotros había algo más que atracción.

Estuvimos solos un rato, pero en ese diminuto tiempo tuvimos tiempo para dedicarnos caricias y besos. Sus labios se habían vuelto más dulces y

apetitosos, y yo estaba que echaba humo. Debía ser muy paciente, quería que se recuperara y que se encontrara cómoda. El día que se sintiera con fuerzas para volver a hacer el amor, se lo haría con el corazón. Le acabaría de demostrar lo mucho que la amaba.

—Buenos días pareja —saludó el médico con una sonrisa en la cara —. Siento interrumpir.

Sheena estaba detrás del médico y tenía la misma expresión en su cara. Normalmente siempre venían ambos a la misma hora. El médico para echarle un vistazo, y Sheena para enterarse en primera persona de lo que decía el doctor y para ver a su hija.

Le hizo las preguntas rutinarias. Inspeccionó sus ojos y su movilidad y dictaminó sentencia.

—Creo que estás preparada para irte a casa —anunció —. Mañana por la mañana podrás marcharte.

Eran las palabras que necesitábamos. Una buena noticia.

—Doctor, ¿puedo hacerle una pregunta? —nos sorprendió a su madre y a mí. Escuchamos con atención —. ¿El conductor del otro coche sigue vivo? ¿Se sabe algo?

Nos cogió a todos por sorpresa que hiciera esa pregunta. Durante aquellos días no había preguntado por el coche que colisionó contra el suyo. El médico se puso a su lado en la butaca y se acuclilló.

—Minerva, es una suerte que los que habéis sobrevivido al accidente hayáis evolucionado favorablemente. Por desgracia, el conductor no lo logró.

—¿Había más gente en aquel coche?

—Sí. Llevaban el cinturón abrochado y eso los salvó. Son unos niños muy fuertes.

—¡¿Niños?! —gritó aterrada.

—Los hijos del conductor. Minerva, el padre era un alcoholico que tenía antecedentes por conducción temeraria y posesión de drogas. No es tu culpa.

—Joder, y yo aquí, lamentándome como una estúpida y esos dos niños deben de estar pasándolo fatal. ¿Puedo verles?

A su madre y a mí nos sorprendió aquella reacción.

—Como médico te aconsejaría que no lo hicieras, puede ser muy doloroso, pero como persona, si es lo que necesitas para estar tranquila, te acompañaré.

Y con una energía emergente se levantó del asiento y se apoyó en el médico. Me levanté de golpe y la agarré del brazo.

—Necesito ir a verles.

Y dicho y hecho.

El médico nos guió hasta la planta infantil del hospital. Notaba los nervios de Minerva solo con mantenerla sujeta. Aquello se estaba convirtiendo en algo muy importante para ella. Podía palparlo.

Entramos en una habitación donde solo habían dos camas y dos niños idénticos indefensos. No había nadie más.

Mi móvil empezó a vibrar en el bolsillo trasero. Lo saqué y vi el nombre de Amanda. Me sorprendí. ¿Por qué me llamaba la hija de la Señora Bell? No podía ser nada bueno.

Gemelos

Cuando vi a aquellos niños solos, indefensos y sin moverse en las camitas, algo en mi interior se removi6. Sentí la necesidad de acercarme a ellos y disculparme por lo ocurrido. Dom sali6 al pasillo arrugando su mirada hacia el m6vil. Por lo que pude notar no podía ser bueno.

Me acerqué a ellos con ayuda de mi madre. El médico me acerc6 una silla y me senté.

—¿Cómo os llamáis, peques? —pregunté dulcemente sin dejar de mirarlos a ambos. Eran como dos gotas de agua. Gemelos perfectos.

—Yo me llamo Nevin, pero suelen llamarme Nev.

—¿Y tú? — Mirando al niño de la derecha.

—Él es Hahn —respondió Nev.

—Tenéis unos nombres muy bonitos y muy alemanes. ¿Qué edad tenéis?

—Seis años.

—Vaya, que grandotes — Les sonreí y vi como aquel niño me miraba con tranquilidad y me devolvía la sonrisa.

Eran dos niños guapísimos. Pelo castaño oscuro y unos ojos azules profundos. A diferencia de los de Dom, que eran de un azul celeste. Eran muy delgaditos y blanquitos. Una inocencia que no debería tener cabida en un hospital.

—¿Dónde está vuestra mamá?

—Minerva... —me interrumpió el médico —. Es algo complicado. Deberíamos irnos.

—¿Por qué? —cuestionó el único niño que hablaba de los dos —. Nadie va a venir a vernos.

Todos los que estábamos en la habitación nos quedamos algo traspuestos. Era una confesión muy dura y realista para un niño de seis años.

—Nev, a partir de ahora, yo vendré a veros. Todos los días, ¿vale?

—¿Quién eres? — Sus preguntas con los ojos completamente abiertos me desencajaban, pero me desvivía por compensarles el vacío que el accidente podía haberles provocado.

—A partir de ahora, los tres hemos vuelto a nacer.

Y, sin saber porqué, le apreté a los dos las manitas y me respondieron de la misma manera. Mi cuerpo sintió un torbellino de emociones que antes no

había sentido. Aquellos críos necesitaban ayuda, y debía ser yo la que lo hiciera.

Me despedí de ellos con un “*hasta luego*” y fuimos al pasillo en busca de Dominik al pasillo. Vi a mi madre consolarlo mientras este no dejaba de llorar. ¿Qué estaba ocurriendo?

—¿Qué pasa? Dom, ¿qué sucede? —pregunté nerviosa.

—Es mi madre — Sus ojos celestes se habían cubierto de lágrimas —. Ha sufrido un infarto cerebral.

Solo recuerdo volver a la habitación con ayuda del médico y de Dom. Una vez allí el médico me dijo que debía mantener reposo, que lo único que iba a conseguir era ponerme peor. Me hicieron pruebas y alargaron mi vuelta a casa. No estaba preparada para vivir emociones fuertes. Y no me hacía a la idea de que Dominik se tuviera que ir. Pero tenía que hacerlo. Su madre había sufrido un ictus y tenía que estar junto a sus padres, lo necesitaban más que yo.

Mi madre y yo nos quedamos a solas por la tarde en la habitación. Mi padre y Dom se habían ido a arreglar el papeleo del viaje. Estaba destrozada.

—Le necesitan allí, cariño —decía mi madre mientras me recogía el pelo en una trenza, como cuando era pequeña.

—Lo sé, y tiene que hacerlo. Son sus padres, yo haría lo mismo en su lugar.

—Apenas habéis hablado. No os hagáis esto ahora. Os necesitáis.

—Joder mamá, lo sé, pero le necesito tanto que no soy capaz de hacerme a la idea de tenerlo lejos.

—Nos tienes a nosotros, cuidaremos de ti. Su lugar está al lado de sus padres, no seas egoísta.

—Y no lo soy, pero me duele.

—Céntrate en recuperarte.

Y eso fue lo que hice. Cuando volvieron, mis padres nos dejaron algo de intimidad.

—Lo siento —le dije.

—¿Por qué? Tú no tienes la culpa de que mi madre esté en el hospital.

—No es eso, es la manera en la que me he comportado, apenas te he dicho nada, no te he apoyado lo suficiente cuando tú te has desvivido por mí.

—Cielo, ahora mismo debes preocuparte por ti. Haz caso al médico, en todo lo que te diga. Haz los ejercicios que te manden y, en cuestión de días, si

todo va bien, volveremos a estar juntos. Te lo prometo.

—Me siento fatal, no te mereces tanta mierda.

—La vida es así, no para de darte golpes. Hay que aprender a encajarlos.

—Te quiero —confesé sin venir a cuento.

Me rodeó con sus brazos y sentí su calidez. Me aferré a él con ansia, para quedarme un pedacito de su alma hasta que volviera a estar conmigo.

—¿Sabes algo de cómo está tu madre?

—Está estable. He hablado con mi padre y está aterrado. La que solía poner calma en casa era ella. Se está volviendo loco.

—Apóyale Dom. Te necesita.

—Tú también me necesitas — Separó nuestro abrazo y me miró a los ojos. La mirada celeste que me dejaba paralizada. Podía estar mirándolo hasta la eternidad.

—Ahora depende de mí — Volví a abrazarlo —. ¿Cuándo sale el avión?

—A las cinco de la mañana me lleva tu padre al aeropuerto.

Teníamos unas horas antes de que marchara a su casa. Solo deseaba que su madre estuviera bien. Que solo fuera un susto. Me sentía desolada solo de pensar que le pasara algo a su madre, era lo último que necesitaba.

Sobre las ocho me trajeron la cena. Mis padres se fueron a casa a descansar y me quedé a solas con Dominik. Notaba el esfuerzo que hacía para intentar mantenerse cuerdo. Nunca me había sentido tan impotente. En otras circunstancias yo me habría marchado con él y lo habría mantenido a flote.

Estábamos abrazados en la cama cuando dos niños flacuchos, de piel lechosa, pelo oscuro y ojos profundos de color azul, se presentaron en la habitación. Eran Nev y Hahn. Una visita inesperada.

—Hahn y yo queríamos darte las gracias por venir a vernos —dijo uno de ellos.

—No me las déis, acabáis de hacer lo mismo — Intenté levantarme, y lo hice. Mis piernas poco a poco se iban acostumbrando al esfuerzo, pero iba demasiado despacio — Dom, te presento a Nev y Hahn — Fui hasta aquellos niños y los acerqué a Dom, este les saludó con una leve sonrisa —. La mamá de Dom se ha puesto muy malita y tiene que marcharse. Necesito que le digáis que haré bondad y que obedeceré al doctor. A mí no me cree —hablé en inglés, para que le hablaran en el mismo idioma.

—Te prometemos que cuidaremos de ella — Nevin se acercó hasta él y le cogió de la mano. Me sorprendió muchísimo la fortaleza de aquel niño tan

pequeño, a diferencia de su hermano que apenas había articulado palabra.

—¿Me lo prometéis?

Los dos niños asintieron con la cabeza, y no pude comprender el sentimiento que viajaba por mi pecho. Solo tenía ganas de abrazarlos y de darles el mundo si lo necesitaban. ¿Qué me estaba pasando? El accidente me había cambiado por completo. Había paralizado mi vida y mi carrera, era lógico que estuviera un poco perdida. Necesitaba tiempo.

—Si va la enfermera y no os encuentra en vuestra habitación, os van a echar una bronca de mil demonios —les advirtió Dom—. Os acompañaremos, ¿te ves con fuerza? —me preguntó mientras se levantaba y cogía a uno de los niños de la mano. Asentí con la cabeza mientras le enseñaba una sonrisa amplia.

Cogí al otro niño de la mano y con la otra me agarraba a Dom. Al meternos en el ascensor me emocioné como una tonta. Me vi reflejada en las paredes plateadas del ascensor y nos contemplé a los cuatro, como una familia. Dom a mi derecha rodeándome con su brazo izquierdo y con Hahn agarrado a su mano. Nev no se separaba de mí. Incluso veía como me animaba a continuar caminando. Aquel niño era muy valiente. Tenía la valentía que su hermano no tenía, incluso la mía.

Cuando llegamos a la habitación de los pequeños, los metimos en sus respectivas camas y los tapamos. Les deseamos buenas noches y les dije que por la mañana iría a verlos. Dom se despidió de ellos y les recordó la promesa. Tomamos el ascensor y me abracé al hombre que me había traído de vuelta del coma y que se marchaba sin saber cuándo volveríamos a vernos.

—Te amo Dom, no lo olvides. Aunque no pueda ir, estaré presente en todo momento, tienes todo mi apoyo.

—Lo sé. — Me besó en el cuello y me estremecí.

Iba a ser muy doloroso. Cuando volvimos a mi habitación nos tumbamos totalmente abrazados hasta que mi padre nos despertó. Llegó la hora.

Me despedí de él sin saber cuándo volvería a tenerle a mi lado. Debía curarme lo antes posible. Quería volar hasta su lado, apoyarle y vivir con él cada segundo de mi vida.

Mal presentimiento

Tomé ese avión con un mal presentimiento. Amanda me informó de que mi madre estaba estable, pero mi cuerpo no estaba tranquilo. Es cierto que estando a muchos kilómetros era complicado serenarse ante tal noticia, pero de aquello no podía salir nada bueno.

En cuanto salí del aeropuerto tomé un bus hacia el pueblo y llamé a Minerva para informarle de que había llegado bien. También aproveché para llamar a Jeff. Estuvo un par de días en Alemania pero tenía trabajo en Londres. Debía avisarle de lo que había ocurrido. De que Minerva evolucionaba bien y que iba camino de encontrarme con mi madre en el hospital.

—Maldita vida, tío —me decía—. Es una mierda. Los putos problemas no pueden venir de uno en uno. En cuanto pueda iré a veros.

—Tranquilo Jeff, has hecho muchísimo por mí. No hace falta que vengas, ahora debo tranquilizar a mi padre —le dije—. Casi no ha sido capaz de hablar conmigo por teléfono, debe de estar hecho un jodido flan.

—Cualquier cosa llámame, ¿vale?

—Gracias, nunca podré devolverte todo lo que has hecho por mí.

—Dom, eres mi mejor amigo. No solo estoy para correrme una buena juerga, también para apoyarte. Eres como el hermano que nunca he tenido. Y te recuerdo que me has unido a una mujer maravillosa, de la cual tengo un miedo brutal a seguir con esta atípica relación.

—Pues como hermano te digo que apartes tus miedos y te lances hacia la mujer a la que quieres. Carlee siente lo mismo por ti tío. No lo pienses más.

Lo dejé pensativo. Hacían una pareja perfecta. Ambos eran unas bellísimas personas que se desvivían por sus amigos. Llevaban tiempo queriéndose el uno al otro sin ser conscientes, hasta que la realidad les dio en toda la cara. El amor es impredecible y caprichoso.

Llamé a Amanda cuando me quedaban aproximadamente veinte minutos para llegar al pueblo. Mi padre no era capaz de descolgar el teléfono.

—¿Dónde está mi padre?

—Dom, ¿estás llegando?

—Sí, estaré a quince minutos, ¿por qué? ¿Qué sucede?

—Vale, te espero en la parada del bus. Salimos cagando hostias al

hospital.

Todas mis alarmas se encendieron. Era obvio que algo no iba bien. Me removía en mi asiento. Ansioso por llegar. Cogí mi mochila y me abracé a ella. Para salir disparado nada más llegar.

Así hice. Amanda me esperaba con el coche en marcha y me metí como un torbellino. Condujo todo lo rápido que sus reflejos le permitían. Sentía que cada segundo que pasaba en aquel coche, eran segundos menos con mi madre. Sentía que se iba.

Amanda me dejó en la puerta y me indicó la planta y la habitación donde la tenían ingresada. Subí por las escaleras a toda velocidad y en cuanto bordeé el pasillo y vislumbré el número de habitación, entré de golpe. Allí solo estaba mi padre, hecho un ovillo en la cama vacía.

—Papá...

Levantó la cabeza y me miró. Sus ojos estaban completamente inflamados y, al verme allí, se derrumbó. Fui hasta él y lo rodeé entre mis brazos. Estaba frágil y ausente. ¿Dónde estaba mi madre? No era capaz de articular palabra.

—Papá por favor, ¿dónde está?

—Está en quirófano —dijo entre sollozos—. Le ha dado otro ataque y se la han llevado corriendo.

Maldije. Una presión en mi cabeza no me dejaba reaccionar. Y me veía obligado a hacerlo, debía responder por mi padre. Estaba hecho una mierda.

—Tumbate, iré a preguntar a la enfermera, a ver si sabe algo — Fui capaz de decir.

En la planta no sabían nada todavía. Hacía una hora que se la habían llevado a quirófano. Y aquello no pintaba bien. Me reprendí a mí mismo por ser tan negativo, pero no era capaz de cambiar el registro a aquella diabólica sensación.

Amanda apareció y volvimos con mi padre para intentar serenarlo. ¿A quién quería engañar? ¿Cómo podía calmar a mi padre si yo mismo no era capaz de relajarme?

Las dos siguientes horas mi padre mantuvo la misma posición en la cama donde había estado mi madre. Y yo estaba haciendo un surco en el suelo de la habitación, caminando de punta a punta. Hasta que un médico entró en la habitación y los tres nos pusimos en alerta. Con su gesto supe que no eran buenas noticias.

—Señor Ward, hemos hecho todo lo que hemos podido. Lo lamento.

Mi madre había muerto. La mujer que me había dado la vida, que me había ayudado a crecer, que me había implantado unos valores y que me había enseñado a apasionarme por la música, me había dejado. Nos había dejado.

Enterré mi cara entre mis manos y lloré como un crío. Mi padre estaba en estado de shock y Amanda intentaba rodearme con sus brazos. Me dejé consolar. Me agarré fuerte a ella y derramé todas las lágrimas que pude. Pero aquellos no eran los brazos que necesitaba en aquel momento. Necesitaba a Minerva. Sus manos, sus brazos, su calor, su olor y sus palabras de apoyo. Necesitaba su voz.

Me aparté de Amanda y salí del hospital. Me empezaba a repugnar el típico olor del material sanitario, tanta esterilidad y palidez. Me prometí a mi mismo no entrar en ninguno nunca más. Cogí el móvil y la llamé.

—Dom, cielo, ¿cómo está? — Su voz me transmitía la paz justa que necesitaba, pero yo era incapaz de contestar —. Cariño, dime algo por favor. ¿Está bien?

—Ha muerto. —repliqué con un hilo de voz. Oí su respiración agitada a través del teléfono —. No he podido verla. No he podido despedirme de ella.

—Dom, mi amor, tranquilo —me decía —. Estoy contigo, ¿vale? Ahora mismo voy a ir para allí.

—No puedes —dije tajante —. No puedo perderte a ti también, necesito que te recompongas y recuperes tu vida. Yo debo cuidar de mi padre.

—No puedo dejarte solo, quiero estar contigo y apoyarte.

—Minerva, tengo que hacerlo solo. Te quiero, más que nada en el mundo, pero mi cabeza no puede con más contratiempos. Deja que arregle la situación y, sobre todo, mi cabeza y volveré a tu lado. Te lo prometo.

Me despedí de ella como pude. Era doloroso estar lejos de la persona que más amaba, pero dolía más haber perdido a mi madre sin poder despedirme.

Impotencia

Apenas pude pegar ojo aquella noche. Estar tan lejos de él y no poder ayudarle me hacía sentir inútil.

Por la tarde vinieron mis padres y les expliqué la situación. Mi madre tomó las riendas. Habló con Dominik y le tendió toda la ayuda necesaria, no paraba de repetirle que era un miembro más de la familia, y que no íbamos a dejarlo solo. Este le agradecía las muestras de cariño, pero seguía insistiendo en que era algo que tenía que hacer solo. Les dijo que me cuidaran y que me ayudaran a recuperarme. Que eso era lo único importante en aquel momento. Yo no estaba de acuerdo. Quería estar a su lado, no en un hospital del cual no me dejaban salir. El médico volvió a negarme el alta. Me estaba hundiendo. Aquel día apenas comí. Me sirvieron la cena pero no tenía nada de hambre.

—Así no vas a conseguir volver a su lado, no tires la toalla, cielo —me decía mi madre—. Si no pones de tu parte, no podrás ayudarle.

—¡Desde aquí no puedo hacer nada!

—Empieza por recuperarte y, una vez lo hagas, podrás volver a su lado — Se levantó y se fue de la habitación, sabía que ese gesto era para tranquilizarse y no decirme algo que me afectara más de lo normal.

Empecé a llorar como una tonta. ¿Cómo iba a ponerme mejor si no paraban de recordarme que no estaba bien? El médico se empeñaba en tenerme retenida en el hospital. Y si estuviera en mi casa, en mi intimidad, seguro que me recuperaría antes.

A los pocos minutos la puerta de la habitación se volvió a abrir y apareció mi madre con compañía. Nev y Hahn. Aquellos niños me rodearon y, como si fueran dos enfermeras, empezaron a prepararme la bandeja de la cena.

—Le prometimos a Dom que te cuidaríamos — Supe que era Nevin. Empezaba a distinguirlos.

Arranqué a llorar mucho más. Era algo jodidamente extraño. Hasta que Hahn, el niño que no había hablado en ningún momento, me abrazó con todas sus fuerzas. Nev lo imitó.

Me encontraba rodeada por aquellos dos niños con los que había sentido una sensación extraña. Me aportaban tranquilidad y amor. ¿Cómo dos niños de seis años eran capaces de hacernos sentir cosas así? No sé cómo se lo montaron pero me convencieron para comer algo. Después se quedaron muy

cerca de mí, ocupando los huecos que dejaba en la cama.

—¿Dónde está vuestra mamá? —les pregunté.

—No lo sabemos — Por lo visto el más hablador era Nevin, así que seguí hablando con él sin olvidarme de Hahn —. No ha venido nadie a visitarnos, y no lo harán. Solo ha venido una señora que no conocemos de nada. Nos ha hecho muchas preguntas sobre nuestros padres, tíos y abuelos.

Una asistenta social, supuse. Aquellos niños estaban solos. Y se me rompió el corazón en mil pedazos. Dos niños no se merecían una vida tan dura, tan cruda y tan cruel. Me sentí como una leona con sus cachorros. Sentí el deber de protegerlos.

Miré a mi madre y vi en su mirada algo que me transportó al pasado. La mirada con la que nos miraba a mi padre y a mí cuando yo era pequeña. Volví a mirar a aquellos dos cachorros y supe que no podía dejarlos desamparados.

Hahn desvió la mirada hacia la guitarra y vi que quería cogerla. Le animé a hacerlo. Normalmente no dejaba que cualquiera la sostuviera entre sus manos, pero lo que estaban haciendo aquellos niños por mí no era para menos. La cogió y, en comparación con su cuerpo, le iba enorme. No pude evitar sonreírle.

Mi teléfono empezó a sonar. Miré la pantalla y era Dominik. No tardé en descolgar. Mi madre me dejó intimidada.

—Cielo, ¿cómo va todo? —le pregunté.

—Mi padre está destrozado.

—¿Y tú?

—No lo sé... —Su voz era quebradiza. No sabía cómo podía animarlo, hasta que vi a los niños y se me ocurrió encender el altavoz.

—Nev, Hahn, saludad a Dominik —les dije. Nev contestó con un grito de alegría, Hahn no dijo nada.

—Hola enanos, ¿estáis cuidando a Minerva?

—¡Sí! —soltó Nev decidido —. ¿Cuándo volverás con nosotros? — Su pregunta me enterneció tanto que deseaba abrazarlos como la noche anterior. Era un impulso que me acompañaba desde que los conocí.

—Desearía estar con vosotros tres ahora mismo, pero no puedo. — Oímos un suspiro y Hahn se acercó hasta el teléfono, después de dejar la guitarra con mucha delicadeza en el mismo sitio, y se lo llevó a los labios.

—Te esperaremos.

Iba a ponerme a llorar como una boba. Eran las primeras palabras que oía

de Hahn, y se las había dedicado a Dominik. En aquel momento supe que era el inicio de algo eterno.

A los dos días me dieron el alta. Al fin. Me trasladé a casa de mis padres y me acomodaron en la que había sido mi habitación. No faltaba ni un día a rehabilitación y seguía los ejercicios a raja tabla. Lo hacía por Dom y por los niños, pero principalmente por mí. Debía de empezar a espabilar mi recuperación y tomar las riendas de mi vida. Cada día tenía más claro que para poder luchar debía de fortalecerme. Y empezaba conmigo misma.

Cada noche, Dom y yo nos dormíamos juntos. Lo malo es que era a través del portátil. Echaba de menos su olor, su piel y su calor. Podía percibir su dolor y tristeza, y yo le animaba a continuar adelante.

—Pronto podré coger un avión y estar a tu lado.

—Estarás a mi lado — me decía constantemente —. No quiero que vengas aquí. No ahora. Este sitio ya no es nada sin mi madre.

—¿Cómo está James?

—Desde que hablaste con él parece que está mejor —me dijo con una leve sonrisa—. Pero por las noches se encuentra solo, con el recuerdo de mi madre constantemente. Le he dicho que tenemos que vender la casa y pasar página. No quieras saber cómo se puso.

—¿Qué puedo hacer?

—Esperarme. Yo intentaré convencer a ese viejo testarudo de que debe mirar hacia adelante.

—Dom, os ayudaremos. Mi padre tiene contactos y puede encontrarle trabajo en Alemania.

Sabía que se lo había dicho a su padre por activa y por pasiva, pero que no entraba en razón. Era terco, y ese aspecto lo conocía muy bien de su hijo. El problema era que cada día que pasaba se nos hacía más duro estar separados. Sin darnos apenas cuenta había pasado casi un mes desde que incineraron a su madre en un sencillo funeral y, día a día, Dom luchaba por hacer que su padre abriera los ojos.

Mientras, yo visitaba a los niños cada día. Cuando se recuperaron del accidente los acogieron en un centro de acogida para niños huérfanos. Y cada vez tenía más claras las cosas. Una mañana me presenté a una asistente social para informarme sobre la situación de aquellos niños. Quería ayudarles, pagarles la mejor educación e intentar que logran sus sueños.

—No tienen a nadie —me informó la asistente social intentando darme pena. Una pena que no sentía, porque ya sabía que no tenían a nadie.

—Eso ya lo sé, solo quiero informarme de qué manera puedo ayudar.

—Adoptándolos —soltó de sopetón.

¿Estaba de broma? ¿Cómo iba yo a cuidar a dos niños de seis años? Tenía veintisiete años. De los cuales había estado inestable gran parte de ellos. No me veía capaz de ser madre. Era algo que me planteaba, pero no en ese momento.

Por la noche le expliqué a Dominik mi conversación con la asistencia social. Me escuchaba con atención y me dejaba hablar, hasta que me quedé sin palabras.

—¿Qué opinas? —le pregunté.

—¿De qué? — Abrió sus ojos de par en par mientras respondía con otra pregunta —. ¿De la relación que estamos llevando o de adoptar a dos niños? — Le vi muy fatigado, me necesitaba allí, pero aquellos niños también me necesitaban.

—Joder, estoy hecha un lío.

—¿Y yo no? Te necesito — Era la primera vez que me lo decía directamente. Me estaba pidiendo que me fuera con él.

—El médico me ha prohibido que me vaya de aquí, joder, lo siento — Empecé a llorar —. Soy una inútil. Tú me has ayudado en todo, te has mantenido a mi lado sin dudar y mírame a mí. Soy una egoísta.

Aquella noche dormimos con el portátil apagado. Nuestra relación se estaba desmoronando y en mi cabeza se había instalado la idea de adoptar a dos niños que no eran míos. ¿Qué debía hacer?

Tomar una decisión

Hacía dos meses de la muerte de Elena, la madre de Dom. Después de que discutiéramos por la noche desde el ordenador, no volvimos a hacerlo más. Nos prometimos que nos comportaríamos como adultos y que juntos podríamos superar todos los obstáculos.

Las buenas noticias sobre mi recuperación nos ayudaban a seguir adelante. Iba a volver a mi piso para comprobar que podía hacer vida normal. Y lo estaba deseando.

Cada tarde salía a pasear con Nevin y Hahn. Nos habíamos unido muchísimo y era incapaz de dejar de verles. Cuando venían a casa a merendar, Hahn no dejaba de tocar mis guitarras. Hasta que decidí enseñarle. Aquello me motivó mucho más. Nev era un coco. Se le daban los números de fábula. Mi padre se lo pasaba en grande con él y, viendo aquella escena, me hice la dichosa pregunta que cada noche se alojaba en mi cabeza. ¿Podría convertirme en una madre para esos niños? Nadie más sabía, aparte de Dom, mi idea de adoptar a aquellos chiquillos. Hasta que una tarde se me ocurrió algo, mi última carta para tomar una decisión.

—¿Estáis preparados? —les pregunté. Movieron sus cabezas afirmativamente mientras esperaban en sus puestos.

Teclé en el ordenador y realicé una video llamada al hombre que quería convencer de cometer una locura. Apareció su cara y...

—1, 2, 3 y...

Nev sostenía dos baquetas enormes e intentaba aporrear una batería. Hahn tenía una guitarra que apenas emitía un acorde en condiciones y yo estaba de cuclillas en el suelo con una guitarra eléctrica. Intentamos hacer una “*performance*” de “*Howlin’ for you*” de los Black Keys, sin que apenas saliera una nota en condiciones.

Aquella noche tomamos una decisión.

—Si supieras la de tiempo que llevamos ensayando... tienen mucho que aprender —le dije mientras mostraba una sonrisa enorme.

—Podrían aprender de la mejor —contestó con brillo en sus ojos y una sonrisa en su cara. Hacía mucho tiempo que no lo veía así.

—A Hahn le estoy dando clases de guitarra, no se le da mal. Aprende rápido. Nev es más torpe con las cuerdas, creo que se le da mejor lo de

aporrear tambores. Chris está teniendo mucha paciencia.

—Cada vez que hablas de esos niños se te ilumina la mirada Minerva — confesó —. Los quieres.

—Por supuesto que los quiero.

—¿Y a qué esperas? Cuando te he visto con ellos eres feliz. Lucha por lo que te hace feliz.

—No pienso hacerlo sin ti.

—Y yo estaré contigo para compartir esa felicidad.

La decisión estaba tomada. Ahora solo faltaba comunicarlo a mis padres y, poco a poco, a los niños. Teníamos un camino burocrático por delante que no sería fácil.

—¿¿Que qué?! —soltó mi padre en un perfecto castellano. Solo discutíamos en ese idioma —Aún no te has recuperado del accidente, tienes a tu novio en otro país y no se te ocurre otra cosa que pensar en adoptar a dos niños. ¿Qué cojones te está pasando?

—Los papeles tardan mucho. Puede ser en cuestión de meses que esos niños se vengán a vivir conmigo. Incluso puede pasar un año.

—Cielo, siento decirte que tu padre tiene razón — Mi madre siempre se ponía de mi parte. Esta vez no —. He de admitir que cuando estás con esos niños veo que te dejas el alma, pero debes recuperarte. Debéis recuperaros los dos. No estáis pensando con claridad.

—¿Qué va a hacer Dominik? ¿Quedarse en su país mientras tú te haces cargo de los niños? ¿Sabéis lo difícil que es cuidar a un niño? No tenéis ni idea — cuando mi padre se arrancaba era imparable. Teníamos el mismo carácter.

—Matt, por favor, cálmate — sugirió mi madre —. Tenemos que usar la cabeza.

—No Sheena, no — soltó tajante —. Esto es una locura. Una cosa es que les ayudes como lo estás haciendo, y otra es convertirte en madre de un día para otro. Es un proceso que se va haciendo paso a paso. ¡Para correr primero hay que aprender a gatear!

—Lo tengo claro — Para tajante, yo.

—Lo que tienes es un follón en la cabeza enorme — Y salió disparado del comedor y se fue.

Mi madre se quedó conmigo e intentó hacerme entrar en razón. Me recordaba que apenas habíamos convivido juntos. Que una cosa era una

relación de pareja y otra criar a dos niños ya formados y conscientes de la situación. Estaba claro que nos profesábamos un amor brutal, pero que teníamos que vivirlo. Apenas habíamos hecho una vida normal de pareja.

Informé a mi madre que el tema de la adopción no era inmediato. Que teníamos que pasar una serie de pruebas para que nos aceptaran como los padres de aquellos niños. Cabía la posibilidad de que nos lo denegaran. Que sería lo más probable.

—¿Es lo que realmente queréis?

—Sí.

Mi padre volvió una hora después. Se sentó a mi lado sin decir ni una palabra y suspiró sin parar.

—Entre todos me vais a matar — Me miraba, pero vi que no estaba igual de enfadado que horas antes —. Esos niños necesitan un hogar, disciplina y que sus padres tengan un trabajo para mantenerlos. ¿Entendido?

Ya estaba convencido. El hueso más duro de roer había claudicado.

—No mientas, te haces el duro porque no te haces a la idea de que te llamen abuelo — Me reí de él.

Debería haber grabado su cara, era un poema. En el fondo él también les había cogido cariño a esos niños.

Los niños fueron los más agradecidos. En cuanto les pregunté si querían vivir conmigo y con Dominik ni se lo pensaron. Para ellos todo era maravilloso y de colorines. Aunque Dom aún no vivía conmigo. Y era algo insoportable.

Todas las noches hablábamos, nos sincerábamos, nos consolábamos, nos excitábamos mutuamente e intentábamos sobrellevar la situación desde la distancia. Después de una de las sesiones de sexo a distancia, me confesó que estaba muy melancólico.

—Desde que he convencido a mi padre para vender la casa, estoy nostálgico. He crecido en estas cuatro paredes. — Me decía mientras miraba la pantalla tumbado en su cama —. Sé que debemos hacerlo, pero me duele.

—Demasiados recuerdos. Es normal.

—¿Y qué habrá después? ¿Mi padre se comprará un piso en otro sitio y yo me volveré a ir? No puedo dejarlo solo.

—Que se venga aquí, cerca de nosotros.

—¿Y qué haremos? Mi padre solo ha trabajado en el campo. Y yo soy un simple técnico de sonido que ha cometido la locura de decirle a su novia que

adoptemos a dos niños.

—Dom, yo tengo dinero de sobra para vivir una temporada. Podremos hacerlo.

—No pienso hacer eso. Yo también tengo mi dinero ahorrado y creo que deberíamos pensar más allá. Hacer algo a largo plazo.

—Ilústrame.

—Siempre he soñado con tener mi propio estudio de grabación. Ayudar a pequeños artistas a grabar sus trabajos. Creo que ha llegado mi momento.

—Buff... — Me acojoné —. Son demasiadas cosas en muy poco tiempo.

—Tenemos que tener un buen trabajo para poder asegurarles un buen futuro a esos niños.

Esas palabras no eran las de Dom. Eran las de mi padre.

Seguimos dándole vueltas al tema un rato. Hicimos cuentas de lo que ganábamos entre los dos, y era obvio que teníamos que pensar en algo. Sumábamos un pellizco consistente, pero no suficiente para montar un negocio desde cero. Tendríamos que pedir préstamos, mirar locales, adaptarlo y comprar todo el material, que no era barato.

Empecé a mirar locales por Alemania y qué cantidad nos podía prestar el banco. Una locura.

—¿Por qué en Alemania?

—No sé, ¿quieres mirarlo en Londres?

—¿Por qué en Londres?

—Joder, cuando te pones en ese plan, eres insufrible —dije con una sonrisa.

—Cuando estuvimos de vacaciones, me sorprendió que me dijeras que el mediterráneo me sentaba muy bien. Que había nacido para vivir allí. Tenías razón.

—¿Quieres que nos vayamos a Barcelona?

—Por favor, lo estoy deseando. Lo que vivimos allí lo quiero todos los días de mi vida. Ese color que el sol produce en tus mejillas, el calor sofocante que provoca que vayas semi desnuda. ¿Tú qué crees?

—Que estás cachondo como una mona.

—Joder, el día que vuelva a tu lado pienso hacerte el amor desde la A a la Z.

Futuro

Tanto él como Minerva miraban hacia el frente para poder definirlo. Tenían claro que iban a estar juntos. Lo que no sabían era cuando. Y estaban desesperados.

El médico retenía a Minerva en Alemania y la venta de la casa de James se estaba alargando. Hasta que llegó el día en que un matrimonio, de la misma edad que el padre de Dominik, se encaprichó con aquella casa. El hombre era un empresario de Qatar que había hecho mucho dinero con el petróleo y se quería retirar. Su mujer era una mujer florero, pero en su mirada se podían percibir fatiga y tristeza.

Una mañana, la mujer florero recibió la llamada de una persona inesperada. Un hombre al que había hecho la vida imposible e incluso intentó arrebatárselo todo. Sus intentos por acercarse a ellos y explicarse fueron imposibles debido a como se comportaron ante su presencia. Se había ganado aquella reacción, pero necesitaba hacerles saber que lamentaba lo ocurrido. Muchísimo. Cada día el recuerdo de sus actos la atormentaba.

—Nunca podrás sanar el daño que me hiciste e incluso lo que me arrebataste, pero puedes ayudar a mi hija.

Y solo con aquella llamada y unos correos electrónicos con los detalles de la transacción, convenció al que era su marido para comprar una casita en un pueblo inglés, donde no lo conocía ni su puñetera madre.

Cuando Matthew se enteró de que su hija y Dominik querían montar un estudio de grabación en Barcelona, se sintió muy orgulloso. Hizo todo lo posible por ayudarles en aquella aventura. Seguía teniendo muchos contactos de su antiguo trabajo y les aseguró que estiraría los hilos para hacerlo posible.

Era la mejor opción. En unos años iba a jubilarse y, tanto él como Sheena, querían volver a Barcelona. La ciudad donde habían nacido y crecido. La ciudad donde veraneaban desde que volvieron a estar juntos. Si tenía a su hija allí, la tendría cerca. Lo que realmente él quería. Ella era el resultado de su amor con la mujer que había soñado. La que lo había hecho mejor persona y que le demostraba día a día lo mucho que lo quería. Lo doloroso que fue hacerse a la idea de que nunca estaría completo físicamente, pero sí personalmente.

Sheena deseaba ser abuela. No podía esperar el momento en que esos niños fueran a vivir con su hija. Desde el momento en que vio a su pequeña con Nev y Hahn, supo que la vida de Minerva iba a dar un giro drástico. Y era lo que necesitaba. Esos niños se habían cruzado en su camino por algo. Las casualidades no existían. Y nada la hacía más feliz que dos niños preciosos la llamaran abuela. A diferencia de su marido.

—¿Cómo llevas lo de ser abuelo, tiburón? —le dijo una noche antes de acostarse.

—Peor que tú, pececillo — Le guiñó un ojo —. No sé si estoy preparado para ser abuelo.

—¿Pero qué tonterías dices?

—Me aterraba la idea de tener una hija y no saber hacerlo bien.

—Lo has hecho de maravilla como padre, como abuelo lo harás mejor.

Se había dejado la piel en formar una familia. En inculcar a su hija una disciplina y que se apasionara por la música más de lo que lo hizo ella. Sufrió muchísimo como madre por ver como se perdía y se descontrolaba ella sola.

La apoyó en todo momento, sin abandonarla a su suerte. Tenía el mismo carácter que su padre.

En una de aquellas noches en las que los amantes se veían a través del ordenador y con ayuda de internet, se determinó algo importante.

—Hoy te voy a tocar una canción, preciosa —dijo Dom desde el otro lado de la pantalla. Rasgó las cuerdas de la guitarra —. Esta guitarra era de mi madre, y al no tener hermanos que reclamen nada de ella, me la he quedado. Y como buena fan de Pink Floyd que era, me gustaría que la primera canción que toco sea de ellos. Y a la vez, quiero que te transmita lo que siento — Estaba tranquilo y decidido —. La habré escuchado millones de veces en esta casa, y esta será la última vez que suene. Pronto se acabará todo.

Minerva le sonrió mientras estaba tumbada en la cama de su piso. Había recuperado la vista, aunque se había tenido que hacer gafas. Dominik la veía preciosa de todas las maneras y formas que la tuviera delante. Sus piernas no estaban del todo recuperadas. Se cansaba muchísimo. Pero el médico le aconsejó paciencia y mucho reposo.

Dom empezó a cantar y Minerva adivinó de qué canción se trataba. “*Wish you were here*” de los Pink Floyd. Ella también cantó con él. La música era el centro de sus vidas. Cada canción e incluso nota musical les transportaba a su mente el recuerdo de ambos.

Ella estaba empezando a perder la paciencia. Aquellos pequeños detalles la ayudaban a mantenerse fuerte, pero su serenidad empezaba a desmoronarse como un castillo de naipes a punto de ser acechado por una ventolera. Lo necesitaba a su lado de una vez por todas. Le había sugerido a Dominik que dejaran la casa y que se instalaran en su piso de Alemania. Él se negó rotundamente. No podía hacer las cosas de aquella manera, todo tenía su tiempo y debía hacerlas bien. Sabía que durante un tiempo James, el padre de Dominik, conviviría con ellos, pero eso suponía tener al hombre que necesitaba a su lado. Pero este se resistía. Él sabía que quedaba poco, pero era una información que no había compartido con ella. Era una sorpresa.

Deseo que estuvieras aquí

Minerva subió al escenario con ayuda de su madre y se sentaron en los dos taburetes centrales. El público las ovacionaba. Ambas eran muy conocidas en Alemania por su trayectoria y talento musical.

Los técnicos la ayudaron a coger la guitarra acústica. Se la puso encima de las piernas y rasgó las seis cuerdas, emitiendo por los amplificadores un estruendoso, pero agradable, sonido. Su madre cogió el violín y se acercó más a su hija. Sabía que debía estar cerca de ella para darle ánimos, era su primera actuación desde el accidente y habían pasado meses desde que se subiera a un escenario.

Desde que despertó del coma había tenido un difícil recorrido hasta allí. La sensación de no aguantar su propio peso, la dificultad al caminar y la visión borrosa durante las primeras semanas la habían hecho sentirse muy vulnerable. Pero la ausencia de Dominik, aunque inevitable, fue doloroso.

Ambos habían decidido recuperarse por separado de los acontecimientos de los últimos meses. Hablaban cada día, pero en sus respectivas casas y desde una distancia considerable.

Cuando Minerva recibió la propuesta de actuar en un pequeño tributo en su país no se lo pensó dos veces. Con la ayuda de su madre y sus amigos lo planificaron todo. Iban a hacer una pequeña actuación en acústico.

Ansgar, Mikkel, Chris y su madre la acompañarían en el escenario. Tocarían cinco temas acústicos de antiguos grupos como Foo Fighters, Stereophonics, Band of Horses, Oasis y, por último y más importante, Pink Floyd. Habían decidido tocar el tema que Dominik le tocó desde su casa por ordenador.

Dom tomó una decisión complicada. Tras la muerte de su madre no se atrevía a dejar a su padre solo. Había decidido apoyarlo en aquel difícil momento. Pero él estaba completamente solo. Había perdido a su madre y la mujer a la que amaba apenas se tenía en pie. Se sentía en una encrucijada.

En una de las conversaciones que mantenía con Matthew, este le pidió que cuidara de su padre, que él cuidaría de su hija. Le prometió que en cuanto se recuperara lo arreglarían de alguna manera para que pudieran verse. Aunque la situación se alargó bastante. Minerva tenía dificultades para caminar, pero

había recuperado por completo la vista. Los médicos no la dejaban salir del país, así que les dificultaron el reencuentro.

Empezaron la actuación con “*Skin and bones*”. La representación de una lección en la vida de Minerva. De cuando se perdió y se quedó desolada. De verse en el espejo y encontrarse con alguien que no era ella, sino piel y huesos.

La segunda canción fue de “*The funeral*”. Un tema que abordaba temas como el fracaso, asumir las derrotas y controlar el dolor. Sensaciones que vivía en su recuperación.

En el ecuador de la función interpretaron “*I wanna get lost with you*”. Recordando como ella y Dominik se perdieron el uno en el otro. Viviendo aquel amor sin frenos y sin ataduras en la ciudad que habían escogido.

La antepenúltima, y no menos especial, fue “*Wonderwall*”. Aquel hombre podría ser quien la salvara de todo aquello. El que le diera sentido a su vida y que luchara por formar un futuro a su lado. Apoyarla y cuidarla en todo momento. Profesarse amor hasta la eternidad.

Para acabar, volvió a rasgar las cuerdas y se acercó al micrófono.

—Gracias. De verdad, de corazón. Agradezco a cada uno de vosotros las palabras de ánimo, sin vosotros no estaría aquí —decía con la mano en el corazón—. Con vuestro permiso, quiero dedicar esta actuación a la persona más especial y a la que más amo. Una persona que ha sufrido la pérdida, el caos y la inestabilidad, y aún así, se ha mantenido al pie del cañón. Desearía que estuvieras aquí. ¿Lo recuerdas? — Los primeros acordes de “*Wish you were here*” empezaron a vibrar.

Era una canción donde sonaban varios instrumentos. Guitarras acústicas, piano, bajo, batería y en este caso, el violín de su madre. Era una versión posterior de aquella preciosa canción.

Llegaba justo el momento en el que la segunda guitarra se incorporaba, sonando diferente que en los ensayos. Minerva pensó que se debía a algún tema de sonorización del escenario. No le dio importancia porque sonaba muy bien.

Cogió aire para cantar y, al oír una segunda voz que le era muy familiar, se giró de golpe. Su madre le apretó el brazo para que continuara con la canción. Profesionalidad ante todo. El público aplaudió para animarla y unas lágrimas se le escaparon de sus cuencas.

Dominik le guiñó un ojo y le dedicó la sonrisa más amplia que pudo. Estaba allí. Lo que más deseaba Minerva se había cumplido. Al fin.

Cantaron a dúo hasta que el violín de Sheena inundó la sala. Dominik se acercó hasta Minerva y la besó en la mejilla, sin dejar de tocar. Esta vez compartieron micrófono para seguir cantando aquella canción, emulando la interpretación que hicieron desde el ordenador. El público se había mimetizado con los seis componentes que estaban en el escenario. Cantaban junto al público, mejilla con mejilla. Manteniendo el contacto en todo momento. Fue una interpretación mágica.

Al finalizar la función el público se dejó las manos aplaudiendo. Y Minerva y Dominik no podían dejar de abrazarse. Sentir que aquello era real.

—Estás aquí —repetía ella constantemente—. Te he echado de menos, mucho.

—Perdóname por no haber estado a tu lado —se disculpó.

—Dominik, perdóname tú a mí. La idiota he sido yo, no he estado a tu lado para apoyarte cuando más me necesitabas — Rodeó su cara con sus manos, con la guitarra aún colgando, y lo acercó hasta sus labios. Necesitaba esos labios apresuradamente.

Los técnicos de sonido rompieron su escena para preparar los instrumentos de la siguiente banda. Cada uno dejó el suyo donde lo había encontrado y desalojaron el escenario. Esta vez Minerva fue ayudada por Dominik. Su recuperación había sido satisfactoria, pero quedaba mucho camino por delante.

Una vez en el “*backstage*” volvieron a abrazarse, besarse y auto inculparse de la situación.

—Me duele no haber estado contigo — Volvió a decirle ella —. He sentido una frustración horrible. Quería recuperarme lo antes posible para coger un avión y estar contigo.

—Minerva, lo sé — Cogió sus manos —. No pienso volver a separarme de ti. Dejemos de lado todo lo malo que hemos vivido solo por un rato, estamos juntos y no volverá a cambiar. ¿Quieres?

—No quiero que te vayas — Se abrazó a él. Como una niña indefensa —. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida. Me has dado lo mejor de ti incluso estando hecho una mierda.

—Te quiero, es lo único que sé. Cuando tuviste el accidente mi madre me recordó algo, y no pienso defraudarla — Minerva levantó su cabeza, expectante —. Me dijo que si te amaba, nada más importaba. Y es lo que pienso hacer.

—Joder, te he necesitado tanto... ¿Cómo te han dejado entrar en el

escenario?

—Todas las personas menos tú sabían lo que iba a pasar. Sin ellos no habría sido posible — Estaba al borde de las lágrimas otra vez, estaba emocionada por tener a su hombre cerca —. Minerva... —susurró él mientras metía su mano en el bolsillo y sacaba una cajita aterciopelada de color azul —. Como te he dicho; he venido para quedarme o marcharme, pero contigo. No quiero separarme de ti. Quiero que, sea donde sea, estemos unidos — Abrió la cajita y le enseñó un anillo fino de oro blanco con un zafiro en medio, el anillo con el que su padre le pidió matrimonio a su madre —. Quiero que nos casemos. Lo haremos cuando quieras y como quieras, pero dime que lo harás.

—Lo haré —contestó.

Dominik le puso el anillo y se besaron. No tardaron en dejar de estar solos. Ansgar, Mikkel y Chris vinieron en su busca para celebrar la noticia. Los padres de Minerva y el padre de Dominik mantenían una charla amena.

—Minerva te presento a mi padre, James —presentó Dominik. Ella pudo observar que aquel hombre de unos cincuenta años le había transmitido a su hijo su completa información genética.

Dominik observó que Matthew miraba las manos de su hija, buscando el anillo que horas antes le habían dado. Era muy impaciente y Dom se vio forzado a dar la noticia.

—Familia y amigos —dijo Dominik con voz fuerte —. Querría decir algo, será breve.

—¡Ya has dicho más de lo que creía que dirías! —manifestó Jeff. Dominik le pegó un bufido amistoso.

—Ha sido un año difícil. Muy difícil — Miró a su padre y plantó su mano en el hombro de su progenitor —. Pero estamos aquí. La vida no es sencilla, somos nosotros los que debemos facilitar el camino y ayudar a los que nos rodean. No venirse abajo — Minerva le apretó la mano y se la llevó a sus labios, dándole un beso en ella —. He tenido la desgracia de perder a una de las personas que más he querido y he tenido la bendición de amar y ser correspondido, a la vez. Sin tener tiempo para pensar con claridad — miró a todos sus compañeros y amigos a los ojos —. Sabéis la situación por la que ha pasado Minerva y por la que he pasado yo. Con este rollazo lo que quiero decir es que si queréis a alguien, decídselo. No lo retengáis ni escondáis, es una tontería — miró a su amigo Jeff y a Carlee. Era obvio que tenían sentimientos mutuos desde hacía un tiempo pero, desde la repentina visita de

Carlee a Barcelona, se habían puesto una coraza —. Y, para terminar, deciros que Minerva y yo nos vamos a casar.

Los amigos se volvieron locos de alegría. Dominik se propuso, desde la muerte de su madre, intentar pasar el resto de su vida con la mujer que amaba y hacer las cosas lo mejor posible. Recordaba aquellas últimas semanas ultimando con los padres de Minerva la actuación y su propuesta. Habían sido las dos personas que más le habían ayudado a preparar la sorpresa y su futuro.

Matthew se convirtió en el pilar de esa vida que tanto deseaban y ansiaban. Montar un negocio, un hogar y, lo más importante, apoyarles en la tarea de ser padres. Tenían muy claro que aquellos niños debían formar parte de sus vidas. Minerva había conectado de una manera brutal con los pequeños y no podía mirar hacia delante sin tenerlos a su lado.

Tenían muchos proyectos por delante. Debían tomar muchas decisiones y dar un giro drástico a sus vidas. Pero ya nada sería complicado estando juntos. Piel con piel, podrían hacer frente a cualquier cosa.

Ese día empezaba su nueva vida.

¡Gracias!

Ha sido todo un honor que hayas leído la segunda historia de la “*Trilogía Generación*”. Debo confesar que no ha sido un camino fácil.

La publicación de “*No me olvides*” y todo el trabajo que supone ser un “*escritor independiente*”, me ha llevado a luchar conmigo misma para sacar adelante esta novela.

He disfrutado, sufrido y amado, pero destaco algo mucho más importante que esas tres sensaciones; he aprendido. El aprendizaje y crecimiento que he adquirido con toda esta aventura ha sido abismal y enriquecedor.

Y eso es gracias a ti, lector. Con tu tiempo y tu opinión hacia mi novela. Me has animado a continuar escribiendo y querer mejorarla. Llevar mi expresión de cero al infinito. Sin ti (y esto sonara típico, pero es la pura verdad), no tendría la motivación necesaria para continuar.

Os espero en la última entrega de esta trilogía, “*No puedo olvidarte*”. Y, lo único que te pido, es que **valores mi novela en Amazon**, eso me hace continuar en esta aventura y regalaros nuevas historias. Y si no lo has obtenido por vías “legales”, decirte que toda la producción de esta novela tiene un coste económico y personal muy alto, como mínimo difunde esta obra.

A amigos y familiares agradeceros el apoyo que he recibido. Gracias, de corazón. Sin vuestras palabras de ánimo, vuestro apoyo como lectores y, sobre todo, vuestra sincera opinión, me habría vuelto loca.

Destacar el trabajo de Jasmina y Adrià. Gracias por todo lo que me habéis ayudado con la historia, con los fallos que no detecté y vuestra sincera opinión. El gesto que habéis tenido con mi trabajo es abismal. ¡Gracias!

A mi marido le debo más que un simple agradecimiento. El mimo y el amor que me transmites cada día, el brillo en tus ojos lleno de orgullo y la paciencia con la que te armas. Gracias por ser la luz que ilumina mis oscuros bloqueos, el que esclarece mis dudas y el que a golpe de besos y abrazos elimina mis miedos e inseguridades. Gracias. “*Dream on, dream on, dream until your dream come true*”.¹²

Un abrazo enorme,

Elisabeth M.S.

Twitter: [@ElyVenus9](#)

Blog: [El Universo de Ely](#)

1. Sala de actuaciones ubicada en Camden, Londres.
2. Jägermeister, licor elaborado con 56 tipos de hierbas.
3. Estribillo de la canción “Howlin’ for you” de los The Black Keys
4. “Tengo un amor que me tiene esperando, soy un chico solitario”
5. “Pero he venido para amarte. ¿Voy a desangrarme? Todo tiempo pasado que me tuviste esperando, esperando, esperando...”
6. “Porque soy el único que va a enseñarte lo que nadie ha hecho, Voy a ser tu hombre, sí, voy a ser tu hombre...”
7. “*Magic Man*” de Heart.
8. Hace referencia a la canción “*Creep*” de Radiohead.
9. Inicio de la canción “*House of Cards*” de Radiohead
10. Inicio de la canción “*House of Cards*” de Radiohead.
11. Marca de Ginebra.
12. “*Dream on*” de Ronnie James Dio con Yngwie Malmsteen (Cover Aerosmith)